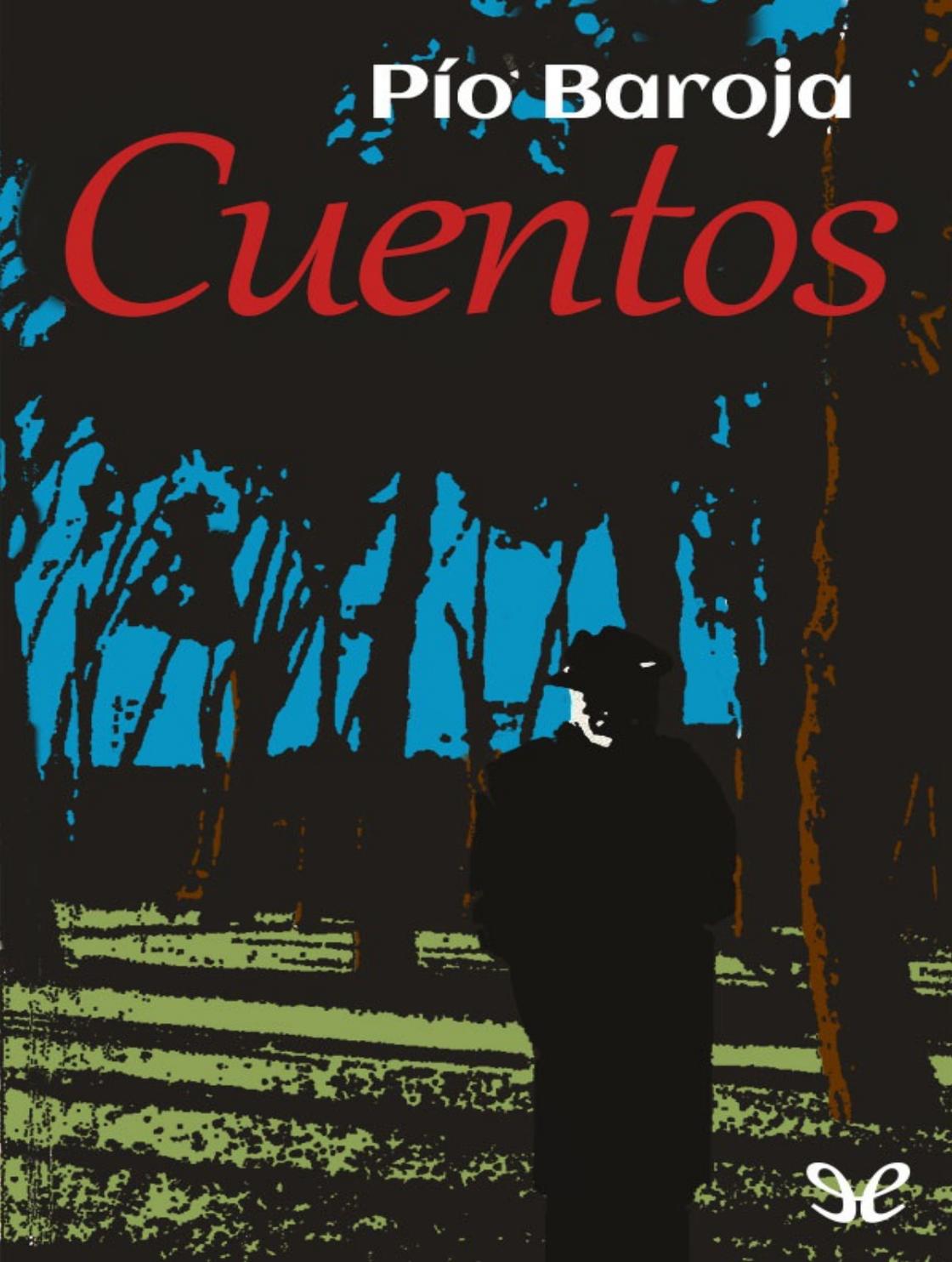


Pío Baroja

Cuentos



se

Aunque la fama de Pío Baroja (1872-1956) descansa en su obra novelística, de la cual son muestras destacadas *El árbol de la ciencia* o *La busca*, también sus relatos breves expresan la sensibilidad lírica, la fuerza descriptiva, la imaginación argumental y la capacidad de creación de personajes del gran escritor vasco. El ambiente de su tierra natal, los temas madrileños, las ideas anarquistas, la tristeza ante un mundo cargado de injusticia, empapan estos Cuentos en los que como señala en su prólogo Julio Caro Baroja está «todo Baroja y algo que después Baroja echó por la borda». El presente volumen incluye no sólo la práctica totalidad de las narraciones de *Vidas sombrías* (1900), sino también otros relatos de fecha más tardía, entre ellos «*Elizabide el Vagabundo*» y la bella estampa romántica «*La dama de Urtubi*».



Pío Baroja

Cuentos

ePub r1.1

Artifex 11.10.14

Pío Baroja, 1966

Ilustraciones: José Belmonte Rocandio

Retoque de cubierta: Artifex

Editor digital: Artifex

Primer editor: armaurumque

ePub base r1.1



PRÓLOGO

Cuando mi tío publicó en 1900, por su cuenta y riesgo, el primer libro, andaba ya más cerca de los treinta años que de los veinte, puesto que había nacido el 28 de diciembre de 1872. Esto quiere decir que tenía una experiencia vital bastante grande y que no era un joven prodigio de los que asombran, por su precocidad, a las gentes de bastantes países meridionales, entre ellos el nuestro. Había publicado antes algunos artículos y cuentos en periódicos y revistas de Madrid y de provincias, pero no era conocido, como lo podrían ser ya Unamuno, Valle-Inclán y Benavente, más viejos que él, o incluso Azorín, este sí algo más joven y prodigio de precocidad meridional. Los artículos y cuentos de mi tío tenían, por lo general, un tono filosófico, un tono de época y edad que hizo que no gustaran nada a don Nicolás Salmerón y que fue la causa de que dejara de colaborar en *La Justicia*, periódico de aquel hombre público. Menos aún gustaron a otro prohombre del republicanismo popular, don José Nakens, quien los calificó de pedantescos ante el propio autor.

Tuvo, pues, mi tío, antes de los primeros y relativos éxitos, un choque bastante doloroso con los

representantes de cierto doctrinarismo político, choque similar a los que había tenido antes de estudiante, frente al doctrinarismo médico-filosófico, de un también famoso profesor de San Carlos: el Doctor Letamendi. Aquellos hombres de cátedra, Salmerón y Letamendi, no eran en verdad (y digan lo que digan todavía algunas personas) grandes pensadores; ni siquiera medianos pensadores. Pero como tales pensadores ejercían su autoridad máxima. Y estos choques juveniles hicieron que mi tío sintiera posteriormente una aversión marcada por casi todos los doctrinarismos, a la par que seguía teniendo un interés profundo por cuestiones filosóficas. Existen aquí ahora algunos doctrinos, es decir unos acólitos, pedisecuos o auxiliares humildes del doctrinarismo en sí, que creen o fingen creer que los literatos de la época de mi tío (y acaso él más que ningún otro) fueron hombres alocados, apasionados, faltos de cultura y de orden en las ideas incapaces de seguir un razonamiento científico o filosófico y lanzados a toda clase de exageraciones pasionales. Ya es una prueba de cortedad de juicio, el oponer —como también lo hacen estos a que aludo productos literarios, poéticos y expresivos, en esencia, a productos puramente cognoscitivos, para entonar el ditirambo de quienes cultivan los últimos, de modo destemplado y

«contraproducente». Pero, en fin, dejemos este mísero pleito de actualidad. Volvamos a fines de siglo.

Lo malo entonces era que para el joven español los hombres tenidos por sabios y mentalmente rigurosos, presentaban una vitola no sólo de dudosa amenidad, cosa admisible, sino también de calidad intelectual harto problemática. Podría tener grandes admiradores don Nicolás, o don José; por razones más claras podía producir asombro e inquietud la erudición de don Marcelino, pero el rigor el método, etc., etc., andaban un poco a trompicones y a la Ciencia o a la Filosofía, así, con mayúscula, invocaban profesores tan desecados de espíritu como don José Orti Lora, o algunos filosofantes maestros del logogrifo, de aquellos que caracterizaron, cada cual por su estilo, Clarín o don Luis Taboada. No, no estaban cultivados en nuestro país los temas filosóficos de modo propio para animar a un joven talentado y apasionado allá por los años de 1897 o 1898, como tampoco lo están hoy dentro de ambientes académicos: si el tal joven quiere ir más allá de la letra o de las letras, de formalidades y de situaciones sociales, «facultativas», etc., pasará grandes apuros. El que en la época de la juventud de mi tío tuviera cierta afición a la Filosofía, no a las

asignaturas filosóficas que como tales existían en la Universidad, debía buscar fuera alimento a sus modos de pensar y a sus formas de expresión, alimentos, distintos a los preconizados o recomendados en programas, manuales, obras apoloéticas y textos pedagógicos al uso, de una sequedad y aridez o de una garrulería y oscuridad ejemplares. El historiador de las creencias y de las ideas tiene derecho a preguntarse por qué nuestro país y los países iberoamericanos también, dan tanto cultivador de la Filosofía hermética y de la jerigonza trascendental, de las que, sólo muy de vez en cuando, nos liberan vientos purificadores. Fue Ortega, diez años más joven que mi tío, el gran aventador y el que demostró también a muchas gentes asombradas que se podían tener pensamientos fuertes y escribir en la hermosa lengua castellana. Pero no nos adelantemos.

En la coyuntura finisecular en la que además aquí se traducían obras novelescas y de imaginación de fabulosa importancia, cuando se leía a Tolstoi y a Dickens, a Dostoievski y a Balzac, a Turgueneff y a Stendhal, a Zola y a otros muchos creadores de mundos extraordinarios, como a autores cercanos o contemporáneos, el único pensador que podía producir un paralelo entusiasmo al que causaban estos, era Nietzsche, sobre todo en los jóvenes y el

que en momentos de depresión, también juvenil podía parecer la expresión última de la sabiduría, era Schopenhauer. Porque la verdad es que de Kant, de Hegel, de otros metafísicos de lectura difícil, no sabía casi nada, o lo que se sabía era a través de manuales elementales de Filosofía, o de rapsodias escritas en francés. La novela española, la de Galdós o la de Valera, era voluntariamente de carácter localista y, sin embargo, tenía hálito universal. El pensamiento, aunque pretendiera otra cosa, era de un provincianismo absoluto, o estaba metido en una ardua y agotadora misión pedagógica, como ocurrió en el caso de Giner de los Ríos.

Mi tío comenzó a escribir sus cuentos, los que constituyen el volumen de *Vidas sombrías*, partiendo de sus experiencias de estudiante ciudadano, de médico rural, y de industrial madrileño. «Los cuentos que forman este volumen —dice en una nota de sus *Páginas escogidas* refiriéndose a *Vidas sombrías*— los escribí casi todos siendo médico de Cestona. Tenía allí un cuaderno grande, que compré para poner la lista de las igualas, y como sobraban muchas hojas me puse a llenarlo de cuentos. Algunos de estos los había escrito antes, viviendo en un pueblo próximo a Valencia, y los publiqué en *La Justicia*, periódico de Salmerón». Otros, añadiré yo, están escritos en

Madrid de vuelta de Cestona. La gestación de *Vidas sombrías* data, pues, de los años 1892 a 1899. A las experiencias vitales hubo de darles un sentido literario, atendiendo a las lecturas propias de los jóvenes de su época: no sólo en Madrid, sino también en París, en Londres, Roma o Berlín. En los cuentos se reflejan ambientes de Madrid, del País Vasco y Valencia, quedan también expresados los dolores del adolescente y las inquietudes, anhelos y tristezas de la juventud. Tienen asimismo un aspecto simbólico, y, si se quiere, filosófico: incluso revelador de preocupaciones que mi tío no manifestó luego en igual proporción. En *Vidas sombrías* —se ha dicho—, está todo Baroja. Está todo Baroja —añadiré— y algo que después Baroja echó por la borda. He aquí en efecto —unos cuentos, como los llamados «Médium» y «El trago», en los que se recogen impresiones juveniles acerca de temas esotéricos: el primero, fundado en una experiencia de cuando estudiante, de Valencia, y el segundo en un recuerdo de tertulia de posada. He aquí otros cuentos en los que el simbolismo está a flor de piel. No podría yo imaginar a mi tío en su edad madura menos aún en su vejez, cultivando un género cómo el que da ser a la «Parábola» o «El reloj». Cuando don Miguel de Unamuno leyó «Vidas sombrías», escribió un artículo

magnífico, poniendo de relieve las características de los relatos que contenía el pequeño volumen. Señaló también ciertas influencias de Poe y de Dostoievski, y algún exceso de intelectualismo y de abstracción en los que juzgaba inferiores. Pues bien, es este germen de simbolismo, de esoterismo y de abstracción, que marca también la influencia de Poe, el que después no se desarrolla mucho. En cambio, en relatos como «Mari Belcha», «Ángelus» o «La venta» está ya todo el ambiente de las futuras novelas vascas, marítimas o no marítimas, melancólico, risueño o dramático, según los casos. En «Los panaderos», «La trapería», «Hogar triste», encontramos también el ambiente de las novelas madrileñas, más ásperas en su tono general.

No todo es sombrío en la colección. «En las coles del cementerio» los tipos vascos rabelesianos hacen su aparición, con aquel tipo de humor que nadie ha sabido recoger mejor que mi tío, hombre mucho más jovial de lo que se cree y dice la leyenda: no en balde admiraba asimismo al viejo Dickens, como reconoce también en la citada nota de «Páginas escogidas». Pero de este y de otros libros aparecidos después no fue únicamente el público en conjunto, sino que también fueron los críticos los que destacaron uno o unos elementos que juzgaron

significativos y dejaron otros sin realzar. En 1964 se ha publicado cierta tesis doctoral presentada a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Hamburgo por la señora Hildegard Moral, que se titula *Pío Baroja und der frühe Maksim Gorkij*. Posee la autora de esta tesis un conocimiento profundo del ruso y del español y lo ha puesto a contribución en la tarea de esclarecer la relación de lo que escribían mi tío y el famoso novelista y cuentista ruso por la misma época...

Se había dicho y repetido que las afinidades eran considerables. La Doctora Moral halla algunas, condicionadas por lecturas comunes (por ejemplo, Schopenhauer), por cierta temática de la época... pero la realidad se impone: *Gorkij hat Baroja nicht beeinflusst*, Gorki no ha influido sobre Baroja. Cada cual parte de una concepción distinta del arte de narrar; también de la vida y de la significación moral de los personajes que manejaron y que más pueden parecerse, es decir, los vagabundos y los *bosjaki*, los «exhombres» y las gentes derrotadas, como la prostituta de la «Sombra». Habría que discutir mucho, asimismo, respecto a otro lugar común: el de las conexiones de las primeras narraciones de mi tío con la novela picaresca, conexiones puramente exteriores y sin base alguna de comunidad

ideológica. A comienzos de siglo Pío Baroja tenía una preocupación muy honda por lo que se llaman cuestiones sociales. Esta preocupación se advierte en varios cuentos, en que el individuo, o una conciencia individual, se encaran con la sociedad: por ejemplo, en «El carbonero», «Conciencias cansadas», «El vago...» Leyéndolos se comprende bien, por qué mi tío tuvo una curiosidad, una enorme curiosidad, por los anarquistas o ácratas como individuos y muy poca por los socialistas, estilo madrileño o bilbaíno, que se distinguían ya como gentes «más serias», según opinión extendida. Aparte de razones teóricas que pudieran distanciarle de los socialistas, he de recordar también que mi tío fue considerado siempre como un «patrón», es decir, un miembro de la clase enemiga más cercana, por hombres como Tomás Meabe y como el mismo Pablo Iglesias, el cual siempre le miraba con cierta prevención, aunque se saludaran con ademán leve, cuando cruzaban sus pasos en el barrio de Arguelles, donde yo recuerdo haber visto al viejo líder con su capa, su gorra de visera o sombrero, con el atuendo de un maestro cajista o encuadernador.

Los cuentos de mi tío tuvieron una suerte contradictoria. La tirada primera de quinientos ejemplares alcanzó éxito de crítica, ninguno de venta.

Años después rodaban por casa los restos de la edición y ya el libro se había traducido, total o parcialmente, al francés, al italiano, al alemán, al ruso, al checo y al sueco. Más tarde se tradujo al japonés... y del japonés al chino. Tengo ahora a la vista, gracias a la amistad del escritor chileno Eugenio Matus, un ejemplar de esta versión china que se titula, al parecer, «Canción pastoral de los montañeses». (Pekín, 1954). El meollo de la colección está en los «Idilios vascos» (selección de Vidas sombrías) y el texto japonés vino a llamarse, en consecuencia, Canciones pastorales del País Vasco. Yo, por desgracia, no sé ni chino ni japonés. Pero, por lo que leo en una traducción del prólogo que antecede a la versión china, la Editorial de Literatura Popular de Pekín, siguiendo el viejo parecer socialista, considera que mi tío fue un anarquista, que se hizo cada vez más antidemócrata y que terminó sus días colaborando con el Fascismo. La vida de los escritores vista por ciertos ideólogos es siempre algo bastante simple y aun estólida, sean estos ideólogos de derecha o de izquierda. Pero dejando a un lado la vida supuesta y volviendo a la vida real, indicaré que puedo decir algo respecto a qué situaciones concretas corresponden algunos de los relatos de «Vidas sombrías». «Noche de médico»

por ejemplo, refleja una colaboración profesional del Doctor Baroja, titular de Cestona, con el Doctor Madinaveitia, titular de Iciar, si no recuerdo mal y hermano menor del que fue famoso especialista del estómago en Madrid, don Juan. Sólo que el uno, el Madinaveitia más joven, fue luego gran apóstol del Socialismo en Bilbao y el más viejo tuvo siempre simpatías ácratas. «Los panaderos», claro es, son personajes familiares en la panadería de Capellanes, heredada por mi abuela de una tía paterna, doña Juana Nessi y Arrola. Entre ellos estuvo como maestro un futuro líder socialista también, Cordero y los personajes de «Bondad oculta», creo que arrancan de una pareja que conoció mi tío cuando, ayudando a mi abuelo, andaba demarcando minas en el Norte de Álava.

Es inmensa la cantidad de sustancia lírica que hay en las páginas de *Vidas sombrías*, a mi ver, y al ver de otras personas. Mucho se deleitó don Miguel de Unamuno leyendo «La venta», por lo que le recordaba sus correrías juveniles. De mí puedo decir que las descripciones y sugerencias de ambiente son las que más me emocionan. Pero mi juicio no vale, porque está condicionado por la estrecha vida familiar. No vale tampoco, porque está condicionado también por una especie de discrepancia continua

ante ciertos juicios españoles: por la discrepancia que sentí ya de adolescente cuando por ejemplo, —en un texto de literatura castellana, escrito en prosa mostrenca y garbancera, leí que la prosa de mi tío era fría y seca y que los caracteres que dibujaba no conmueven, cuando comprobé que este juicio podía repetirse una y otra vez, sin parecer una solemne necesidad. ¿Pero qué no cabrá decir —pienso por otra parte— de un hombre al que se le ha comparado, simultáneamente y en el momento de su muerte, con un oso selvático y con un gorrión callejero, y esto por personas autorizadas?

Los cuentos que completan este volumen corresponden a distintas fechas más tardías. En 1902 el editor Rodríguez Serra publicó una serie de cuentos de los que habían aparecido en *Vidas sombrías*, con el título de «Idilios vascos». Eran, claro es, los de ambiente vascónico. A ellos se añadió otro, publicado en *La lectura*: «Elizabide el vagabundo», en que la nota lírica se extrema. ¿Se veía mi tío, ya en sus treinta años, reflejado en su criatura, en el solterón vuelto de América, sentimental, un poco tímido y lleno de humildad ante la mujer amada? Estoy tentado por pensarlo. Otras narraciones fueron escritas ya después de que mi tío se asentara en Vera de Bidasoa, en «Itzea», durante

gran parte del año.

De 1903 a aquella fecha había llegado a ser un hombre conocido en España y algo fuera de ella. Por ejemplo, las traducciones al ruso que se hicieron de algunas de sus novelas tuvieron bastante popularidad hacia 1911-1913. Por entonces vivía mi tío más tranquilo de ánimo que de joven y cuando escribía algo que era violento lo hacía con un cierto tono humorístico. A su gusto por el humor popular corresponden relatos como el del «El charcutero» y «Lecochandegui». Otras narraciones pensadas, soñadas, ante el verde y brumoso paisaje del Bidasoa se inspiran en lecturas eruditas, harto distintas a las de la primera juventud. Como ejemplo está incluida «La dama de Urtubi»: un cuento a la manera romántica. Pero ya antes, mucho antes, Azorín podía sorprender a Baroja en actitud reposada, de hombre estudioso. Oigámosle: «Baroja está sentado frente a un balcón, inclinado ante una mesa, con la pluma en la mano. Se detiene un momento y mira los lienzos que hay colgados en las paredes: tal vez examina un plano, acaso consulta un libro... Luego sigue escribiendo con su letra menuda, firme, regular sobre unas cuartillas cuadrículadas...» No, no sé trata de un oso selvático, ni de un gorrión callejero: aquí aparece un letrado y un aficionado al Arte. Vuelve a

hablar Azorín: «Hay algo de sobrio, de simple, de tranquilo en esta estancia; pero se percibe, a través de este sosiego y de esta simplicidad, una preocupación por lo exquisito, por lo raro, por lo atormentado; ya en un volumen que yace sobre la mesa —de Ibsen o de Maeterlinck— ya en unas fotografías del Greco, ya en un apunte de Regoyos o de Picasso, que cuelgan de las paredes, o en una de estas ásperas, brutales y profundas aguafuertes —sobre escenas populares y amatorias, nocturnas— que traza el buril de Ricardo, el hermano del novelista...»

Julio Caro Baroja

CUENTOS



Pío Baroja

MÉDIUM

Soy un hombre tranquilo, nervioso, muy nervioso; pero no estoy loco, como dicen los médicos que me han reconocido. He analizado todo he profundizado todo, y vivo intranquilo. ¿Por qué? No lo he sabido todavía.

Desde hace tiempo duermo mucho, con un sueño sin ensueño; al menos, cuando me despierto, no recuerdo si he soñado; pero debo soñar no comprendo por qué se me figura que debo soñar. A no ser que esté soñando ahora cuando hablo; pero duermo mucho; una prueba clara de que no estoy loco.

La médula mía está vibrando siempre, y los ojos de mi espíritu no hacen más que contemplar una cosa desconocida, una cosa gris que se agita con ritmo al compás de las pulsaciones de las arterias en mi cerebro.

Pero mi cerebro no piensa, y, sin embargo, está en tensión; podría pensar, pero no piensa... ¡Ah! ¿Os sonreís, dudáis de mi palabra? Pues bien, sí. Lo habéis adivinado. Hay un espíritu que vibra dentro de mi alma. Os lo contaré:

Es hermosa la infancia, ¿verdad? Para mí, el

tiempo más horroroso de la vida. Yo tenía, cuando era niño, un amigo; se llamaba Román Hudson; su padre era inglés, y su madre, española.

Le conocí en el Instituto. Era un buen chico; sí, seguramente era un buen chico; muy amable, muy bueno; yo era huraño y brusco.

A pesar de estas diferencias, llegamos a hacer amistades y andábamos siempre juntos. Él era un buen estudiante, y yo, díscolo y desaplicado; pero como Román siempre fue un buen muchacho, no tuvo inconveniente en llevarme a su casa y enseñarme sus colecciones de sellos.

La casa de Román era muy grande y estaba junto a la plaza de las Barcas, en una callejuela estrecha, cerca de una casa en donde se cometió un crimen, del cual se habló mucho en Valencia. No he dicho que pasé mi niñez en Valencia. La casa era triste, muy triste, todo lo triste que puede ser una casa, y tenía en la parte de atrás un huerto muy grande, con las paredes llenas de enredaderas de campanillas blancas y moradas.

Mi amigo y yo jugábamos en el jardín, en el jardín de las enredaderas, y en un terrado ancho, con losas, que tenía sobre la cerca enormes tiestos de pitas.

Un día se nos ocurrió a los dos hacer una

expedición por los tejados y acercamos a la casa del crimen, que nos atraía por su misterio. Cuando volvimos a la azotea, una muchacha nos dijo que la madre de Román nos llamaba.

Bajamos del terrado y nos hicieron entrar en una sala grande y triste. Junto a un balcón estaban sentadas la madre y la hermana de mi amigo. La madre leía; la hija bordaba. No sé por qué, me dieron miedo.

La madre, con voz severa, nos sermoneó por la correría nuestra, y luego comenzó a hacerme un sinnúmero de preguntas acerca de mi familia y de mis estudios. Mientras hablaba la madre, la hija sonreía; pero de una manera tan rara, tan rara...

«Hay que estudiar», dijo, a modo de conclusión, la madre.

Salimos del cuarto, me marché a casa y toda la tarde y toda la noche no hice más que pensar en las dos mujeres.

Desde aquel día esquivé como pude el ir a casa de Román. Un día vi a su madre y a su hermana que salían de una iglesia, las dos enlutadas; y me miraron y sentí frío al verlas.

Cuando concluimos el curso ya no veía a Román; estaba tranquilo; pero un día me avisaron de su casa, diciéndome que mi amigo estaba enfermo. Fui, y le

encontré en la cama, llorando, y en voz baja me dijo que odiaba a su hermana. Sin embargo, la hermana, que se llamaba Ángeles, le cuidaba con esmero y le atendía con cariño; pero tenía una sonrisa tan rara..., tan rara.

Una vez, al agarrar de un brazo a Román, hizo una mueca de dolor.

—¿Qué tienes? —le pregunté.

Y me enseñó un cardenal inmenso, que rodeaba su brazo como un anillo.

Luego, en voz baja, murmuró:

—Ha sido mi hermana.

—¡Ah! Ella...

—No sabes la fuerza que tiene; rompe un cristal con los dedos, y hay una cosa más extraña: que mueve un objeto cualquiera de un lado a otro sin tocarlo.

Días después me contó, temblando de terror que a las doce de la noche, hacía ya cerca de una semana que sonaba la campanilla de la escalera se abría la puerta y no se veía a nadie.

Román y yo hicimos un gran número de pruebas. Nos apostábamos junto a la puerta..., llamaban... abríamos..., nadie. Dejábamos la puerta entreabierta, para poder abrir en seguida...; llamaban..., nadie.

Por fin quitamos el llamador a la campanilla, y la

campanilla sonó, sonó..., y los dos nos miramos estremecidos de terror.

«Es mi hermana, mi hermana», dijo Román.

Y, convencidos de esto, buscamos los dos amuletos por todas partes, y pusimos en su cuarto una herradura, un *pentagrama* y varias inscripciones triangulares con la palabra mágica: «Abracadabra».

Inútil, todo inútil; las cosas saltaban de sus sitios, y en las paredes se dibujaban sombras sin contornos y sin rostro.

Román languidecía, y para distraerle, su madre le compró una hermosa máquina fotográfica. Todos los días íbamos a pasear juntos, llevábamos la máquina en nuestras expediciones.

Un día se le ocurrió a la madre que los retratara yo a los tres, en grupo, para mandar el retrato a sus parientes de Inglaterra. Román y yo colocamos un toldo de lona en la azotea, y bajo él se pusieron la madre y sus dos hijos. Enfoqué, y por si acaso me salía mal, impresioné dos placas. En seguida Román y yo fuimos a revelarlas. Habían salido bien; pero sobre la cabeza de la hermana de mi amigo se veía una mancha oscura.

Dejamos a secar las placas, y al día siguiente las pusimos en la prensa, al sol, para sacar las positivas.

Ángeles, la hermana de Román, vino con nosotros

a la azotea. Al mirar la primera prueba, Román y yo nos contemplamos sin decimos una palabra. Sobre la cabeza de Ángeles se veía una sombra blanca de mujer de facciones parecidas a las suyas. En la segunda prueba se veía la misma sombra, pero en distinta actitud: inclinándose sobre Ángeles, como hablándole al oído. Nuestro terror fue tan grande, que Román y yo nos quedamos mudos, paralizados. Ángeles miró las fotografías y sonrió, sonrió. Esto era lo grave.

Yo salí de la azotea y bajé las escaleras de la casa tropezando, cayéndome, y al llegar a la calle eché a correr, perseguido por el recuerdo de la sonrisa de Ángeles. Al entrar en casa, al pasar junto a un espejo, la vi en el fondo de la luna, sonriendo, sonriendo siempre.

¿Quién ha dicho que estoy loco? ¡Miente!, porque los locos no duermen, y yo duermo... ¡Ah! ¿Creíais que yo no sabía esto? Los locos no duermen, y yo duermo. Desde que nací, todavía no he despertado.



MARI BELCHA

Cuando te quedas sola a la puerta del negro caserío con tu hermanillo en brazos ¿en qué piensas, Mari Belcha, al mirar los montes lejanos y el cielo pálido?

Te llaman Mari Belcha, *María la Negra*, porque naciste el día de los Reyes, no por otra cosa; te llaman Mari Belcha, y eres blanca, como los corderillos cuando salen del lavadero, y rubia como las mieses doradas del estío...

Cuando voy por delante de tu casa, en mi caballo, te escondes al verme, te ocultas de mí, del médico viejo que fue el primero en recibirte en sus brazos, en aquella mañana fría en que naciste.

¡Si supieras cómo la recuerdo! Esperábamos en la cocina, al lado de la lumbre. Tu abuela, con lágrimas en los ojos, calentaba las ropas que habías de vestir y miraba al fuego, pensativa; tus tíos, los de Aristondo, hablaban del tiempo y de las cosechas; yo iba a ver a tu madre a cada paso a la alcoba, una alcoba pequeña, de cuyo techo colgaban, trenzadas, las mazorcas de maíz, y mientras tu madre gemía y el buenazo de José Ramón, tu padre, la cuidaba, yo veía por las ventanas el monte lleno de nieve y las bandadas de tordos que cruzaban el aire.

Por fin, tras de hacemos esperar a todos, viniste al mundo, llorando desesperadamente. ¿Por qué llorarán los hombres cuando nacen? ¿Será que la nada, de donde llegan es más dulce que la vida que se les presenta?

Como te decía, te presentaste chillando rabiosamente, y los Reyes, advertidos de tu llegada pusieron una moneda, un duro, en la gorrita que había de cubrir tu cabeza. Quizá era el mismo que me habían dado por asistir a tu madre...

¡Y ahora te escondes cuando paso, cuando paso con mi viejo caballo! ¡Ah! Pero yo también te miro ocultándome entre los árboles; y ¿sabes por qué?... Si te lo dijera, te reirías..., Yo, el *mediku zaharra*^[1], que podría ser tu abuelo; sí, es verdad. Si te lo dijera, te reirías.

¡Me pareces tan hermosa! Dicen que tu cara está morena por el sol, que tu pecho no tiene relieve; quizá sea cierto; pero, en cambio, tus ojos tienen la serenidad de las auroras tranquilas del otoño, y tus labios, el color de las amapolas de los amarillos triguales.

Luego, eres buena y cariñosa. Hace unos días, el martes que hubo feria, ¿te acuerdas? Tus padres habían bajado al pueblo, y tú paseabas por la heredad con tu hermanillo en brazos.

El chico tenía mal humor, tú querías distraerle y le enseñabas las vacas: *la Gorriya*^[2] y *la Beltza*^[3] que pastaban la hierba, resoplando con alegría corriendo pesadamente de un lado a otro, mientras azotaban las piernas con sus largas colas.

Tú le decías al condenado del chico:

—Mira a *la Gorriya*..., a esa tonta..., con esos cuernos; pregúntale tú, *maitia*: ¿por qué cierras los ojos, esos ojos tan grandes y tan tontos?... No muevas la cola.

Y *la Gorriya* se acercaba a ti y te miraba con su mirada triste de rumiante, y tendía la cabeza para que acariciaras su rizada testuz.

Luego te acercabas a la otra vaca, y, señalándola con el dedo, decías: «Esta es *la Beltza*... ¡Hum!... ¡Qué negra!... ¡Qué mala!... A esta no la queremos. A *la Gorriya*, sí».

Y el chico repitió contigo: «A *la Gorriya*, sí».

Pero luego se acordó de que tenía mal humor, y empezó a llorar.

Y yo también empecé a llorar no sé por qué. Verdad es que los viejos tenemos dentro del pecho corazón de niño.

Y para acallar a tu hermano, recurríste al perrillo alborotador; a las gallinas que picoteaban en el suelo, precedidas del coquetón del gallo; a los

estúpidos cerdos que corrían de un lado a otro.

Cuando el niño callaba, te quedabas pensativa. Tus ojos miraban los montes azulados de la lejanía, pero sin verlos; miraban las nubes blancas, que cruzaban el cielo pálido, las hojas secas que cubrían el monte, las ramas descamadas de los árboles y, sin embargo, no veían nada.

Veían algo; pero era en el interior del alma, en esas regiones misteriosas donde brotan los amores y los sueños...

Hoy, al pasar te he visto aún más preocupada.

Sentada sobré un tronco de árbol, en actitud de abandono, mascabas, nerviosa, una hoja de menta.

Dime, Mari Belcha, ¿en qué piensas al mirar los montes lejanos y el cielo pálido? El coche del muerto se dirigía por la Ronda hacia el Prado. Era un coche de tercera, ramplón enclenque, encanijado; estaba pintado de negro y en las cuatro columnas de los lados que sostenían el techo y en la cruz que lo coronaba tenía vivos amarillos, como los de un uniforme de portero o de guardia de orden público.

LOS PANADEROS

No se parecía en nada a esas carrozas fúnebres tiradas por caballos empenachados, de movimientos petulantes; no llevaba palafreneros de media blanca y empolvada peluca; no; era un pobre coche, modesto, sin pretensiones aristocráticas sin más aspiración que la de llenar de carne el pudridero del Este y no romperse en pedazos un día de toros, camino de las Ventas.

Lo arrastraban dos caballos escuálidos y derrengados, en vísperas de entregar sus almas al dios de los caballos; uno de ellos era cojitranco y hacía bambolearse al coche como a un barco en alta mar y le arrancaba unos crujidos y unos rechinamientos que partían el alma.

El cochero, subido en el alto pescante, enfundado en su librea negra y raída, el sombrero de copa metido hasta las cejas y la corbata subida hasta la barba, dirigía los caballos con las riendas en una mano y el látigo en la otra, y sonreía benévolutamente desde sus alturas a la Humanidad que se agitaba a sus pies, con toda la benevolencia que da a un espíritu recto y filosófico una media docena de «quince» introducidos en el estómago.

Era un cochero jovial, un cochero que comprendía el mérito de ser jovial, y seguramente que los que él conducía no podían quejarse, porque cuando iba un poco cargado, lo cual pasaba un día sí y el otro también, entretenía a los señores difuntos por todo el camino con sus tangos y sus playeras, y saltaban los buenos señores, sin sentirlo, en sus abrigados ataúdes, de los puertos de la muerte a las orillas de la nada.

El cortejo fúnebre no era muy lucido; lo formaban dos grupos de obreros: unos, endomingados, otros, de blusa, en traje de diario; por el tipo, la cara y esa palidez especial que da el trabajo de noche, un observador del aspecto profesional de los trabajadores hubiese conocido que eran panaderos.

Iban por el medio de la calle, y tenían las botas y los pantalones bastante llenos de barro, para no tener necesidad de fijarse en dónde ponían los pies.

Primero, junto al coche, presidiendo el duelo, marchaban dos primos del difunto, bien vestidos, hasta elegantes; con su pantalón de pana y su gran cadena de reloj, que les cruzaba el chaleco.

Luego iban los demás, formando dos grupos aparte. La causa de aquella separación era la rivalidad, ya antigua, existente entre la tahona del Francés y la tahona del Gallo las dos colocadas muy

cerca, en la misma calle.

Al entierro de Mirandela, antiguo oficial de masas de la tahona del Gallo, y luego hornero en la tahona del Francés, no podían faltar ni los de una casa ni los de la otra. Y, efectivamente estaban todos.

Allí se veían en el grupo de los del Gallo: el maestro, conocido por el sobrenombre de *O ferrador*, el Manchego, uno de los antiguos de la tahona, con su sombrero de alas anchas, como si fuera a cazar mariposas, su blusa blanca y su bastón; el Maragato, con su aspecto de sacristán; el Moreno, y Basilio, el Americano.

El otro grupo lo capitaneaba el mismo Francés, un *auvergnat* grueso y colorado, siempre con la pipa en la boca; junto a él iban los dos hermanos Barreiras, con sombreros cordobeses y vestidos de corto; dos gallegos de instintos andaluces y aficionados a los toros; y detrás de ellos les seguían Paco, conocido con el mote de *la Paquilla*, Benito *el Aragónés* y el Rubio, el repartidor.

De cuando en cuando, de alguno de los dos grupos partía una sentencia más o menos filosófica, o más o menos burlesca: «La verdad es que para la vida que uno lleva, más valiera morirse». «¡Y qué se va a hacer!». «Y que aquí no se puede decir no quiero...».

El día era de invierno, oscuro, tristón; las casas, ennegrecidas por la humedad, tenían manchas negruzcas y alargadas en sus paredes, lagrimones que iba dejando la lluvia; el suelo estaba lleno de barro, y los árboles descarnados entrecruzaban en el aire sus ramas secas, de las cuales aún colgaban, temblorosas, algunas hojas mustias y arrugadas...

Cuando el coche fúnebre, seguido por el acompañamiento, bajó la calle de Atocha y dio la vuelta a las tapias del Retiro, comenzaba a llover.

A la derecha se extendía la ancha llanura madrileña ya verde por el trigo que retoñaba; a lo lejos surgía, entre la niebla, la ermita del cerrillo de los Ángeles; más cerca, las dos filas de casas del barrio del Pacífico, que iban a terminar en las barriadas del puente de Vallecas.

Al pasar por una puerta del Retiro, próxima al hospital del Niño Jesús, propuso uno echar unas copas en un merendero de allí cerca, y se aceptó la idea.

—Aquí vaciamos un frasco de vino con el pobre Mirandela cuando fuimos a enterrar a Ferreiro; ¿os acordáis? —dijo *el Maragato*.

Todos movieron la cabeza tristemente con aquel recuerdo piadoso.

—El pobre Mirandela decía —añadió uno de los

Barreiras— que camino del Purgatorio hay cuarenta mil tabernas, y que en cada una de ellas hay que echar una copa. Estoy seguro de que él no se contenta sólo con una.

—Necesitará lo menos una quartilla, porque él era aficionado, si bien se quiere —añadió el Moreno.

—¿Y qué se va a hacer? —repuso con su habitual filosofía *O ferrador*, contestándose a sí mismo—. Va uno a su casa y la mujer riñe y los rapaces lloran, ¿y qué se va a hacer?

Salieron del merendero, y al cabo de poco rato llegaron a la calle de Alcalá.

Algunos allí se despidieron del cortejo, y los demás entraron en dos tartanas que anunciaban unos cocheros, gritando: «¡Eh! ¡Al Este! ¡Al Este, por un real!».

El coche del muerto comenzó a correr de prisa, tambaleándose con la elegancia de un marinero borracho, y tras de él siguieron las dos tartanas, dando tumbos y tumbos por la carretera.

Al paso se cruzaban otros coches fúnebres, casi todos de niño. Se llegó a las Ventas, se cruzó el puente, atravesaron las filas de merenderos, y siguieron los tres coches, uno tras otro, hasta detenerse a la puerta del cementerio.

Se hizo el entierro sin grandes ceremonias.

Lloviznaba y corría un viento muy frío.

Allá se quedó el pobre Mirandela, mientras sus compañeros montaron en las tartanas.

«Esta es la vida —dijo O ferrador—. Siempre dale que dale. Bueno. Es un suponer. Y después viene un cura, y ¿qué? Nada. Pues eso es todo.»

Llegaron a las Ventas. Había que resolver una cosa importante: la de la merienda. ¿Qué se iba a tomar? Algo de carne. Eso era indudable. Se discutió si sería mejor traer jamón o chuletas; pero el parecer general fue el de traer chuletas.

El Maragato se encargó de comprarlas y volvió en un instante con ellas envueltas en un papel de periódico.

En un ventorro prestaron la sartén, dieron unas astillas para hacer fuego y trajeron vino. La Paquilla se encargó de freír las chuletas.

Se sentaron todos a la mesa. Los dos primos del muerto, que presidían el duelo, se creyeron en el caso de poner una cara resignada; pero pronto se olvidaron de su postura y empezaron a engullir.

Los demás hicieron lo mismo. Como dijo O ferrador. «El muerto al hoyo y el vivo al bollo».

Comían todos con las manos, embutiéndose en la boca pedazos de miga de pan como puños, llenándose los labios de grasa, royendo la última

piltrafa de los huesos.

El único vaso que había en la grasienta mesa pasaba de una mano a otra, y a medida que el vinazo iba llenando los estómagos, las mejillas se coloreaban y brillaban los ojos alegremente.

Ya no había separación: los del Gallo y los del Francés eran unos; habían ahogado sus rivalidades en vino y se cruzaban entre unos y otros preguntas acerca de amigos y parientes: ¿Y Lenzuela, el de Goy? ¿Y Perucho, el de Furis? ¿Y el Farruco de Castroverde? ¿Y «el Tolo de Monforte»? ¿Y Silvela?

...

Y llovían historias, y anécdotas, y risas, y puñetazos en la mesa, y carcajadas; hasta que de pronto el Manchego, sin saber por qué, se incomodó y con risa sardónica empezó a decir que en Galicia no había más que nabos, que todos los gallegos eran unos hambrientos y que no sabían lo que era el vino.

—¡Claro! Y en la Mancha, ¿qué hay? —le preguntaban los gallegos.

—El mejor trigo y el mejor vino del mundo —replicaba el Manchego.

—En cuanto a trigo y centeno —repuso el Maragato—, no hay tierra como la Maragatería.

Todos se echaron encima, protestando; se generalizó la disputa, y todos gritaban, discutían, y de

cuando en cuando, al terminar el barullo de cada período oratorio, se oía con claridad, a modo de interrogación:

—¿Entonces?

Y luego, con ironía:

—¡Claro!

O ferrador sacó el reloj, vio que era tarde y hora de marcharse.

Afuera se presentaba un anochecer triste. Corría un viento helado. Una nubecilla roja aparecía sobre Madrid, una lejana esperanza de buen tiempo.

El Manchego seguía vociferando en contra de los gallegos.

—*Léveme o demo* —le decía uno de ellos—. A pesar de eso, ya quieres casar a tu hija con un gallego.

—¡Yo! ¡Yo! —replicó él, y echó el sombrero al suelo con un quijotesco desdén por su mejor prenda de vestir—. Antes la quiero ver entre cuatro velas.

Entonces O ferrador quiso calmarle con sus reflexiones filosóficas.

—Mira, Manchego —le decía—, ¿de dónde son los gobernadores, ministros y demás?... Pues de la Galicia, hombre, de la Galicia. ¡Y qué se va a hacer!

Pero el Manchego, sin darse por convencido seguía furioso, ensuciándose en el maldito barco que

trajo a los gallegos a España.

Luego, con el frío, se fueron calmando los excitados ánimos. Al llegar a la estatua del Espartero, los de la tahona del Gallo se separaron de los de la tahona del Francés.

A la noche, en los amasaderos sombríos de ambas tahonas, trabajaban todos medio dormidos a las vacilantes luces de los mecheros de gas.

MARICHU

La noticia corrió de boca en boca. Marichu, la mujer del caserío Aitola, tenía una enfermedad rarísima, que se le había presentado dos o tres semanas después del parto. Tan pronto comenzaba a reír con estridentes carcajadas, como lloraba amargamente y prorrumpía en desgarradoras quejas.

Corrieron los rumores de que tenía los demonios en el cuerpo, y se dijo también que un hombre misterioso, al pasar junto al caserío de Marichu, y al mirar a esta, le había hecho mal de ojo.

La curiosidad de los labradores vecinos estaba excitadísima, las conversaciones abundaban; unos opinaban que lo mejor era avisar al cura, otros creían más lógico el llamar a una vieja gitana, medio mendiga y medio bruja, que tenía fama de curar el mal de ojo a las personas y a los animales.

Un día dos muchachas de la vecindad se impresionaron tanto al ver a la enferma, que comenzaron a reír y a llorar con ella, y con este motivo y como primera providencia, se avisó al cura del pueblo. El cura bendijo la casa, conjuró a los espíritus para que salieran del cuerpo de la poseída; pero los exorcismos suyos no produjeron efecto

alguno. Entonces se llamó a la gitana.

Llegó esta en seguida de ser avisada y se instaló en la casa. Hizo sus preparativos. Cosió una almohada con tela de sacos, la llenó de salvado, después retorció varias ramas secas, y con ellas formó dos antorchas.

Por la noche, a las doce en punto, entró en el cuarto de la enferma, y sin hacer caso de sus gritos ni de sus lamentaciones, le ató a la cama. Luego encendió las dos antorchas e hizo que Marichu apoyara la cabeza en el saco de salvado mientras que ella rezaba. A veces se interrumpía y obligaba a la enferma a tragar un terrón de sal; otras veces murmuraba por lo bajo el nombre de los tres reyes magos...

Al día siguiente, Marichu estaba curada.

Pasaron siete días, y, al cabo de ellos, la suegra de Marichu, que la odiaba, la insinuó una idea terrible: le dijo sonriendo, con una sonrisa extraña, que si se había curado era haciendo pasar su enfermedad al cuerpo de su hijo, del hijo mayor; por eso el niño estaba siempre triste. Y era verdad; desde aquel momento, el niño, que era muy hermoso, se fue poniendo pálido, muy pálido, y dejó de sonreír alegremente. Una noche quedó frío, acurrucado en el regazo de su madre, con los ojos abiertos. Un

moscardón muy negro anduvo revoloteando junto a él...

La madre siguió meciendo al niño, y viendo que no despertaba le envolvió en un mantón salió de casa y tomó la vereda que conducía a la casa de la vieja mendiga.

Iba haciéndose de día; un montón de nubes blanquecinas se deshilachaban en el azul pálido del cielo, el sol, tibio y sin fuerza, empezaba a iluminar las cumbres de los montes, cubiertas de aliagas de amarillenta flor y de helechos mustios y rojizos.

En la cima del monte, Marichu se detuvo para tomar aliento; el viento frío le hizo temblar y estremecerse...

En una hondonada estaba la vivienda de la vieja, una antigua casa destruida por las llamas, que la gitana había ido restaurando poco a poco. Marichu entró sin llamar. A la luz de una hoguera que ardía en el suelo se veía el interior de la casa, que no tenía más que un cuarto; en el fondo de este había una cama sobre un montón de tierra, y a los dos lados, en las paredes, unas cuantas vigas servían de vasares, y sobre ellos estaban colocadas un sin fin de cosas inútiles cogidas por los caminos, clasificadas por orden de tamaños: jarros sin asa, pucheros cascados, barreños sin fondo.

Junto a la hoguera, la vieja mendiga hablaba con un hombre decrepito, encorvado y de pelo blanco.

—¿Eres tú? —preguntó a Marichu la mendiga al verla, con voz ronca—. ¿A qué vienes a mi caserío?

—A que veas a mi hijo.

—Está muerto —dijo la gitana después de contemplarle.

—No. Está dormido. ¿Qué le daré para que despierte?

—Te digo que está muerto; pero si quieres haré un cocimiento con siete plantas...

—Gitana —dijo entonces el hombre—, lo que vas a hacer no servirá de nada. Si quieres despertar a tu hijo —añadió, dirigiéndose a Marichu, mirándole fijamente con sus ojos grises, que brillaban bajo las cejas blancas—, no tienes más que un remedio: que te alberguen en una casa en donde la familia que viva bajo su techo no recuerde una desgracia próxima. Anda, ve a buscarla.

Marichu salió de la casa con el niño en brazos, y, sin esperar más, fue recorriendo los caseríos de los alrededores. En uno acababa de morir el padre; en otro volvía el hijo del servicio declarado inútil, con los pulmones llenos de tubérculos y un par de meses de vida; aquí se moría una madre, dejando cinco niños abandonados; allá, un enfermo marchaba a un

asilo de la capital, porque ninguno de sus hermanos, que estaban en holgada posición, querían recogerle.

Del campo, Marichu fue a la aldea, y de la aldea pasó a una gran ciudad, y luego a otra y a otra, y en todas partes reinaba la tristeza y en todas partes el dolor. Cada pueblo era un inmenso hospital lleno de carne enferma, que se quejaba con gritos delirantes.

El remedio del viejo era imposible de emplear. A todas partes llegaba la desgracia; a todas, la enfermedad, a todas, la muerte.

No, no, había remedio; era necesario vivir con el corazón apenado; era necesario tener como compañeros de la existencia a la tristeza y al pesar.

Marichu lloró, lloró largo tiempo, y luego, con una desesperación tranquila, volvió a su casa a vivir al lado de su marido.



PLAYA DE OTOÑO

Era una excursión que María Luisa hacía todos los años a principios de otoño. Cuando su marido marchaba con algún amigote a Biarritz o a San Juan de Luz, ella tomaba la diligencia que va recorriendo los pueblecitos de la costa de Guipúzcoa, y en uno de ellos se detenía.

Aquel viaje era para ella una peregrinación al santuario de sus amores, lugar donde su espíritu se refrescaba con las dulces memorias de lo pasado, y descansaba un momento de la fiebre de una vida ficticia.

Allá, en el camposanto de uno de aquellos pueblos colocados junto al mar, dormía el sueño eterno el hombre querido, en un cementerio poblado de cipreses y de laureles, huerto perdido en el monte, rodeado de soledad, de flores y de silencio...

Aquella tarde, al llegar María Luisa al pueblo, se detuvo, como siempre, en casa de su nodriza. Estaba rendida del viaje; se acostó temprano y durmió hasta la madrugada con un sueño intranquilo.

Se despertó con un sobresalto; abrió los ojos; ni un rayo de luz se filtraba en la alcoba. Debía ser de noche. Trató de volver a dormirse, pero iban

acumulándose en su cerebro tantos recuerdos, tantas fantasías, que para calmar su excitación saltó de la cama, se vistió ligeramente y fue tanteando en la oscuridad hasta encontrar la ventana y abrirla.

El amanecer era de otoño. Una gasa de niebla luminosa llenaba el aire; ni un ruido, ni un signo de vida rompía la calma del crepúsculo. A lo lejos se oía el murmullo del mar, lento, tranquilo, sosegado...

El pueblo, el mar, los montes, todo estaba borrado por la bruma gris, que empezaba a temblar por el viento de la mañana.

María Luisa, pensativa, encontraba tranquilidad al contemplar la niebla opaca y maciza que impedía a los ojos ver más allá. Poco a poco, sus pupilas, ensanchadas en presencia de las tinieblas, iban sorprendiendo aquí una sombra sin contornos; allá la claridad de la arena de la playa, y las siluetas sin forma aparecían y desaparecían con los movimientos de las masas de bruma.

El viento era de tierra húmedo y tibio, lleno de olores acres, de efluvios de vida exhalados de las plantas. A veces, una bocanada de olor a marisma indicaba la presencia del viento del mar.

La luz de la mañana empezaba a esparcirse por entre los grises cendales de la niebla; luego, ya las formas confusas y sin contornos claros se iban

fijando, y el pueblo, aquel pueblecillo de la costa guipuzcoana, formado por negros caseríos, iba apareciendo sobre la colina en que se asentaba, agrupado junto a la vieja torre de la iglesia, mirando de soslayo al mar, al mar verdoso del Norte, siempre agitado por inmensas olas, siempre fosco, murmurador y erizado de espuma.

Se desarrollaba con lentitud el paisaje de la costa, veíanse a la izquierda montones de rocas, sobre las cuales pasaba la carretera; a la derecha se dibujaba vagamente la línea de la playa, suave curva que concluía en grandes peñones negros y lustrosos, que en las bajas mareas se destacaban a flor de agua como monstruos marinos nadando entre nubes de espuma.

Ya el pueblo comenzaba a despertar. El viento traía y llevaba el sonido de la campana de la iglesia, cuyos toques, reposados y lentos, de la oración del alba vibraban en el aire empañado del angustioso crepúsculo.

Se abrían las ventanas y las puertas de las casas; los labradores sacaban el ganado de los pesebres a la calle, y en el silencio del pueblo sólo se oían los mugidos de los bueyes, que, con las cabezas hacia arriba y las anchas narices abiertas, respiraban con delicia el aire fresco de la mañana.

Ante aquellas vidas humildes y resignadas, en presencia del mar que gemía y de la religión que le hablaba por la voz de la campana una vaga languidez invadió a María Luisa, y sólo cuando los rayos del sol entraron en el cuarto se sintió animada, se miró al espejo y encontró en sus ojos una expresión dulce, de soñadora tristeza.

Se preparó para salir: se puso un trajecillo de color violeta oscuro en la cabeza, un *canotier* sin adornos; se cubrió la cara con un velillo blanco, cuajado de graciosas notas, y salió a la carretera, llena de charcos de agua amarillenta.

De cuando en cuando se encontraba con algún boyerizo que con el palo al hombro, marchaba delante de los bueyes, que iban a lento paso, arrastrando las chirriantes carretas.

María Luisa respondía a los saludos que la dirigían.

Luego fue acercándose al pueblo cruzó la plaza, desierta, y pasó por debajo de un arco pequeño de piedras ennegrecidas por la humedad a una callejuela llena de pedruscos, estrecha y en cuesta, en donde descansaban de sus antiguas faenas algunas barcas medio podridas, con la quilla al descubierto.

En la clave de arco, resto de la antigua muralla que rodeó al pueblo, veíase una imagen toscamente

tallada, y, debajo de ella, una guirnalda de hierbajos crecía en los intersticios de las piedras.

Desde el final de la callejuela se veía la playa. Era un desbordamiento de alegría el que iba inundando el paisaje, a medida que el sol destrozaba las nubes y las nieblas subían del mar para desvanecerse en el aire.

El ambiente se purificaba, aparecían jirones de cielo azul, de un azul pálido, y en las faldas de los montes se veían, al descorrerse la niebla, aquí un caserío solitario en medio de sus verdes heredades de forraje; allá un bosquecillo de hayas y de robles; en las cimas, piedras angulosas y algún que otro arbusto raquíptico de ramas descamadas.

Hacía calor en la playa. María Luisa apretó el paso hasta llegar al extremo del arenal, y allí, en una roca, se sentó, fatigada.

El mar, terso y ceñudo, se obstinaba en rechazar la caricia del sol, amontonaba sus brumas pero en balde; la luz dominaba, y los rayos del sol empezaban a brillar sobre la piel ondulada del monstruo de las olas verdosas.

De repente, el sol pareció adquirir más fuerza; el mar se fue alargando y alargando, hasta unirse en línea recta con el horizonte.

Entonces se vieron llegar las olas; unas, oscuras,

redondas, impenetrables; otras, llenas de espuma, algunas, como alardeando de sinceridad, mostraban a la luz del día sus interiores turbios; allá, en las puntas, se estrellaban furiosas contra las rocas; a la playa llegaban suaves, con languideces de mujer convaleciente, bordando una puntilla blanca sobre la playa, y al retirarse dejaban en la arena negruzcas algas y oscuras medusas, que brillaban con destellos a la luz del sol.

La mañana parecía de verano, y, sin embargo, en los colores del mar, en el suspiro del viento, en los murmullos indefinidos de la soledad, sentía María Luisa la voz del otoño. El mar le enviaba en sus olas la vaga sensación de su grandeza.

Y al compás del ritmo del mar, el ritmo de su pensamiento le llevaba a la memoria los recuerdos de sus amores.

Y llegaban como oleadas imágenes de aquellas horas que pasaron los dos, solos, tendidos en la arena de la playa sin hablar, sin pensar, sin formar ideas, fundiendo su espíritu con el espíritu que late en las olas, en las nieblas, en el mar inmenso.

Allá, en aquel mismo sitio, le había conocido; hacía ya diez años, ¡diez años! Había empezado por tenerle compasión viéndole enfermo, y al oírle y al hablarle quedó estremecida en lo más oculto de su

alma; ella, indiferente se sintió enamorada ella satisfecha de ser estéril, sintió envidia por la maternidad. Las ráfagas del deseo crisparon sus nervios cuando, solos los dos, sentían reflejarse en sus espíritus los grandiosos crepúsculos de agosto, cuando el sol rojizo se ocultaba en el horizonte y el mar palpitaba con reflejo de escarlata. ¡Diez años pasados! ¡Diez años! Quizá era esto lo que más sentía ella. Miraba en el porvenir la indiferencia, el cielo ceniciento de la vejez.

¡Diez años! ¡Y entonces ella tenía veintiocho!

«Y llegarán otras primaveras y otros veranos — pensó con desesperación—, y ante el mismo mar que ruge, agitado en olas inmensas; ante los mismos crepúsculos rojizos y las mismas noches estrelladas, germinarán otros amores y otras ilusiones en otras almas, y yo habré pasado como la espuma que brilló un momento.»

Y María Luisa contempla la playa solitaria y triste, y del mar, que suspira bajo el cielo pálido del otoño, llega a su espíritu la vaga sensación del océano a agrandar la melancolía que siente al ver su decadencia.

PARÁBOLA

Porque en vano vino, y a tinieblas va, con tinieblas será cubierto su nombre.

Eclesiastés 6:4

Y era en la isla de Ceilán, en el séptimo siglo antes de la venida de Cristo, en la séptima encamación de mi alma, en el tiempo en que Sakyamouni predicaba por el mundo y enseñaba la Ley, ley de gracia para todos los hombres. Y era en la isla de Ceilán...

Y mi alma triste había encamado en el cuerpo de un paria. En los momentos de descanso, tras de las rudas faenas, un compañero, esclavo como nosotros, leía las plegarias y los himnos santos, santos himnos que escribieron el solitario de la familia de los Sakyas y sus discípulos. Y yo oía las sentencias del Buda, pero no meditaba en el dolor, ni en la muerte, ni en la tristeza, ni en la miseria de las alegrías del hombre; meditaciones que abren al asceta las puertas de la misteriosa ciudad del Nirvana, en donde se es sin ser, y en donde se duerme el eterno sueño del aniquilamiento, lejos, muy lejos de las miserias y de las torpezas del mundo, en los dominios de la paciencia y del reposo fuera del ingrato océano de la creación dolorosa.

Y mi corazón estaba turbado por la vanidad y mis ojos no veían la luz del camino. Porque amaba los goces de la vida, falsos como el eco de las cavernas y como las sombras reflejadas, y quería apurar la copa del placer, que es tan sólo receptáculo del dolor y de la liviandad.

Y el espíritu, inspirador de los deseos y de las pasiones, me infundió el entusiasmo por la aborrecible existencia.

«¿Qué necesito —pensé— para encontrar la dicha? Ser libre; la libertad basta para mi dicha.»

Y fui libre, y me acosó la miseria, y viví desgraciado años y años.

Y no encontré la dicha.

«¡Oh! —pensé entonces—. ¡Qué engaño el mío! No basta la libertad para ser dichoso. Se necesita también la riqueza.»

Un día me encontré dueño de una fortuna considerable, y vi satisfechos sin esfuerzo mis necesidades y mis deseos.

Y no encontré la dicha.

«¿De qué me vale la riqueza —dije después— si mis mayores ambiciones no puedo satisfacerlas? ¡Oh! Si yo fuera poderoso.»

Y fui poderoso y tuve un país bajo mi dominio, y esclavos, y elefantes gigantescos, y carros de oro, y

jardines colgantes, y mujeres adornadas con piedras preciosas.

Y no encontré la dicha.

Y cuando el poderío se me hizo repulsivo, quise ser sabio, y estudié en Egipto, y en Babilonia y en Persia, y en Caldea, y medí la distancia de los astros, y calculé las alturas del sol. Y vi que «en la mucha sabiduría hay mucha molestia y que quien añade ciencia añade dolor».

Y no encontré la dicha.

Y recorrí el mundo, hasta las tierras del Extremo Occidente, y vi las grandes y fastuosas ciudades del Mediterráneo, cuna de los más refinados placeres.

Y no encontré la dicha.

Y, resignado, volví a la isla de Ceilán, y volví a ser paria y volví a sufrir, y esperé tranquilo la hora de la muerte, la dulce hora de perder la personalidad en el crepúsculo del pasado y de fundirse en la augusta inconsciencia, como un rayo de sol en las masas azules de los mares.

Hay en los libros de Zaratustra y en las sentencias del hebreo Jesús Ben Sirach parábolas más profundas y de más sutil enseñanza; pero de cierto os digo que a vosotros, cuyo corazón está turbado por la vanidad y

cuyos ojos están cegados por el orgullo, os puede ser útil para la salud de vuestra alma la historia de esta vida, séptima encarnación de mi espíritu en el cuerpo de un esclavo, en la isla de Ceilán.

ÁGUEDA

Sentada junto a los cristales, con la almohadilla de hacer encaje apoyada en una madera del balcón, hacía saltar los pedacillos de boj entre sus dedos. Los hilos se entrecruzaban con fantásticos arabescos sobre el cartón rojo cuajado de alfileres, y la danza rápida de los trocitos de madera entre sus manos producía un ruido de huesos claro y vibrante.

Cuando se cansaba de hacer encajes, cogía un bastidor grande, cubierto con papeles blancos, y se ponía a bordar, con la cabeza inclinada sobre la tela.

Era una muchacha rubia, angulosa. Tenía uno de los hombros más alto que el otro; sus cabellos eran de un tono bermejo; las facciones, desdibujadas y sin forma.

El cuarto en donde estaba era grande y algo oscuro. Se respiraba allí dentro un aire de vetustez. Los cortinones amarilleaban, las pinturas de las puertas y del balcón se habían desconchado, y la alfombra estaba raída y sin brillo.

Frente al balcón se veía un solar, y hacia la derecha de este, una plaza de un barrio solitario y poco transitado del centro de Madrid.

El solar era grande, rectangular: dos de sus lados

lo constituían las paredes de unas casas vecinas, de esas modernas, sórdidas, miserables, que parecen viejas a los pocos meses de construidas.

Los otros lados los formaban una empalizada de tablas, a las cuales el calor y la lluvia iban carcomiendo poco a poco.

La plaza era grande e irregular; en un lado tenía la tapia de un convento, con su iglesia; en otro, una antigua casa solariega con las ventanas siempre cerradas herméticamente, el tercero lo constituía la empalizada del solar.

En invierno, el solar se entristecía pero llegaba la primavera, y los hierbajos daban flores y los gorriones hacían sus nidos entre las vigas y los escombros, y las mariposas blancas y amarillas, paseaban por el aire limpio y vibrante, las ansias de sus primeros y últimos amores...

La muchacha rubia se llamaba Águeda y tenía otras dos hermanas.

Su padre era un hombre apocado, sin energía; un coleccionador de bagatelas, fotografías de actrices y estampas de cajas de fósforos. Tenía una mediana renta y un buen sueldo.

La madre era la dueña absoluta de la casa, y con ella compartía su dominio Luisa, la hermana mayor.

De los tres dominados de la familia, Matilde, la

otra hermana, protestaba; el padre se refugiaba en sus colecciones, y Águeda sufría y se resignaba. No entraba esta nunca en las combinaciones de sus dos hermanas para los saraos y los teatros. Las dos mayores, con su madre, iban, en cambio, a todas partes.

Águeda tenía esa timidez que dan los defectos físicos cuando el alma no está llena de rebeldías. Se había acostumbrado a decir que no a todo lo que trascendiera a diversión.

—¿Quieres venir al teatro? —le decían con cariño, pero deseando que dijera que no.

Y ella, que lo comprendía, contestaba, sonriendo:
—Otra noche.

En visita era una de elogios para ella, que la turbaban. Su madre y sus hermanas, a coro, aseguraban que era una joya, un encanto, y le hacían enseñar sus bordados y tocar el piano, y ella sonreía; pero después, sola en su cuarto, lloraba...

La familia tenía muchas relaciones, y se pasaban los días, la madre y las dos hijas mayores, haciendo visitas, mientras la pequeña disponía lo que había que hacer en la casa.

Entre los amigos de la familia había un abogado joven, de algún talento. Era un hombre de inteligencia sólida y de una ambición desmesurada. Más amable o

menos superficial que los otros, gustaba hablar con Águeda, que cuando le daban confianza se mostraba tal como era: llena de ingenuidad y de gracia.

El abogado no advertía que la muchacha ponía toda su alma cuando le escuchaba; para él era un entretenimiento hablar con ella. Al cabo de algún tiempo comenzaron a extrañarse; Águeda estaba más alegre, solía cantar por las mañanas, y se adornaba con más coquetería.

Una noche, el abogado le preguntó a Águeda, sonriendo, si le gustaría que él formase parte de su familia. Águeda, al oírlo, se turbó: la luz de la sala dio vueltas ante sus ojos y se dividió en mil y mil luces...

«He pedido a sus papás la mano de Luisa», concluyó el abogado.

Águeda se puso muy pálida y no contestó.

Se encerró en su cuarto y pasó la noche llorando.

Al día siguiente, Luisa, su hermana, le contó lo que había pasado, cómo habían ocultado su novio y ella sus amores, hasta que él consiguió el puesto que ambicionaba.

La boda sería en el otoño; había que empezar a preparar los ajuares. La ropa blanca se enviaría a que la bordase una bordadora, pero quería que los almohadones y la colcha para la cama del matrimonio

se los bordase su hermanita Águeda.

Esta no se opuso y comenzó con tristeza su trabajo.

Mientras junto al balcón hacía saltar los pedacillos de boj entre sus dedos, cada pensamiento suyo era un dolor. Veía en el porvenir su vida, una vida triste y monótona. Ella también soñaba en el amor y en la maternidad, y si no lloraba en aquellos momentos al ver la indiferencia de los demás, era para que sus lágrimas no dejaran huellas en el bordado.

A veces, una esperanza loca le hacía creer que allá, en aquella plaza triste, estaba el hombre a quien esperaba; un hombre fuerte para respetarle, bueno para amarle; un hombre que venía a buscarla porque adivinaba los tesoros de ternura, que iba a contarle en voz baja y suave los misterios inefables del amor.

Y por la plaza triste pasaban a ciertas horas, como seres cansados por la pesadumbre de la vida, algunos hombres cabizbajos, que salían del almacén o del escritorio, pálidos, enclenques, envilecidos, como animales domesticados, y el hombre fuerte para respetarle, bueno para quererle, no venía, no venía, por más que el corazón de Águeda le llamaba a gritos.

Y en el solar, lleno de flores silvestres, las abejas

y los moscones revoloteaban sobre los escombros, y las mariposas blancas y amarillas, paseaban por el aire, limpio y vibrante, las ansias de sus primeros y últimos amores...

EL TRASGO

El comedor de la venta de Aristondo, sitio en donde nos reuníamos después de cenar, tenía en el pueblo los honores de casino. Era una habitación grande, muy larga, separada de la cocina por un tabique, cuya puerta casi nunca se cerraba, lo que permitía llamar a cada paso para pedir café o una copa a la simpática Maintoni, la dueña de la casa, o a sus hijas, dos muchachas a cual más bonitas; una de ellas, seria, abstraída, con esa mirada dulce que da la contemplación del campo; la otra, vivaracha y de mal genio.

Las paredes del cuarto, blanqueadas de cal, tenían por todo adorno varios números de *La Lidia*, puestos con mucha simetría y sujetos a la pared con tachuelas, que dejaron de ser doradas para quedarse negras y mugrientas.

La mano del patrón, José Ona, se veía en aquello, su carácter, recto y al mismo tiempo bonachón y dulce como su apellido (*ona* en vascuence significa ‘bueno’), se traslucía en el orden, en la simetría, en la bondad, si se me permite la palabra, que habían inspirado la ornamentación del cuarto.

Del techo del comedor, cruzado por largas vigas

negruzcas, colgaban dos quinqués de petróleo, de esos de cocina, que aunque daban algo más humo que luz, iluminaban bastante bien la mesa del centro, como si dijéramos, la mesa redonda, y bastante mal otras mesas pequeñas, diseminadas por el cuarto.

Todas las noches tomábamos allí café; algunos preferían vino, y charlábamos un rato el médico joven, el maestro, el empleado de la fundición, Pachi el cartero, el cabo de la Guardia Civil y algunos otros de menor categoría y representación social.

Como parroquianos y además gente distinguida, nos sentábamos en la mesa del centro.

Aquella noche era víspera de feria y, por tanto, martes. Supongo que nadie ignorará que las ferias en Arrigotia se celebran los primeros miércoles de cada mes; porque, al fin y al cabo, Arrigotia es un pueblo importante, con sus sesenta y tantos vecinos, sin contar los caseríos inmediatos. Con motivo de la feria había más gente que de ordinario en la venta.

Estaban jugando su partida de tute el doctor y el maestro, cuando entró la patrona, la obesa y sonriente Maintoni, y dijo:

—Oiga su merced, señor médico, ¿cómo siguen las hijas de Aspillaga, el herrador?

—¿Cómo han de estar? Mal —contestó el médico, incomodado—, locas de remate. La menor

que es una histérica tipo, tuvo anteanoche un ataque, la vieron las otras dos hermanas reír y llorar sin motivo, y empezaron a hacer lo mismo. Un caso de contagio nervioso. Nada más.

—Y, oiga su merced, señor médico —siguió diciendo la patrona—, ¿es verdad que han llamado a la curandera de Elizabide?

—Creo que sí, y esa curandera, que es otra loca, les ha dicho que en la casa debe haber un duende, y han sacado en consecuencia que el duende es un gato negro de la vecindad, que se presenta allí de cuando en cuando. ¡Sea usted médico con semejantes imbéciles!

—Pues si estuviera usted en Galicia, vería usted lo que era bueno —saltó el empleado de la fundición—. Nosotros tuvimos una criada en Monforte que cuando se le quemaba un guiso o echaba mucha sal al puchero, decía que había sido *o trasgo* y mientras mi mujer le regañaba por su descuido, ella decía que estaba oyendo al trasgo que se reía en un rincón.

—Pero, en fin —dijo el médico—, se conoce que los trasgos de allá no son tan fieros como los de aquí.

—¡Oh! No lo crea usted. Los hay de todas clases; así, al menos, nos decía a nosotros la criada de Monforte. Unos son buenos, y llevan a casa el trigo y el maíz que roban en los graneros, y cuidan de

vuestras tierras y hasta os cepillan las botas; y otros son perversos y desentierran cadáveres de niños en los cementerios, y otros, por último, son unos guasones completos y se beben las botellas de vino de la despensa o quitan las tajadas al puchero y las sustituyen con piedras, o se entretienen en dar la gran tabarra por las noches, sin dejarle a uno dormir, haciéndole cosquillas o dándole pellizcos.

—¿Y eso es verdad? —preguntó el cartero, cándidamente.

Todos nos echamos a reír de la inocente salida del cartero.

—Algunos dicen que sí —contestó el empleado de la fundición, siguiendo la broma.

—Y se citan personas que han visto los trasgos —añadió uno.

—Sí —repuso el médico en tono doctoral—. En eso sucede como en todo. Se le pregunta a uno: «¿Usted lo vio?», y dicen: «Yo, no; pero el hijo de la tía Fulana, que estaba de pastor en tal parte, sí que lo vio», y resulta que todos aseguran una cosa que nadie ha visto.

—Quizá sea eso mucho decir señor —murmuró una humilde voz a nuestro lado.

Nos volvimos a ver quién hablaba. Era un buhonero que había llegado por la tarde al pueblo, y

que estaba comiendo en una mesa próxima a la nuestra.

—Pues qué, ¿usted ha visto algún duende de esos? —dijo el cartero, con curiosidad.

—Sí, señor.

—¿Y cómo fue eso? —preguntó el empleado, guiñando un ojo con malicia—. Cuente usted hombre, cuente usted, y siéntese aquí si ha concluido de comer. Se le convida a café y copa, a cambio de la historia, por supuesto —y el empleado volvió a guiñar el ojo.

—Pues verán ustedes —dijo el buhonero, sentándose a nuestra mesa—. Había salido por la tarde de un pueblo y me había oscurecido en el camino.

La noche estaba fría, tranquila, serena; ni una ráfaga de viento movía el aire.

El paraje infundía respeto; yo era la primera vez que viajaba por esa parte de la montaña de Asturias, y, la verdad, tenía miedo.

Estaba muy cansado de tanto andar con el cuévano en la espalda, pero no me atrevía a detenerme. Me daba el corazón que por los sitios que recorría no estaba seguro.

De repente, sin saber de dónde ni cómo, veo a mi lado un perro escuálido, todo de un mismo color,

oscuro, que se pone a seguirme.

«¿De dónde podía haber salido aquel animal tan feo?», me pregunté.

Seguí adelante, ¡hala, hala!, y el perro detrás, primero gruñendo y luego aullando, aunque por lo bajo.

La verdad, los aullidos de los perros no me gustan. Me iba cargando el acompañante, y, para librarme de él, pensé sacudirle un garrotazo; pero cuando me volví con el palo en la mano para dárselo, una ráfaga de viento me llenó los ojos de tierra y me cegó por completo.

Al mismo tiempo, el perro empezó a reírse detrás de mí, y desde entonces ya no pude hacer cosa a derechas; tropecé, me caí, rodé por una cuesta, y el perro, ríe que ríe, a mi lado.

Yo empecé a rezar, y me encomendé a San Rafael, abogado de toda necesidad, y San Rafael me sacó de aquellos parajes y me llevó a un pueblo.

Al llegar aquí, el perro ya no me siguió, y se quedó aullando con furia delante de una casa blanca con un jardín.

Recorrí el pueblo, un pueblo de sierra con los tejados muy bajos y las tejas negruzcas, que no tenía más que una calle. Todas las casas estaban cerradas. Sólo a un lado de la calle había un cobertizo con luz.

Era como un portalón grande, con vigas en el techo, con las paredes blanqueadas de cal. En el interior, un hombre desarrapado, con una boina, hablaba con una mujer vieja, calentándose en una hoguera. Entré allí, y les conté lo que me había sucedido.

—¿Y el perro se ha quedado aullando? —preguntó con interés el hombre.

—Sí; aullando junto a esa casa blanca que hay a la entrada de la calle.

—Era *o trasgo* —murmuró la vieja—, y ha venido a anunciarle la muerte.

—¿A quién? —pregunté yo, asustado.

—Al amo de esa casa blanca. Hace una media hora que está el médico ahí. Pronto volverá. Seguimos hablando, y al poco rato vimos venir al médico a caballo, y por delante un criado con un farol.

—¿Y el enfermo, señor médico? —preguntó la vieja, saliendo al umbral del cobertizo.

—Ha muerto —contestó una voz secamente.

—¡Eh! —dijo la vieja—; era *o trasgo*.

Entonces cogió un palo, y marcó en el suelo, a su alrededor, una figura como la de los ochavos morunos, una estrella de cinco puntas. Su hijo la imitó, y yo hice lo mismo.

—Es para librarse de los trasgos —añadió la

vieja.

Y, efectivamente, aquella noche no nos molestaron, y dormimos perfectamente...

Concluyó el buhonero de hablar, y nos levantamos todos para ir a casa.



LA SOMBRA

Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

San Mateo 23:12

Había salido del hospital el día de Corpus Christi, y volvía, envejecida y macilenta, pero ya curada, a casa de su ama, a seguir nuevamente su vida miserable, su vida miserable de prostituta. En su rostro, todas las miserias; en su corazón, todas las ignominias.

Ni una idea cruzaba su cerebro; tenía solamente un deseo de acabar, de descansar para siempre sus huesos enfermos. Quizá hubiera preferido morir en aquel hospital inmundo, en donde se concrecionaban los detritus del vicio, que volver a la vida.

Llevaba en la mano un fardelillo con sus pobres ropas, unos cuantos harapos para adornarse. Sus ojos, acostumbrados a la semioscuridad, estaban turbados por la luz del día.

El sol amargo brillaba inexorable en el cielo azul.

De pronto, la mujer se encontró rodeada de gente, y se detuvo a ver la procesión que pasaba por la calle. ¡Hacía tanto tiempo que no la había visto! ¡Allá

en el pueblo, cuando era joven y tenía alegría y no era despreciada! ¡Pero aquello estaba tan lejos!...

Véía la procesión que pasaba por la calle, cuando un hombre, a quien no molestaba, la insultó y le dio un codazo; otros, que estaban cerca, la llenaron también de improperios y de burlas.

Ella trató de buscar, para responder a los insultos, su antigua sonrisa, y no pudo más que crispar sus labios con una dolorosa mueca, y echó a andar con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas.

En su rostro, todas las miserias; en su corazón, todas las ignominias.

Y el sol brillaba inexorable en el cielo azul.

En la procesión, bajo el sol brillante, lanzaban destellos los mantos de las vírgenes bordados en oro, las cruces de plata, las piedras preciosas de los estandartes de terciopelo. Y luego venían los sacerdotes con sus casullas, los magnates, los guerreros de uniforme brillante, todos los grandes de la tierra, y venían andando al compás de una música majestuosa, rodeados y vigilados por bayonetas, espadas y sables.

Y la mujer trataba de huir; los chicos la seguían gritando, acosándola, y tropezaba y sentía desmayarse; y, herida y destrozada por todos seguía

andando con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas.

En su rostro, todas las miserias; en su corazón, todas las ignominias.

De repente, la mujer sintió en su alma una dulzura infinita, y se volvió y quedó deslumbrada, y vio luego una sombra blanca y majestuosa que la seguía y que llevaba fuera del pecho el corazón herido y traspasado por espinas.

Y la sombra blanca y majestuosa, con la mirada brillante y la sonrisa llena de ironía, contempló a los sacerdotes, a los guerreros, a los magnates, a todos los grandes de la tierra, y, desviando de ellos la vista, y acercándose a la mujer triste, la besó, con un beso purísimo, en la frente.

LA VENTA

A Antonio Gil Campos

Al viajar en el tren por las provincias del Norte, habréis visto alguna casuca oscura en el cruce de una carretera solitaria, junto a un pueblecillo negro.

Os habréis fijado en que, frente a la casa, está parada una diligencia, en que el portal se halla abierto e iluminado, que el zaguán, ancho, tiene un aspecto de tienda o de taberna.

Habréis supuesto con lógica que es la venta del pueblo aquella casa, y en el fondo de vuestra alma ha nacido cierta compasión por la pobre gente que vive allí, en aquel lugar desierto.

Y los de la venta han salido al camino a mirar el tren, y lo han visto pasar con tristeza y lo han saludado con el pañuelo.

Parece que entre los que se quedan y los que se van, los dichosos son estos, que pasan veloces, y quizá más dichosos que los que se quedan.

Esos que corren, que huyen a confundirse pronto en el torbellino de la ciudad, no conocen las ventas de nuestras provincias vascongadas, las ventas más hospitalarias, las más amables de la tierra.

Vosotros, que habéis recorrido el mundo a pie;

vosotros, mendigos, charlatanes, buhoneros, saltimbanquis, vosotros, errantes, que no tenéis más patria que el suelo que pisáis; vosotros, humildes, sin otra hacienda que la que lleváis sobre las espaldas; vosotros, vagabundos, caminantes, que no tenéis más amores que la hermosa libertad y el campo; decidme, ¿no es verdad lo que aseguro? ¿No es verdad, decidlo francamente, que las ventas de mi tierra son las más dulces, las más candorosas de este mundo, el mejor de todos los mundos?

Cierto que las hay tristes y melancólicas en campos desolados y yertos, paisajes de una pesadilla siniestra; pero la mayoría son alegres y sonrientes, y sus ventanas parece que os miran de una manera cariñosa.

Esos desdichados que cruzan corriendo en la máquina negra por el campo sin conocerlo, que huyen a confundirse en el torbellino de las ciudades grandes, no han sentido la impresión más deliciosa, la más exquisita de la vida: la de llegar a la venta, después de un largo viaje en coche. ¡Oh!

¡Exquisito! Es la única palabra propia de ese momento. Lleváis unas horas de diligencia. Está lloviendo. El ambiente gris envuelve la tierra desnuda del invierno. La carretera, llena de charcos de agua amarillenta, se alarga entre la bruma a

medida que la diligencia avanza por entre filas de árboles sin hojas, a orillas del río turbio por las crecidas, junto a la falda del monte, lleno de aliagas y zarzas secas.

Estáis amodorrados por el frío, habéis ideado una porción de posturas fantásticas para dormir un rato, y no lo habéis conseguido. El monótono cascabeleo de las colleras de los caballos suena constantemente en los oídos; no hay medio de perder la conciencia de que se tiene frío y hambre y aturdimiento.

Se figura uno que el viaje no va a concluir nunca, y los montes, y los caseríos, y los saltos de agua, y las cascadas solitarias del cruce de las carreteras que se ven por los cristales empañados de la ventanilla, parece que son los que se dejaron atrás, que van siguiendo al coche en su marcha.

Se llega a un pueblo; las ruedas de la diligencia empiezan a rebotar torpemente en el empedrado desigual de la calle.

«¿Habremos llegado?», se pregunta uno, asomándose a la ventana; pero el mayoral no baja; echa un paquete de cartas a un hombre, entrega una cesta a una mujer, vuelve a chasquear la tralla de su látigo, y otra vez la diligencia tropieza en los guijarros del empedrado y vuelve a rodar suavemente por la carretera llena de charcos.

Tras de muchos aburrimientos, cuando ya empieza el sueño a cerrar los párpados y comienza uno a pensar seriamente si el viaje no tendría fin, se para la diligencia, y se ve que el mayoral salta del pescante a la carretera.

Se ha llegado; baja uno del coche, molido, encorvado, casi sin poder sostener la maleta entre los dedos.

Entra uno en la venta.

«Pase usted, por aquí..., por aquí...; ya le subiremos todo esto al cuarto.»

Le desembarazan a uno del abrigo y del equipaje, y le preguntan si quiere calentarse en la cocina.

Entráis en ella, y al principio el humo os empieza a picar en los ojos.

«Es la chimenea —dicen— que no tira bien, como el viento está alborotado...»

Pero ¿quién se ocupa de eso?

Luego, la vieja, que ve que habláis vascuence os hace sitio junto al fuego, con grandes extremos de finura, y mientras os preparan la cena os tostáis los pies, la viejecita de la nariz ganchuda y del pañuelo atado a la cabeza, os cuenta alguna historia insustancial del tiempo de su juventud, en que ella estaba de criada en casa de rector del pueblo, hace más de cincuenta años y con los recuerdos sonrío

enseñando sus encía como las de los niños, desprovistas de dientes.

Mientras tanto, la dueña de la casa va de un lado a otro, y el patrón juega una partida al mus con otros tres en una mesa tan alta como los bancos donde se sientan; y los cuatro, graves, serios doblan los naipes, ya de suyo grasientos y abarquillados, y los *envido* y los *quiero* se suceden acompasadamente, y se van aumentando el número de habichuelas blancas y coloradas de los dos bandos contrarios.

Junto a la lumbre, el gracioso del pueblo, holgazán de oficio, poeta y cantor de iglesia, que vive casi de limosna en la venta, habla con el cazado de truchas, cazador, no pescador, como suele advertir él, porque mata las truchas a tiro de escopeta, y los dos se enfrascan en una larga y misteriosa conversación acerca de las costumbres de los salmones y de las nutrias, de los jabalíes y de los erizos.

—¿Cenará su merced aquí o en el comedor? — pregunta la dueña de la casa, comprendiendo que sois persona de importancia, lo menos viajante de comercio.

—Aquí, aquí.

Y ponen una mesita con un mantel blanco y viene la cena, que os sirve la muchacha. Martceliña o

Iñachi, una chica frescachona y garrida.

Se devoran los guisos y se moja el pan en las salsas, no precisamente con la elegancia de un duque del *faubourg* Saint-Germain, y se come en la misma cazuela, lo que quizá no se use en las casas aristocráticas.

Coméis de todo y bebéis un poquito de más, y mientras Martceliña os escancia del bondadoso aguardiente, le decís que es muy bonita y que... y ella se ríe con una risa alegre y argentina al ver vuestros ojos brillantes y vuestra nariz colorada.

Y luego, después de la cena, sube uno a dormir al piso principal, en una alcoba pequeña, ocupada casi completamente por una cama enorme de madera, con cuatro o cinco colchones y otros tantos jergones, y cuando se escala aquella torre y se estira uno entre las sábanas, que huelen a hierba, mientras se oye el ruido de la lluvia en el tejado y del viento que muge, se enternece uno, y casi con lágrimas en los ojos se cree más que nunca en que hay un buen papá allá arriba que no se ocupa de otra cosa más que de poner camas mullidas en las ventas de los caminos y de dar cenas succulentas a los pobres viajeros.

PIEDAD POSTRERA

Fue el tiempo de una terrible exaltación de la piedad. El mundo había encontrado nuevamente la luz, y la oscuridad ya no existía.

Porque la Humanidad había sentido en su alma la conciencia del infinito, y el horizonte de la vida era cada vez más grande y cada vez más azul.

El hombre ya no podía soportar el espectáculo del sufrimiento ajeno, y se desvivía por los demás. El rico había comenzado por desprenderse de lo superfluo y quería partir con sus semejantes lo necesario, y el pobre se resistía a tomarlo, y ambos eran felices.

Pero al corazón generoso del hombre esto no le bastaba, y trató también de llevar la felicidad a los animales, y a las plantas, y a todo lo que vive, y a todo lo que siente.

Porque en todo está la idea y todo es la idea, y la idea es Dios.

Y el hombre recordó que Jehová había dicho: «No matarás», y se abstuvo de derramar sangre de hombre.

Y recordó que en el Eclesiastés estaba escrito: «Porque el suceso de los hijos de los hombres y el

suceso del animal, el mismo suceso es, como mueren los unos así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos.»

Y se abstuvo de derramar sangre de animal.

En una inmensa pradera bañada por el sol, celebraron en el mundo la fiesta de la emancipación de los vivos.

Y por delante del hombre desfilaron los animales, llenos de inmenso agradecimiento los caballos y los asnos, las vacas, los perros, los elefantes, los leones y las serpientes y todos miraban al hombre con amor, porque había dejado de ser su verdugo para ser su verdadero amigo.

HOGAR TRISTE

Durante toda la mañana estuvieron esperando en la casa nueva a que llegara el carro de mudanzas, y por la tarde, a eso de las cinco, se detuvo junto al portal.

Los mozos subieron a trompicones los pobres trastos, aprisa y corriendo, y, en la precipitación, rompieron el entredós de la sala, el mueble que más se estimaba en el hogar modesto.

El carrero pidió tres duros en vez de dos, que era lo convenido, porque, según dijo, los muebles no cabían en un carro pequeño, y los mozos soltaron unas cuantas groseras pullas, porque no les daban bastante propina.

Ya de noche, a la luz mortecina de una candileja, marido y mujer se pusieron a colocar los muebles en su sitio, mientras el niño se entretenía en arrancar la estopa del vientre de un caballo de cartón. Pero el niño se cansó pronto, y empezó a seguir a su madre y a cogerse a sus faldas, llamándoles con voz soñolienta. Entonces ella tomó una lámpara de alcohol, calentó en un cazo un poco de caldo que había sobrado del mediodía y se lo hizo tomar al niño; lo acostó, y al poco rato el chico dormía dulcemente.

Ella se disponía a seguir en su faena.

«Pero descansa un rato, mujer —le dijo él—. No sé qué me da verte trabajar así. Siéntate, y charlaremos un rato.»

Ella se sentó, y apoyó sobre su mano ennegrecida la cabeza sudorosa y despeinada.

Él esperaba que le volverían a colocar pronto; si no aceptaría los veinte duros que daban en el almacén por llevar la contabilidad; mientras tanto podrían vivir; la casa aquella era alta, quinto piso, pero por eso sería más alegre. Y miraba alrededor, y las paredes frías, con la amargura de la desnudez triste, y los muebles cubiertos de polvo, y el suelo lleno de cuerdas de estropajo, parecía reírse lúgubrementemente de sus afirmaciones.

La mujer, resignada, aprobaba todo lo que decía su marido.

Cuando descansó un rato, se levantó nuevamente.

—Y yo —dijo— que no he tenido tiempo de preparar la cena.

—Déjalo —repuso él—. No tengo ninguna gana. Nos acostaremos sin cenar.

—No; saldré a buscar algo.

—Iremos los dos, si quieres.

—¿Y el niño?

—Volveremos en seguida. No se despertará.

La mujer marchó a la cocina a lavarse las manos; pero la fuente no corría.

«Estamos bien. Hay que ir por agua.»

Ella se echó un mantón sobre los hombros y cogió una botella; él ocultó otra de barro debajo de la capa, y salieron sin hacer ruido. La noche de abril era fría y desapacible.

Al pasar junto al teatro Real vieron montones de hombres que dormían acurrucados en el suelo. Por la calle del Arenal pasaban los coches con un sonar grave y majestuoso por el pavimento de madera.

Llenaron las botellas en una fuente de la plaza de Isabel II, y con esa complacencia que se tiene para las impresiones dolorosas, al pasar se detuvieron otra vez un momento delante de los hombres dormidos en montón.

Llegaron a casa, subieron las escaleras sin hablarse y se acostaron.

Él creyó que iba, con el cansancio, a dormirse en seguida, y, sin embargo, no pudo; la atención sobreexcitada le hacía percibir los más ligeros ruidos de la noche. Y levemente oía el sonar grave y majestuoso de los coches, y ante sus ojos aparecían los hombres dormidos en la calle, y ante la imaginación, el abandono y el desamparo de una parte de la familia humana. Los pensamientos negros

le angustiaban y le llenaban de un gran sobresalto; hacía esfuerzos para no agitarse y despertar a su mujer. Ella estaría durmiendo, la pobre, descansando de las fatigas del día. Pero no..., gemía y se quejaba débilmente, débilmente...

—¿Qué te pasa? —la preguntó.

—El niño —murmuró ella, sollozando.

—¿Qué tiene? —dijo él, sobresaltado.

—El otro niño... Pepito... ¿Sabes?... Mañana hará dos años que lo enterraron...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué es tan triste nuestra vida?

EL CARBONERO

Se despertó Garraiz, y salió de la choza; tomó el sendero que corría por el borde mismo del precipicio y bajó a un descampado del monte, en donde iba a preparar un homo de carbón.

Comenzaba el día; pálidos resplandores iban surgiendo en el Oriente; como hebras de oro en un mar sombrío se destacaban los primeros rayos del sol al herir las nubes.

Sobre los valles se extendía la niebla compacta y densa, como un sudario gris que se agitara con el viento.

Garraiz comenzó su trabajo. Empezó por recoger los troncos de leña más gruesos que había en el suelo formando montones, y los colocó circularmente, dejando un vacío en el centro, luego fue poniendo otros más delgados sobre aquellos, y sobre estos, otros, y así continuó su obra, silbando un principio de canción que nunca concluía, sin sentir la soledad y el silencio que dominaban en el monte.

Mientras tanto, el sol ascendía y la niebla comenzaba a rasgarse; aquí se presentaba un caserío en medio de sus heredades, como ensimismado en su tristeza; allá, un campo de trigo ya amarillento que

tenía sus olas como un pequeño mar; en las cumbres, las aliagas doradas brotaban entre las rocas y parecían rebaños que subían por el monte. Tendiendo la vista lejos se veía un laberinto de montañas, como si fueran olas inmensas de un mar solidificado; en unas, la espuma parecía haberse trocado en la piedra calcárea que las coronaba; otras montañas eran redondas, verdes, oscuras, como las olas del interior del mar.

Garraiz seguía trabajando y cantando su canción. Esa era su vida: apilar leña, cubrirla luego con helechos y barro, y después pegarla fuego. Esa era la vida, no conocía otra.

Llevaba algunos años de carbonero. Tenía veinte, aunque él no sabía a punto fijo los años que contaba.

Cuando la sombra de una cruz de hierro que estaba clavada en la parte más alta del monte venía a dar en el sitio en que él trabajaba, Garraiz abandonaba su faena, e iba a comer a una borda, en donde la mujer del contratista les daba de comer a los carboneros.

Aquel día, como los demás, Garraiz bajó por una senda a la hondonada en que se veía la borda, una borda tosca de piedra, con una puerta y dos estrechas ventanas.

—Buenos días —dijo al entrar.

—¡Hola, Garraiz! —le contestaron de dentro.

Se sentó junto a una mesa, y esperó. Una mujer le acercó un plato, y vertió en él el contenido de una olla que sacó de la lumbre. El carbonero comenzó a comer sin hablar nada, echando de cuando en cuando pedazos de pan de maíz a un perro que bullía entre sus piernas.

La mujer de la borda le contempló un momento, y después le dijo:

—Garraiz, ¿sabes lo que decían ayer en el pueblo?

—No.

—Decían que tu prima Vicenta, tu novia, la que está en la ciudad, va a casarse.

Garraiz levantó los ojos con indiferencia, y siguió comiendo.

—Otra cosa peor me han dicho a mí —añadió uno de los carboneros.

—¿Qué? —preguntó Garraiz.

—Que el hijo de Antón y tú habéis caído soldados.

Garraiz no replicó; pero su cara adusta se oscureció más. Se levantó de la mesa, llenó un cubo con brasas de la lumbre y volvió al sitio donde trabajaba; arrojó el fuego por el agujero del vértice del horno, y cuando vio las espirales de humo que

comenzaban a salir lentamente, se sentó en el suelo al borde mismo del precipicio.

No, no sentía ni tristeza ni cólera porque su novia se casara; le era indiferente; lo que le exasperaba, lo que le llenaba su espíritu de una rabia sombría, era el pensar que le iban a arrancar de su monte aquellos de la llanura, a quienes no conocía, pero a quienes odiaba.

«¿Por qué —se preguntaba él— iba a obligarle nadie a salir de allí?». «¿Por qué iba a defender a nadie cuando no le defendían a él?». Y, sombrío e iracundo, empujaba con el pie las grandes piedras del borde del precipicio y las veía caer en el vacío, saltando aquí, rodando allá, arrancando arbustos, hasta desaparecer e irse al fondo del derrumbadero.

Cuando las llamas rompían la coraza de barro y de hierbas que las sujetaban, Garraiz cogía su larga pala, e iba tapando con barro los boquetes hechos por el fuego.

Y se deslizaban las horas, siempre iguales, siempre monótonas; la noche se acercaba, el sol descendía con lentitud entre nubes rojas, y el viento del anochecer comenzaba a balancear las copas de los árboles.

Se oía ese grito de los pastores para llevar al aprisco las ovejas, que parece una carcajada

sardónica, larga y estridente; se entablaban diálogos entre las hojas y el viento; los hilos de agua al correr por entre las peñas resonaban en el silencio del monte como voces del órgano en la nave solitaria de una iglesia.

Y la noche avanzaba y las sombras en masa subían del valle. Densas humaredas se escapaban del horno y a veces montones de chispas.

Garraiz contemplaba el abismo que se extendía ante él y, sombrío y taciturno, enseñaba el puño a aquel enemigo desconocido que tenía poder sobre él, y, para manifestarle su odio, tiraba hacia la llanura las grandes piedras del borde del precipicio.



EL AMO DE LA JAULA

En la iglesia, fervorosamente arrodillado dijo uniendo sus manos: «¡Dios mío! ¡Dios mío! Haced que, si he de morir, muera de día, al sol, la noche me horroriza».

El chisporroteo de una lámpara de aceite en el altar tomó en su alma el carácter de una promesa...

No le habían dejado aquel año ir a la capital a seguir su carrera, porque el pobre joven estaba muy enfermo. Todos los días acompañaba a su padre al campo, por consejo del médico.

Aquella tarde, concluida la tarea y lleno el carro de secos sarmientos, se encaramó el enfermo trabajosamente sobre ellos, y la cansada mula emprendió con lentitud la vuelta hacia el lugar.

El día tocaba a su término; las crestas de las montañas que cerraban el horizonte se veían doradas por el sol, ya oculto, y tras él se precipitaban las nubes en torbellinos de fuego.

La sombra iba venciendo a la luz.

Sin comprender la causa, el joven sentía dentro de su alma una confusión extraña; nubarrones

pesados de tristeza empañaban su espíritu. Perseguía con la mirada las nubecillas negruzcas que cruzaban el cielo cobrizo, y, como ellas, hubiera querido huir a las regiones misteriosas y lejanas en donde el sol se oculta.

Y la sombra vencía a la luz.

El padre del enfermo silbaba una canción monótona, igual, que iba cambiando de matiz a medida que variaba el paisaje. La brisa ligera hacía rodar las amarillentas hojas caídas de los árboles; a veces un soplo más vigoroso balanceaba sus negras ramas.

Y la sombra vencía a la luz.

En la lejanía sobre la cresta de un monte, dos arbolillos raquíuticos cantaban bajo el cielo rojizo su abandono y su desolación; de un montón de paja, encendido junto a una choza, escapaba el humo recto y retorcido como una columna salomónica.

Del choque de las sensaciones vagas y confusas que experimentaba el enfermo salía, como esas nieblas que aparecen al amanecer en los ríos, una enorme tristeza, una pesada melancolía.

Y la sombra vencía a la luz.

En aquella hora, ante el espectáculo de la agonía de la tarde, el joven sintió frío y sintió la inquietud de su fin próximo.

«¡Padre mío! ¡Dios mío!», gritó.

Y la sombra vencía a la luz y la sombra caía sobre el corazón como una nube de plomo...

Las estrellas parpadeaban en el alto cielo; el camino, al reflejar su luz tenue, tomaba un brillo de plata de oscuro tono; el campo se extendía negro y triste como un mar sin olas, lleno de murmullos y de inquietudes.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! No olvidéis vuestra promesa.»

Y la sombra vencía a la luz y la sombra caía sobre su corazón como nube de plomo.

Todavía quedaba en el Poniente la suave claridad del sol.

«¡Dios mío!», —volvió a gritar el enfermo con su voz débil, y murió.

Una estrella corrió por el cielo, dejando una brillante ráfaga luminosa...

Hubo un tiempo glorioso en que Él nos oía y las imágenes de las vírgenes y de los santos se nos aparecían en las grutas de la tierra y en las olas del mar; pero como es cierto que estamos en decadencia y que caminamos a la perdición ya no nos atiende.

Los hombres, en su jaula, han gemido, han rezado,

han gritado tanto, que han vuelto sordo al amo, al amo de la jaula. Por eso no nos oye.

ERRANTES

Les sorprendió la noche e hicieron alto en el fondo de un desfiladero constituido por dos montes cortados a pico, cuyas cabezas se aproximaban allá arriba como para besarse, dejando sólo a la vista una faja de cielo alargado y llena de estrellas.

A los pies de aquellas dos altísimas paredes de piedra serpenteaba la carretera, siguiendo las vueltas caprichosas del río, que, ensanchado por el dique de una presa cercana, era allí caudaloso, profundo y sin corriente.

En la noche oscura, la superficie negra y lisa del río, limitada en las orillas por altos árboles, parecía la boca de una inmensa sima subterránea, la entrada de un abismo enorme y sin fondo, y allá, en el interior negro, muy negro, se reflejaban los altos chopos de las orillas y la claridad del cielo que dejaban pasar los montes.

Embutida en una grieta angosta de la montaña, cerca de un terraplén, por donde continuamente rodaban piedras, había una borda, y la familia se detuvo en ella.

Era una de esas casucas que en las provincias del Norte se ven en las carreteras para descanso de los

caminantes. Allí solían albergarse gitanos caldereros, mendigos, buhoneros y toda esa gente sin trabajo que recorre los caminos.

La familia la constituían una mujer, un hombre y un muchacho. La mujer, que iba montada en un viejo caballo, bajó de él, entró en la borda y se sentó en el banco de piedra a dar de mamar a un niño que llevaba en los brazos.

El hombre y el muchacho quitaron la carga al rocín, lo ataron a un árbol, recogieron algunas brazadas de leña, las llevaron a la caseta, y allí en el suelo, encendieron lumbre.

La noche estaba fría; en aquel desfiladero, formado por los dos montes cortados a pico, soplaban el viento con fuerza, llevando finísimos copos de nieve y gotas de lluvia.

Mientras la mujer daba de mamar al niño, el hombre, solícitamente, le quitó el mantón, empapado en agua, de los hombros, y lo puso a secar al fuego; después afiló dos estacas, las clavó en la tierra y colgó sobre ellas el mantón, que así impedía el paso a las corrientes de aire.

El fuego se había acrecentado; las llamas iluminaban el interior de la borda, en cuyas paredes blanqueadas se veían toscos dibujos y letreros, trazados y escritos con carbón por otros vagabundos.

El hombre era pequeño, flaco, sin bigote ni barba; toda su vida parecía reconcentrada en sus ojos, chiquitos, negros y vivarachos.

La mujer hubiera parecido bella sin el aire de cansancio que tenía. Miraba resignada a su hombre, a aquel hombre, mitad saltimbanqui, mitad charlatán, a quien amaba sin comprenderle.

El muchacho tenía las facciones y la vivacidad de su padre; ambos hablaban rápidamente, en una jerga extraña, y leían y celebraban los letreros escritos en las paredes.

Se pusieron a comer los tres sardinas y pan. Luego, el hombre sacó una capa raída de un envoltorio, y arropó con ella a su mujer. El padre y el hijo se tendieron en el suelo; al poco rato, los dos dormían. El niño comenzó a llorar; la madre se puso a mecerlo en sus brazos con voz quejumbrosa.

Minutos después, en el nido improvisado, dormían todos, tan tranquilos, tan felices en su vida nómada y libre.

Afuera, el viento murmuraba, gemía y silbaba con rabia en el barranco.

El río se contaba a sí mismo sus quejas con tristes murmullos, y la presa del molino, con sus aguas espumosas, ejecutaba extrañas y majestuosas sinfonías...

Al día siguiente por la mañana, la mujer con el niño, montada a caballo; el padre y el muchacho comenzaron nuevamente su marcha y se fueron alejando, alejando, los errantes, hasta que se perdieron de vista en la revuelta de la carretera.

I

El paisaje es negro, desolado y estéril; un paisaje de pesadilla de noche calenturienta; el aire espeso, lleno de miasmas, vibra como un nervio dolorido.

Por entre las sombras de la noche se destaca sobre una colina la almenada fortaleza, llena de torreones sombríos; por las ventanas ojivales salen torrentes de luz que van a reflejarse con resplandor sangriento en el agua turbia de los fosos.

En la llanura extensa se ven grandes fábricas de ladrillos, con inmensas chimeneas erizadas de llamas, por donde salen a borbotones bocanadas de humo como negras culebras que suben lentamente desenvolviendo sus anillos a fundir su color en el color oscuro del cielo.

En los talleres de las fábricas, iluminados por luces de arco voltaico, trabajan manadas de hombres sudorosos, de caras patibularias, tiznados por el carbón: unos machacan en el yunque el metal brillante, que revienta en chispas; otros arrastran vagonetas y se cruzan y se miran, pero sin hablarse, como muchos espectros.

Algunos, con la pala en la mano, llenan los

hornos de gigantescas máquinas, que gritan, aúllan y silban con energía de titanes en presencia de la noche negra y preñada de amenazas.

Ante las ventanas llenas de luz del castillo pasan sombras blancas con rapidez de sueños.

Adentro, en el palacio, hay luz, animación, vida; afuera, tristeza, angustia, sufrimiento, una inmensa fatiga de vivir. Adentro, el placer aniquilador, la sensación refinada. Afuera, la noche.

Había encendido una hoguera con hierbas secas, y, acurrucado, envuelto en una capa harapienta, calentaba su cuerpo enflaquecido... Era un viejo pálido y triste, extenuado y decrepito; su mirada fría parecía no ver lo que miraba; su boca sonreía con amarga tristeza, y toda su persona respiraba tristeza, toda su persona respiraba decaimiento y ruina. Una inmensa angustia se leía en su rostro; sus ojos contemplaban pensativamente las llamas; luego, el humo que subía y subía; después sus pupilas se clavaban en el cielo negro, animadas de una incomprensible ansiedad.

Dos embozados se acercaron al hombre; uno de ellos tenía el pelo blanco y el paso vacilante; el otro demostraba en sus ademanes su juventud y su vigor.

—¿Qué bulto es este? —preguntó el viejo—. ¿Es un perro?

—Es igual. Soy yo —contestó el hombre acurrucado.

EL VIEJO. —¿Y tú quién eres?

UNO. —Soy Uno.

EL VIEJO. —¿No tienes otro nombre?

UNO. —Cada cual me llama como quiere; unos, Hambre; otros, Miseria; también hay quien me llama Canalla.

EL JOVEN. —¿Qué haces aquí a estas horas?

UNO. —Descanso. Pero si os molesta mi presencia, me iré.

EL VIEJO. —No; puedes quedarte. Hace frío. ¿Por qué no te recoges?

UNO. —¿A dónde?

EL VIEJO. —A tu hogar.

UNO. —No tengo hogar.

EL JOVEN. —Trabaja, y lo tendrás.

UNO. —¡Trabajar! ¡Mirad mis brazos! No tienen más que piel y huesos; mis músculos están atrofiados y mis manos deformadas. No tengo fuerza. Aunque la tuviera, tampoco trabajaría. ¿Para qué?

EL JOVEN. —Para alimentar a tu familia; ¿es que

no la tienes?

UNO. —Como si no la tuviera. Mi mujer ha muerto. Mis hijas están ahí. (*Señalando el castillo*) ¡Eran hermosas! Mis hijos están también ahí. Son fuertes y defienden la fortaleza de las acometidas de nosotros los miserables y los desesperados.

EL VIEJO. —¿Protestas? ¿No sabes que es un crimen?

UNO. —No protesto. Me resigno.

EL JOVEN. —Esa resignación forzada es peor que la protesta misma.

UNO. —A pesar de eso, me resigno.

EL VIEJO. (*Después de una pausa*) —¿Es que no crees en Dios?

UNO. —Creo hasta donde puedo. Antes más que ahora; pero desde que estos (*Señalando al joven*) me convencieron de que el cielo estaba vacío, huyeron mis creencias. Ya no siento a Dios por ninguna parte.

EL JOVEN. —Sí, es verdad. Te hemos arrancado ilusiones. ¿Pero no te hemos dado, en cambio, nuevos entusiasmos? ¡La Humanidad! ¿No crees en la Humanidad?

UNO. —¿En cuál? ¿En la vuestra? ¿O en la de ese

rebaño de hombres que os sirven como bestias de carga?

EL VIEJO. —¿Y en la Patria? ¿Serás tan miserable para no creer en ella?

UNO. —¡La Patria! Sí. Es el altar ante el cual sacrificáis nuestros hijos para lavar vuestras deshonras.

EL JOVEN. —¿No tienes fe en la Ciencia?

UNO. —Fe, no. Creo lo que he visto. La Ciencia es un conocimiento. Un conocimiento no es una fe. Lo que yo anhelo es un ideal.

EL JOVEN. —Vivir. La vida por la vida. Ahí tienes un entusiasmo nuevo.

UNO. —Vivir por vivir. ¡Qué pobre, qué pobre idea! Una gota de agua en el cauce de un río seco.

EL JOVEN. —Pues entonces, ¿qué ansias? ¿Cuáles son tus deseos? Tus ambiciones son más grandes que el Universo. ¿Esperabas que la ciencia y la vida te dieran nueva fuerza, nueva juventud, nuevo vigor?

UNO. —No. No esperaba nada de eso. A lo que aspiro es a un ideal. Ya veis. Los del castillo necesitáis comer, nosotros os proporcionamos alimentos; necesitáis vestidos, nosotros os

tejemos ricas y hermosas telas; necesitáis entreteneros, os damos histriones; necesitáis satisfacer vuestra sensualidad, os damos mujeres; necesitáis guardar vuestros territorios, os damos soldados. Y a cambio de esto, ¿qué os pedimos a vosotros, los inteligentes; a vosotros, los elegidos? Una ilusión para adormecernos, una esperanza para consolarnos; un ideal nada más.

EL VIEJO. (*Al joven*). —Nos puede ser útil la inteligencia de este hombre. (*A uno.*) Oye, Uno. Ven con nosotros. Ya no te engañaremos con fingidas promesas. Tendrás a nuestro lado paz, tranquilidad, sosiego...

UNO. —No, no. Un ideal es lo que necesito.

EL JOVEN. —Ven. Vivirás con nosotros la vida activa, enérgica, llena de emociones. Te confundirás en el infernal torbellino de la ciudad, como esa hoja que cae del árbol, con la hojarasca que danza frenéticamente en el aire.

UNO. —(*Mirando al fuego*) ¡Un ideal! ¡Un ideal!

EL VIEJO. —Saborearás la calma de la vida de aldea, de esa vida de costumbres dulces y sencillas. Podrás gozar del silencio del

templo; de los perfumes del incienso que salen a bocanadas de los incensarios de plata; de las reposadas notas del órgano que, como voces de Dios Todopoderoso, se esparcen por los ámbitos de la ancha nave de la iglesia.

UNO. —¡Un ideal! ¡Un ideal!

EL JOVEN. —Tendrás los mismos derechos, las mismas preeminencias...

UNO. (*Levantándose*) —No quiero derechos, ni preeminencias, ni placeres. Quiero un ideal adonde dirigir mis ojos turbios por la tristeza; un ideal en donde pueda descansar mi alma herida y fatigada por las impurezas de la vida. ¿Lo tenéis? No... Pues dejadme. Dejadme, que mejor que contemplar vuestros lujos y vuestros esplendores, quiero rumiar el pasto amargo de mis pensamientos y fijar la mirada en ese cielo negro, no tan negro como mis ideas...

EL VIEJO. —Está loco. Hay que dejarle.

EL JOVEN. —Hay que dejarle, sí. Está loco. (*Se van.*)

UNO. (*Se arrodilla.*) —¡Oh sombras! ¡Fuerzas desconocidas! ¿No hay un ideal para una

pobre alma sedienta como la mía?

II

—Escúchame —dijo Él—. No temas. Porque tú eres el elegido, y has de llevar a los hombres mi palabra.

Uno preguntó:

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

—Para unos represento la equidad y la justicia —respondió Él—; para otros, la destrucción y la muerte.

UNO. —Me aterras. Tus ojos me queman el alma, y en tu manto se me figura ver manchas de sangre.

ÉL. —No te engañas. Es sangre de mis víctimas y de mis verdugos.

UNO. —¿Qué quieres de mí?

ÉL. —Ven y mira.

Uno vio una llanura inmensa, llena de ciudades y de pueblos y de aldeas. Sobre campos de estiércol se agitaba una multitud de hombres lujuriosos, borrachos, egoístas, llenos de suciedades y de miserias.

—Mis hombres —dijo Él— han sido y son

encarcelados, agarrotados, fusilados; pero aunque sobre ellos caigan todos los estigmas y todas las vergüenzas, serán siempre más nobles, más grandes, más puros de corazón que esa estúpida canalla que vive bajo el yugo de sus vicios y de sus torpezas.

—¿Por qué me enseñas estos horrores y estas miserias? —contestó Uno—. ¿No soy yo bastante miserable con mis penas?

—¡Cobarde! ¡Egoísta! —repuso Él—. ¿Es que tu corazón no tiene lástima más que para tus propios dolores? Mira, mira, aunque no quieras, esos pueblos en donde las almas se retuercen con los sufrimientos como raíces secas, y la angustia y la fiebre dominan por todas partes. Mira los niños en las calles, abandonados a la Naturaleza, madrastra, las mujeres arrastradas a la muerte moral por los hombres. ¿Tu corazón no se despierta?

UNO. —Sí; pero es de odio y no de amor.

ÉL. —Eres de los míos, y trabajarás por mi nombre y no desfallecerás. Ahí tienes tus compañeros.

Y Uno vio interiores sombríos, talleres de mecánico, gabinetes de Medicina, y allí había hombres de mirada triste y pensativa, y todos trabajaban en silencio, y no tenían nada de común, y

la obra de uno era la obra de todos.

—Ahora, vete —le dijo Él, señalando las fábricas—. Vete donde están los hombres, y cuéntales lo que has visto.

Y Él desapareció. Uno quedó mirando el fuego, que chisporroteaba. Por las ventanas del castillo seguían pasando sombras blancas de graciosa forma; en la llanura, los hombres sudorosos, de caras patibularias, tiznados por el humo, llenaban de carbón las entrañas de las enormes máquinas, que gritaban, aullaban y silbaban con energía de titanes en presencia de la noche negra y preñada de amenazas.

Y Uno predicó; las ideas cayeron en las almas como semilla en tierra virgen, y germinaron y florecieron. Una agitación desconocida reinó en la llanura, un estremecimiento de terror en el castillo. Los hombres de la llanura se reunieron, y con ellos todos los pobres, todos los enfermos, todas las prostitutas, todos los miserables, los más infames bandidos y la más abyecta canalla. Y se armaron con hachas, y martillos, y barras de hierro, y grandes piedras, y formaron una avalancha enorme y avanzaron hacia el castillo, llenos de ardor, a concluir con las

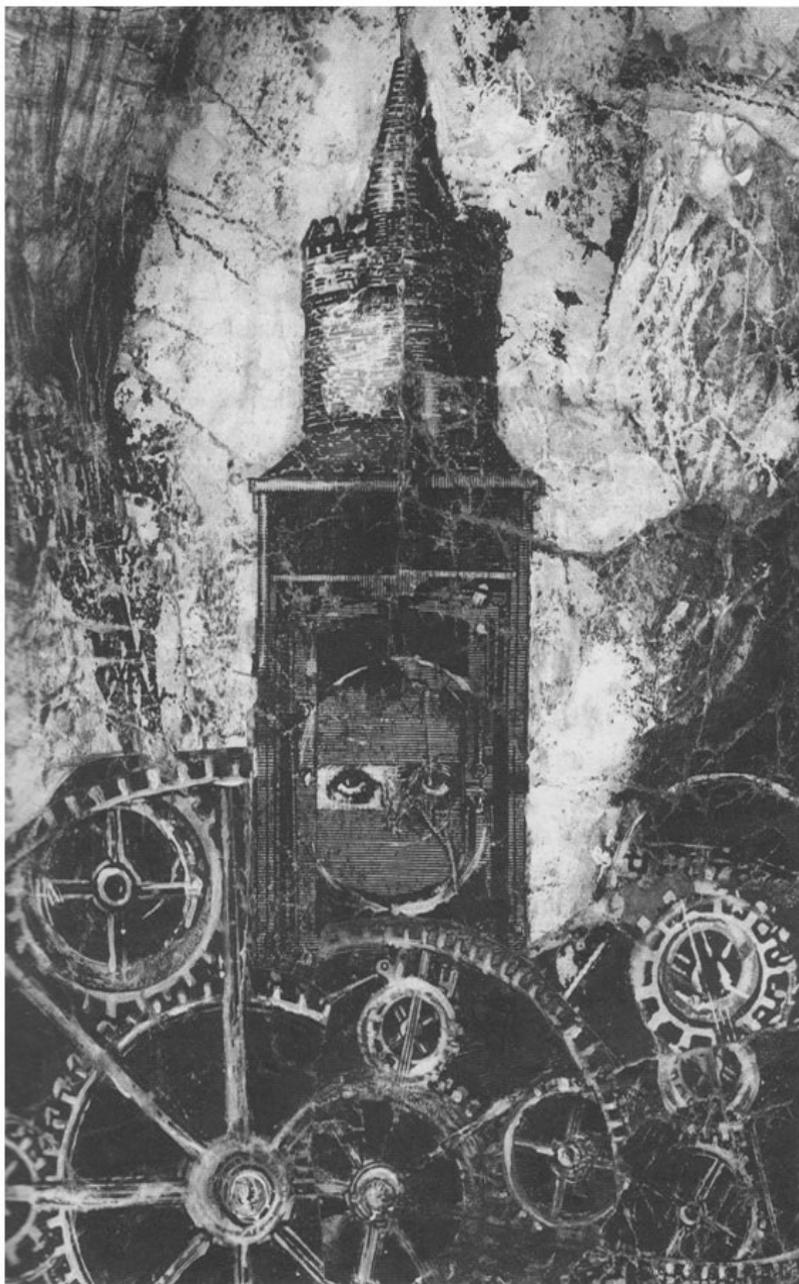
iniquidades y los atropellos, a imponer la piedad por la fuerza.

Y la avalancha la dirigían hombres extraños, gente pálida, de mirada triste, con ojos alucinados de poetas y de rebeldes. Y cantaban todos un himno grave y sonoro, como la voz de una campana de bronce.

El ejército del castillo dio la batalla a los de la llanura, y los venció, y los pasó a cuchillo.

El exterminio fue absoluto. De todos ellos no quedó más que un niño. Era un poeta.

Cantaba en versos brillantes como el oro la gloria de los rebeldes muertos, el odio santo por los vencedores, y predecía la aurora de la Jerusalén nueva, que brillaba entre nubes de fuego y de sangre en un porvenir no lejano.



ÁNGELUS

Eran trece hombres, trece valientes curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar. Con ellos iba una mujer, la del patrón.

Los trece hombres de la costa tenían el sello característico de la raza vasca: cabeza ancha, perfil aguileño, la pupila muerta por la constante contemplación de la mar, la gran devoradora de hombres.

El Cantábrico los conocía; ellos conocían las olas y el viento.

La trainera larga, estrecha, pintada de negro, se llamaba *Arantza*, que en vascuence significa ‘espina’. Tenía un palo corto, plantado junto a la proa, con una vela pequeña...

La tarde era de otoño; el viento flojo; las olas, redondas, mansas, tranquilas. La vela apenas se hinchaba por la brisa, y la trainera se deslizaba suavemente, dejando una estela de plata en el mar verdoso.

Habían salido de Motrico y marchaban a la pesca con las redes preparadas, a reunirse con otras lanchas para el día de Santa Catalina. En aquel momento pasaban por delante de Deva.

El cielo estaba lleno de nubes algodonosas y plumizas. Por entre sus jirones, trozos de un azul pálido. El sol salía en rayos brillantes por la abertura de una nube, cuya boca enrojecida se reflejaba temblando sobre el mar.

Los trece hombres, serios e impasibles, hablaban poco; la mujer, vieja, hacía media con gruesas agujas y un ovillo de lana azul. El patrón, grave y triste, con la boina calada hasta los ojos, la mano derecha en el remo que hacía de timón, miraba impasible al mar. Un perro de aguas, sucio, sentado en un banco de popa, junto al patrón, miraba también al mar, tan indiferente como los hombres.

El sol iba poniéndose... Arriba, rojos de llama, rojos cobrizos, colores cenicientos, nubes de plomo, enormes ballenas; abajo, la piel verde del mar, con tonos rojizos, escarlata y morados. De cuando en cuando el estremecimiento rítmico de las olas...

La trainera se encontraba frente a Iciar. El viento era de tierra, lleno de olores de monte; la costa se dibujaba con todos sus riscos y sus peñas.

De repente, en la agonía de la tarde, sonaron las horas en el reloj de la iglesia de Iciar, y luego las campanadas del *Ángelus* se extendieron por el mar como voces lentas, majestuosas y sublimes.

El patrón se quitó la boina y los demás hicieron

lo mismo. La mujer abandonó su trabajo, y todos rezaron, graves, sombríos, mirando al mar tranquilo y de redondas olas.

Cuando empezó a hacerse de noche el viento sopló ya con fuerza, la vela se redondeó con las ráfagas de aire, y la trainera se hundió en la sombra, dejando una estela de plata sobre la negruzca superficie del agua...

Eran trece los hombres, trece valientes, curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar.

NOCHE DE MÉDICO

No sé por qué conservo tan grabado el recuerdo de aquella noche. El médico de un pueblo vecino me avisó para que fuera a ayudarlo en una operación. Recibí su recado por la tarde, una tarde de otoño triste y oscura.

Las nubes bajas se disolvían lentamente en una continua lluvia que dejaba lágrimas cristalinas en las ramas deshojadas de los árboles.

Las casas de la aldea, con las paredes ennegrecidas, parecían agrandarse en la niebla. Cuando las ráfagas impetuosas de viento barrían el agua de la atmósfera, se veía, como al descorrerse un telón, las casas agrupadas del pueblo, por cuyas chimeneas escapaba con lentitud el humo de los hogares, a perderse en el ambiente gris que lo envolvía todo.

Precedido por el labriego que había venido a buscarme, comenzamos e internamos en el monte. Yo montaba en un viejo caballo, que iba tropezando a cada momento. El camino se dividía en unos sitios en estrechísimas sendas, terminaba a veces en prados cubiertos de hierba amarillenta, esmaltada por las campanillas purpúreas de las digitales, y subía y

bajaba los senderos al cruzar una serie de colinas que, como enormes olas, se presentaban bajo un monte, olas que fueron quizá cuando la tierra más joven era una masa fluida originada de una nebulosa.

Oscureció, y seguimos marchando. Mi guía encendió un farol.

A veces rompía el augusto silencio alguna canción del país, cantada por un labriego que segaba la hierba para las vacas. El camino bordeaba las heredades de los caseríos. El pueblo estaba cerca. Se le veía a lo lejos sobre una loma, y señal de su vida eran dos o tres puntos luminosos que brillaban en su montón sombrío de casas. Llegamos al pueblo, y seguimos adelante; la casa se hallaba más lejos, en un recodo del sendero. Estaba oculta entre viejas encinas, robles corpulentos y hayas de monstruosos brazos y de plateada corteza. Parecía mirar de soslayo hacia el camino y esconderse para ocultar su miseria.

Entré en la cocina del caserío; una vieja mecía en la cuna a un niño.

—El otro médico está arriba —me dijo.

Subí por una escalera al piso alto. De un cuarto cuya puerta daba al granero, escapaban lamentos roncós, desesperados, y un *ai, ene!*, regular, que variaba de intensidad, pero que se repetía siempre.

Llamé, y el médico, mi compañero, me abrió la puerta. Del techo del cuarto colgaban trenzas de mazorcas de maíz; en las paredes, blancas por la cal, se veían dos cromos, uno de un Cristo y otro de la Virgen. Un hombre, sentado sobre un arca, lloraba en silencio; en el lecho, la mujer con la cara lívida, sin fuerzas más que para gemir, se abrazaba a su madre. Entraba libremente el viento en el cuarto por los intersticios de la ventana, y en el silencio de la noche resonaban potentes los mugidos de los bueyes...

Mi compañero me explicó el caso, y allá en un rincón hablamos los dos grave y sinceramente, confesando nuestra ignorancia, pensando únicamente en salvar a la enferma.

Hicimos nuestros preparativos. Se colocó en la cama a la mujer... Su madre huyó llena de terror...

Templé los fórceps en agua caliente, y los fui pasando a mi compañero, que colocó fácilmente una hoja del instrumento, después con más dificultad la otra; luego cerró el aparato. Entonces hubo, ayes, gritos de dolor, protestas de rabia, rechinamiento de dientes... después mi compañero, tembloroso, con la frente llena de sudor, hizo un esfuerzo nervioso, hubo una pausa, seguida de un grito estridente, desgarrador...

Había terminado el martirio; pero la mujer era ya

madre, y, olvidando sus dolores, me preguntó, tristemente:

—¿Muerto?

—No, no —le dije yo.

Aquella masa de carne que sostenía en mis manos vivía, respiraba. Poco después el niño gritaba, con un chillido agudo.

—*Ai, ene!* —murmuró la madre, envolviendo con la misma frase, que le servía para expresar sus dolores, todas sus felicidades...

Tras de un largo rato de espera, los médicos salimos de la casa. Había cesado de llover; la noche estaba húmeda y templada; por entre jirones de las negras nubes aparecía la luna iluminando un monte cercano con sus pálidos rayos. Caminaban por el cielo negros nubarrones, y el viento al azotar los árboles murmuraba como el mar oído desde lejos.

Mi compañero y yo hablábamos de la vida del pueblo; de Madrid, que se nos aparecía como un foco de luz, de nuestras tristezas y de nuestras alegrías. Al llegar al recodo del camino nos despedimos:

—¡Adiós! —me dijo él.

—¡Adiós! —le dije yo, y nos estrechamos la mano con la ilusión de dos amigos íntimos, y nos separamos.

LO DESCONOCIDO

Se instalaron, marido y mujer, en el vagón; él, después de colocar las carteras de viaje, se puso un guardapolvo gris, se caló una gorrilla, encendió un cigarro y se quedó mirando al techo con indiferencia; ella se asomó a la ventanilla a contemplar aquel anochecer de otoño.

Desde el vagón se veía el pueblecillo de la costa con sus casas negruzcas reunidas para defenderse del viento del mar. El sol iba retirándose poco a poco del pueblo; relucía entonces con destellos metálicos en los cristales de las casas, escalaba los tejados, ennegrecidos por la humedad, y subía por la oscura torre de la iglesia hasta iluminar solamente la cruz de hierro del campanario, que se destacaba triunfante con su tono rojizo en el fondo gris del crepúsculo.

«Pues no esperamos poco», dijo él, con un ceceo de gomoso madrileño, echando una bocanada de humo al aire.

Ella se volvió con rapidez a mirarle, contempló a su marido, que lucía sus manos blancas y bien cuidadas llenas de sortijas, y, volviéndole la espalda, se asomó de nuevo a la ventanilla.

La campana de la estación dio la señal de

marcha; comenzó a moverse el tren lentamente; hubo esa especie de suspiro que producen las cadenas y los hierros al abandonar su inercia: pasaron las ruedas con estrépito infernal, con torpe traqueteo, por las placas giratorias colocadas a la salida de la estación; silbó la locomotora con salvaje energía; luego el movimiento se fue suavizando, y comenzó el desfile, y pasaron ante la vista caseríos, huertas, fábricas de cemento, molinos, y después, con una rapidez vertiginosa, montes y árboles, y casetas de guardavías, y carreteras solitarias, y pueblecillos oscuros apenas vislumbrados a la vaga claridad del crepúsculo.

Y, a medida que avanzaba la noche, iba cambiando el paisaje; el tren se detenía de cuando en cuando en apeaderos aislados, en medio de eras, en las cuales ardían montones de rastrojos.

Dentro del vagón seguían, solos, marido y mujer, no había entrado ningún otro viajero; él había cerrado los ojos y dormía. Ella hubiera querido hacer lo mismo; pero su cerebro parecía empeñarse en sugerirle recuerdos que la molestaban y no la dejaban dormir.

¡Y qué recuerdos! Todos fríos, sin encanto.

De los tres meses pasados en aquel pueblo de la costa, no le quedaban más que imágenes descarnadas

en la retina, ningún recuerdo intenso en el corazón.

Veía la aldea en un anochecer de verano, junto a la ancha ría, cuyas aguas se deslizaban indolentes entre verdes maizales; veía la playa, una playa solitaria, frente al mar verdoso, que la acariciaba con olas lánguidas; recordaba crepúsculos de agosto, con el cielo lleno de nubes rojas y el mar teñido de escarlata; recordaba los altos montes escalados por árboles de amarillo follaje, y veía en su imaginación auroras alegres, mañanas de cielo azul, nieblas que suben de la marisma para desvanecerse en el aire, pueblos con gallardas torres, puentes reflejados en los ríos chozas, casas abandonadas, cementerios perdidos en las faldas de los montes.

Y en su cerebro resonaban el son del tamboril; las voces tristes de los campesinos aguijoneando al ganado; los mugidos poderosos de los bueyes; el rechinamiento de las carretas, y el sonar triste y pausado de las campanas del *Ángelus*.

Y, mezclándose con sus recuerdos, llegaban del país de los sueños otras imágenes, reverberaciones de la infancia, reflejos de lo inconsciente, sombras formadas en el espíritu por las ilusiones desvanecidas y los entusiasmos muertos.

Como las estrellas que en aquel momento iluminaban el campo con sus resplandores pálidos,

así sus recuerdos brillaban en su existencia, imágenes frías que impresionaron su retina, sin dejar huella en el alma.

Sólo un recuerdo bajaba de su cerebro al corazón a conmoverlo dulcemente. Era aquel anochecer que había cruzado sola, de un lado a otro de la ría, en un bote. Dos marineros jóvenes, altos, robustos, con la mirada inexpresiva del vascongado, movían los remos. Para llevar el compás, cantaban con monotonía un canto extraño de una dulzura grande. Ella, al oírlo, con el corazón aplanado por una languidez sin causa, les pidió que cantaran alto y que se internaran mar adentro.

Los dos remaron para separarse de tierra, y cantaron sus zortzikos, canciones serenas que echaban su amargura en un crepúsculo esplendoroso. El agua, teñida de rojo por el sol moribundo, se estremecía y palpitaba con resplandores sangrientos, mientras las notas reposadas caían en el silencio del mar tranquilo y de redondeadas olas.

Y, al comparar este recuerdo con otros de su vida de sensaciones siempre iguales, al pensar en el porvenir plano que le esperaba, penetró en su espíritu un gran deseo de huir de la monotonía de su existencia, de bajar del tren en cualquier estación de aquellas y marchar en busca de lo desconocido.

De repente se decidió, y esperó a que parara el tren. Como nacida de la noche, vio avanzar una estación hasta detenerse frente a ella, con su andén solitario, iluminado por un farol.

La viajera bajó el cristal de la ventanilla, y sacó el brazo para abrir la portezuela.

Al abrirla y al asomarse a ella, sintió un escalofrío que recorrió su espalda. Allá estaba la sombra, la sombra que la acechaba. Se detuvo. Y bruscamente, sin transición alguna, el aire de la noche le llevó a la realidad, y sueños, recuerdos, anhelos, desaparecieron.

Se oyó la señal, y el tren tomó a su loca carrera por el campo oscuro, lleno de sombras, y las grandes chispas de la locomotora pasaron por delante de las ventanillas como brillantes pupilas sostenidas en el aire...

EL RELOJ

Porque todos sus días, dolores, y sus ocupaciones, molestias, aún de noche su corazón no reposa.

Eclesiastés

Hay en los dominios de la fantasía bellas comarcas en donde los árboles suspiran y los arroyos cristalinos se deslizan cantando por entre orillas esmaltadas de flores a perderse en el azul mar. Lejos de estas comarcas, muy lejos de ellas, hay una región terrible y misteriosa en donde los árboles elevan al cielo sus descarnados brazos de espectro y en donde el silencio y la oscuridad proyectan sobre el alma rayos intensos de sombría desolación y de muerte.

Y en lo más siniestro de esa región de sombras, hay un castillo, un castillo negro y grande, con torreones almenados, con su galería ojival ya derruida y un foso lleno de aguas muertas y malsanas.

Yo la conozco, conozco esa región terrible. Una noche, emborrachado por mis tristezas y por el alcohol, iba por el camino tambaleándome como un barco viejo al compás de las notas de una vieja canción marinera. Era una canción la mía en tono menor, canción de pueblo salvaje y primitivo, triste como un canto luterano, canción serena de una

amargura grande y sombría, de la amargura de la montaña y del bosque. Y era de noche. De repente, sentí un gran terror. Me encontré junto al castillo, y entré en una sala desierta; un alcotán, con un ala rota, se arrastraba por el suelo.

Desde la ventana se veía la luna, que iluminaba con su luz espectral el campo yerto y desnudo; en los fosos se estremecía el agua intranquila y llena de emanaciones. Arriba, en el cielo, el brillante Arcturus resplandecía y titilaba con un parpadeo misterioso y confidencial. En la lejanía, las llamas de una hoguera se agitaban con el viento.

En el ancho salón, adornado con negras colgaduras, puse mi cama de helechos secos. El salón estaba abandonado; un braserillo, donde ardía un montón de teas, lo iluminaba. Junto a una pared del salón había un reloj gigantesco, alto y estrecho como un ataúd, un reloj de caja negra que en las noches llenas de silencio lanzaba su tictac metálico con la energía de una amenaza.

«¡Ah! Soy feliz —me repetía a mí mismo—. Ya no oigo la odiosa voz humana, nunca, nunca...»

Y el reloj sombrío medía indiferente las horas tristes con su tictac metálico.

La vida estaba dominada; había encontrado el reposo. Mi espíritu gozaba con el horror de la noche,

mejor que con las claridades blancas de la aurora.

¡Oh! Me encontraba tranquilo, nada turbaba mi calma; allí podía pasar mi vida solo, siempre solo, rumiando en silencio el amargo pasto de mis ideas, sin locas esperanzas, sin necias ilusiones, con el espíritu lleno de serenidades grises, como un paisaje de otoño.

Y el reloj sombrío medía indiferente las horas tristes con su tictac metálico.

En las noches calladas una nota melancólica, el canto de un sapo me acompañaba.

«Tú también —le decía al cantor de la noche— vives en la soledad. En el fondo de tu escondrijo no tienes quien te responda más que el eco de los latidos de tu corazón.»

Y el reloj sombrío medía indiferente las horas tristes con su tictac metálico.

Una noche, una noche callada, sentí el terror de algo vago que se cernía sobre mi alma; algo tan vago como la sombra de un sueño en el mar agitado de las ideas. Me asomé a la ventana. Allá en el negro cielo se estremecían y palpitaban los astros, en la inmensidad de sus existencias solitarias; ni un grito, ni un estremecimiento de vida en la tierra negra.

Y el reloj sombrío medía indiferente las horas tristes con su tictac metálico.

Escuché atentamente; nada se oía. ¡El silencio, el silencio por todas partes! Sobrecogido, delirante, supliqué a los árboles que suspiraban en la noche que me acompañaran con suspiros; supliqué al viento que murmurase entre el follaje y a la lluvia que resonara en las hojas secas del camino; e imploré de las cosas y de los hombres que no me abandonasen, y pedí a la luna que rompiera su negro manto de ébano y acariciara mis ojos, mis pobres ojos, turbios por la angustia de la muerte, con su mirada argentada y casta.

Y los árboles, y la luna, y la lluvia, y el viento permanecieron sordos.

Y el reloj sombrío que mide indiferente las horas tristes se había parado para siempre.

CONCIENCIAS CANSADAS

Salí del teatro, disgustado, triste, con el cerebro lleno de ideas negras. Tanta grosería, tanta bestialidad, me molestaban. Me encontré en la calle. Era un anochecer de día de fiesta. El cielo estaba plomizo, llovía; como el barro sucio en las aceras, se iban formando en mi espíritu sedimentos de ideas turbias, precipitados negros, tan negros como el cielo y como la noche.

Las tiendas estaban cerradas; los tranvías regresaban hacia la Puerta del Sol, atestados de gente; había esa animación repulsiva del domingo, que tanto nos molesta a los que podemos salir durante toda la semana. Hasta en eso el hombre es egoísta: le desagrada a uno la alegría estrepitosa de la gente de las tiendas y de los almacenes.

Huyendo del alboroto, me interné en callejuelas estrechas andando al azar. No podía arrojar de la imaginación el recuerdo del teatro; oía los brutales chistes de la obra, transformándose en carcajadas al pasar por las cabezas huecas de aquella masa de imbéciles que formaba el público, y veía a uno de los cómicos, un payaso de cara innoble con el cuerpo

rígido como un garrote, haciendo gestos y visajes y dando gritos estridentes. Y, sin embargo, me había dicho que era un hombre honrado, padre de familia, decente y digno; su mujer, una mujer de su casa, se ganaba la vida enseñando las piernas en el teatro, mientras él hacía payasadas. El dinero que iban reuniendo lo guardaban en el Monte de Piedad. Esto no sé por qué me parecía extraño.

Seguía andando al azar, cuando me llamó la atención el escaparate de una funeraria. Desde chico siento una gran aversión por esas tiendas, y, sin embargo, excitan mi curiosidad. Es un tráfico curioso el que se hace con los atavíos de la muerte, ¿verdad? Es interesante una funeraria; parece un archivo, un museo de cosas lúgubres y grotescas al mismo tiempo. Se suelen ver en el interior ataúdes de todas clases y tamaños, como en las tiendas de ultramarinos las latas de conservas, luego en el escaparate hay coronas blancas para niños, coronas negras para los hombres, angelitos en una postura académica, mirando melancólicamente un letrero que dice *Souvenir*, porque en España hasta los ángeles están traducidos del francés, y hay otras muchas cosas interesantes: cruces de mármol, adornos de azabache, y, además, un farol sobre la puerta.

Después de mirar el escaparate, dirigí mi vista

hacia el interior. En medio de la tienda, junto a la mesa, cosía una mujer joven; dos niños correteaban por allá y jugaban al escondite, ocultándose entre los ataúdes. Alguna zambra debieron armar entre los dos, porque el más pequeño comenzó a llorar y se acercó a la mujer. Esta dejó la aguja y la tela sobre la mesa, y tomó al niño en los brazos. Pude ver su cara, una cara morena, llena de energía y de bondad. «¿Cómo no le parecerá a esta mujer su comercio repulsivo?», me pregunté, y, no pudiendo darme a mí mismo contestación, seguí adelante.

Como la acera de la calle era estrecha, tuve que dejar paso a una pareja que venía de bracete. Al cruzar, los conocí a los dos. Era un matrimonio feliz; vivían en una continua luna de miel; tenían una casita de préstamos que les daba pingües ganancias, y, después de pasar la mañana él en sus negocios y ella arreglando la casa, iban a pasear por la tarde del brazo, tan enamorados, sin acordarse de la mujer del albañil, a la que habían dado dos reales por el empeño de unas sábanas que valían sesenta: «¡Y estos tendrán remordimientos! —pensé—. Seguramente que no.»

Se me ocurrió ir a cenar al café. La casa debía estar triste. Un cura que se sentaba en mi mesa se acercó y se puso a tomar café a mi lado. Empezó a

hablarme de las partidas de tresillo que jugaban en casa de unas amigas.

Viendo que estaba distraído, el cura se puso a hablar con uno de otra mesa. Enfrente de mí acababan de sentarse dos abonadas a diario; la madre era una lagarta, gruesa y amazotada; la hija, una rubia con los ojos azules y una carilla ojerosa y lánguida. La madre exhibía a la hija con el piadoso objeto de venderla, y, a pesar de esto, se veía que la quería. Seguramente si se hubiera muerto su hija hubiera llorado. ¿Pero no tendría alguna cosa como conciencia esa mujer?

Deseando olvidar el tema desagradable de mi pensamiento, abrí una *Ilustración*, y lo primero que me apareció fue el retrato del general ***.

¡Ah!, el general. Recuerdo haberle visto pasear con sus nietos y en seguida se presentó ante mi imaginación la siguiente pregunta: ¿Le remorderá la conciencia a este hombre por los soldados que ha enviado a morir a tierras lejanas? A juzgar por lo sonriente del retrato, no debía remorderle ni poco ni mucho.

—Pero aquí nadie se arrepiente de nada — murmuré, yo indignado.

—¡Caramba! —dijo el cura, interrumpiéndome—. ¡Caramba! Hoy viernes de Cuaresma, y he

tomado café con leche. ¡Qué atrocidad!

Vamos, ya había uno que se arrepentía de algo.

Salí del café pensativo. El cómico, el de la funeraria, el prestamista, el general, el cura, todos me parecían sin conciencia, y, además de estos, el abogado que engaña, el comerciante que roba, el industrial que falsifica, el periodista que se vende..., y, sin embargo, pensé después, toda esa tropa que roba, que explota, que engaña y que prostituye tiene sus rasgos buenos, sus momentos de abnegación y sus arranques caritativos. La verdad es que semiángel o semibestia, el hombre es un animal extraño.



LA TRAPERERA

Yo creo que en las ciudades grandes, si Dios está en algún lado, es en los solares. Esa irrupción de un campo desolado dentro del pueblo me enamora. Nada para mí tan interesante como ver por las rendijas de una empalizada el interior de un solar, con el suelo lleno de barreños rotos de latas de petróleo, de ruedas de coches...

«¿De dónde procederá todo esto?», suelo preguntarme, y quisiera que el puchero cascado me contara su historia desde que vino de Alcorcón y la escoba vieja arrimada a la pared y el cacharro roto me iniciaran en sus secretos.

Pero cuando más me seducen los solares es en la primavera; entonces me dan ganas de tenderme al sol con el sombrero echado sobre los ojos y pasar horas y horas mirando el cielo azul, viendo revolotear las abejas y los moscardones mientras zumba el aire con murmullo sordo en los oídos.

Hay un solar junto a mi casa encantador si algún día por casualidad pasáis de cuatro a cinco de la mañana por allá, veréis a una vieja y a una niña que empujan desde dentro dos tablas de la empalizada y salen furtivamente a la calle.

La vieja es pequeña, arrugada, sin dientes; lleva un saco vacío en la espalda y un gancho en la mano. La niña es flaca, desgarbada, tiene el rostro lleno de pecas y el cuerpo cubierto de harapos; pero andrajosa y desgredada, irradia juventud y frescura.

Si luego que hayan marchado y doblado la esquina buscáis el sitio por donde salieron, veréis que las tablas desclavadas ceden a la presión de la mano, y que por el hueco que dejan se puede pasar al solar.

El terreno del solar no es llano; tiene, en el ángulo que forman dos casas, una hondonada profunda... Al entrar se ve primero un camino, entre montones de cascotes y de piedras, que se dirige hacia la hondonada.

En esta hay una casa, si es que así puede llamarse a un cobertizo hecho de palos, al cual sirve de techo una puerta metálica, de esas de cerrar los escaparates de las tiendas, rota, oxidada y sujeta por varios pedruscos.

La casucha no tiene más que un cuarto.

En este, junto a la ventana, hay un hornillo, y sobre la ceniza blanca, unos cuantos carbones, que hacen hervir con un gluglú suave un puchero de barro.

A veces un chorro de vapor levanta tímidamente

la tapadera y deja un vaho apetitoso en el cuarto.

Os digo que es apetitoso el olor que deja al hervir el puchero de barro.

El otro día, a las cinco de la mañana, espíe la salida de la vieja y la niña.

Salieron. La vieja se detuvo en la esquina, escarbó en un montón de basura, recogió unos papeles y unos trapos, los metió en el saco, y ella y la niña siguieron su camino.

Se detenían a cada paso removiendo y escarbando los montones de basura. ¡Qué deporte el del traperero! ¿Eh?

Cada montón de basura es un enigma. Dentro de él ¡cuántas cosas no hay!, cartas de amor, letras de comerciantes, rizos de mujeres hermosas, periódicos revolucionarios, periódicos neos, artículos sensacionales, restos, sobre todo, de la tontería humana.

La vieja y la niña recorrieron todas las calles de los alrededores, cazando el papel, la bota vieja, el pedazo de trapo. Luego atravesaron la plaza Mayor, y siguieron por la calle de Toledo, que estaba triste y oscura.

Entraron en el cafetín del Rastro, sitio notable por albergar lo más florido de los golfos madrileños.

Casi todas las mesas estaban ocupadas en aquella

hora por mendigos que dormían con la cabeza apoyada en los brazos. El aire, lleno de humo de tabaco y de aceite frito, era irrespirable.

La vieja y la niña tomaron, por diez céntimos cada una, café con aguardiente. Salieron del cafetín. Una aurora de invierno se presentaba con colores sombríos en el cielo.

El piso bajaba por entre las dos filas de casas de la Ribera de Curtidores; luego se veía un montón confuso de cosas negras constituido por las barracas del Rastro y de las Américas; más lejos ondulaba la línea oscura del campo, bajo el cielo plomizo de una mañana de invierno.

Bajaron la cuesta, y atravesaron la Ronda. Allá, la vieja habló con los vendedores ambulantes, discutió con ellos, con frases pintorescas, recargadas de adornos de más o menos gusto, y cuando hubo cerrado sus tratos, volvió hacia Madrid.

Eran las siete. Las calles vecinas estaban intransitables; se cruzaban obreros, criadas, mozos de café, repartidores...

La vieja compró un pan grande en la calle de la Ruda, a mitad de precio, se lo dio a la niña, que lo guardó en la cesta, y las dos se dirigieron hacia su calle...

Empujaron las tablas de la empalizada, y entraron

rápidamente en el solar, quizá felices, quizá satisfechas por tener un hogar pobre y miserable, y un puchero en la hornilla que hervía con un gluglú suave, dejando un vaho apetitoso en el cuarto.

LA SIMA

El paraje era severo, de adusta severidad. En el término del horizonte, bajo el cielo inflamado por nubes rojas, fundidas por los últimos rayos del sol, se extendía la cadena de montañas de la sierra, como una muralla azulado-plomiza, coronada en la cumbre por ingentes pedruscos y veteada más abajo por blancas estrías de nieve.

El pastor y su nieto apacentaban su rebaño de cabras en el monte, en la cima del alto de las Pedrizas, donde se yergue como gigante centinela de granito el pico de la Corneja.

El pastor llevaba anguarina de paño amarillento sobre los hombros, zahones de cuero en las rodillas, una montera de piel de cabra en la cabeza, y en la mano negruzca, como la garra de un águila, sostenía un cayado blanco de espino silvestre. Era hombre tosco y primitivo; sus mejillas, rugosas como la corteza de una vieja encina, estaban en parte cubiertas por la barba naciente no afeitada en varios días, blanquecina y sucia.

El zagal, rubicundo y pecoso, correteaba seguido del mastín; hacía zumbir la honda trazando círculos vertiginosos por encima de su cabeza y contestaba

alegre a las voces lejanas de los pastores y de los vaqueros, con un grito estridente, como un relincho, terminando en una nota clara, larga, argentina, carcajada burlona, repetida varias veces por el eco de las montañas.

El pastor y su nieto veían desde la cumbre del monte laderas y colinas sin árboles, prados yermos, con manchas negras, redondas, de los matorrales de retama y macizos violetas y morados de los tomillos y de los cantuesos en flor...

En la hondonada del monte, junto al lecho de una torrentera llena de hojas secas, crecían arbolillos de follaje verde negruzco y matas de brezo, de carrascas y de roble bajo.

Comenzaba a anochecer, corría ligera brisa; el sol iba ocultándose tras de las crestas de la montaña; sierpes y dragones rojizos nadaban por los mares de azul nacarado del cielo, y, al retirarse el sol, las nubes blanqueaban y perdían sus colores, y las sierpes y los dragones se convertían en inmensos cocodrilos y gigantescos cetáceos. Los montes se arrugaban ante la vista, y los valles y las hondonadas parecían ensancharse y agrandarse a la luz del crepúsculo.

Se oía a lo lejos el ruido de los cencerros de las vacas, que pasaban por la cañada, y el ladrido de los

perros, el ulular del aire, y todos esos rumores, unidos a los murmullos indefinibles del campo, resonaban en la inmensa desolación del paraje como voces misteriosas nacidas de la soledad y del silencio.

«Volvamos, muchacho —dijo el pastor—. El sol se esconde.»

El zagal corrió presuroso de un lado a otro, agitó sus brazos, enarboló su cayado, golpeó el suelo, dio gritos y arrojó piedras, hasta que fue reuniendo las cabras en una rinconada del monte. El viejo las puso en orden; un macho cabrío, con un gran cencerro en el cuello, se adelantó como guía, y el rebaño comenzó a bajar hacia el llano. Al destacarse el tropel de cabras sobre la hierba, parecía oleada negruzca, surcando un mar verdoso. Resonaba igual, acompasado, el alegre campanilleo de las esquilas.

—¿Has visto, zagal, si el macho cabrío de tía Remedios va en el rebaño? —preguntó el pastor.

—Lo *vide*, abuelo —repuso el muchacho.

—Hay que tener ojo con ese animal, porque malos *dimoños* me lleven si no le tengo malquerencia a esa bestia.

—Y eso, ¿por qué *vos* pasa, abuelo?

—¿No sabes que la tía Remedios *tie* fama de bruja en *to* el lugar?

—¿Y eso será verdad, abuelo?

—Así lo ha dicho el sacristán la otra *vegada* que estuve en el lugar. Añaden que ajoja a las *presonas* y a las bestias y que da bebedizos. *Diz* que la *veyeron* por los aires entre bandas de *culebros*.

El pastor siguió contando lo que de la vieja decían en la aldea, y de este modo departiendo con su nieto, bajaron ambos por el monte, de la senda a la vereda, de la vereda al camino, hasta detenerse junto a la puerta de un cercado. Veíase desde aquí hacia abajo la gran hondonada del valle, a lo lejos brillaba la cinta de plata del río, junto a ella adivinábase la aldea envuelta en neblinas; y a poca distancia, sobre la falda de una montaña, se destacaban las ruinas del antiguo castillo de los señores del pueblo.

—Abre el zarzo, muchacho —gritó el pastor al zagal.

Este retiró los palos de la talanquera, y las cabras comenzaron a pasar por la puerta del cercado, estrujándose unas con otras. Asustóse en esto uno de los animales, y, apartándose del camino echó a correr monte abajo velozmente.

—¡Recontra! Es el chivo de la tía Remedios —dijo el zagal.

—Corre, corre tras él, muchacho —gritó el viejo, y luego azuzó al mastín, para que persiguiera al

animal huido.

—Anda, *Lobo*. *Ves* a buscado.

El mastín lanzó un ladrido sordo, y partió como una flecha.

—¡Anda! ¡Alcánzale! —siguió gritando el pastor—. Anda ahí.

El macho cabrío saltaba de piedra en piedra como una pelota de goma; a veces se volvía a mirar para atrás, alto, erguido, con sus lanas negras y su gran perilla diabólica. Se escondía entre los matorrales de zarza y de retama, iba haciendo cabriolas y dando saltos.

El perro iba tras él, ganaba terreno con dificultad; el zagal seguía a los dos, comprendiendo que la persecución había de concluir pronto, pues la parte abrupta del monte terminaba a poca distancia en un descampado en cuesta. Al llegar allí, vio el zagal al macho cabrío, que corría desesperadamente perseguido por el perro; luego le vio acercarse sobre un montón de rocas y desaparecer entre ellas. Había cerca de las rocas una cueva que, según algunos, era muy profunda, y, sospechando que el animal se habría caído allí, el muchacho se asomó a mirar por la boca de la caverna. Sobre un rellano, de la pared de esta cubierto de matas, estaba el macho cabrío.

El zagal intentó agarrarle por un cuerno,

tendiéndose de bruces al borde de la cavidad; pero viendo lo imposible del intento, volvió al lugar donde se hallaba el pastor y le contó lo sucedido.

«¡Maldita bestia! —murmuró el viejo—. Ahora volveremos, zagal. Hemos primero de meter el rebaño en el redil.»

Encerraron entre los dos las cabras, y, después de hecho esto, el pastor y su nieto bajaron hacia el descampado y se acercaron al borde de la sima. El chivo seguía en pie sobre las matas. El perro le ladraba desde fuera sordamente.

—Dadme *vos* la mano, abuelo. Yo me *abajaré* —dijo el zagal.

—*Cuidiao*, muchacho. Tengo gran miedo de que te vayas a caer.

—Descuidad *vos*, abuelo.

El zagal apartó las malezas de la boca de la cueva, se sentó a la orilla, dio a pulso una vuelta, hasta sostenerse con las manos en el borde mismo de la oquedad, y resbaló con los pies por la pared de la misma, hasta afianzarlos en uno de los tajos salientes de su entrada. Empujó el cuerno de la bestia con una mano, y tiró de él. El animal, al verse agarrado, dio tan tremenda sacudida hacia atrás, que perdió sus pies; cayó, en su caída arrastró al muchacho hacia el fondo del abismo. No se oyó ni un grito, ni una queja,

ni el rumor más leve.

El viejo se asomó a la boca de la caverna.

—¡Zagal, zagal! —gritó, con desesperación.

Nada, no se oía nada.

—¡Zagal! ¡Zagal!

Parecía oírse mezclado con el murmullo del viento un balido doloroso que subía desde el fondo de la caverna.

Loco, trastornado, durante algunos instantes, el pastor vacilaba en tomar una resolución, luego se le ocurrió pedir socorro a los demás cabreros, y echó a correr hacia el castillo.

Este parecía hallarse a un paso; pero estaba a media hora de camino, aun marchando a campo traviesa; era un castillo ojival derruido, se levantaba sobre el descampado de un monte; la penumbra ocultaba su devastación y su ruina, y en el ambiente del crepúsculo parecía erguirse y tomar proporciones fantásticas.

El viejo caminaba jadeante. Iba avanzando la noche; el cielo se llenaba de estrellas, un lucero brillaba con su luz de plata por encima de un monte, dulce y soñadora pupila que contempla el valle.

El viejo, al llegar junto al castillo, subió a él por una estrecha calzada; atravesó la derruida escarpa, y por la gótica puerta entró en un patio lleno de

escombros, formado por cuatro paredones agrietados, únicos restos de la antigua mansión señorial.

En el hueco de la escalera de la torre, dentro de un cobertizo hecho con estacas y paja, se veían a la luz de un candil humeante, diez o doce hombres, rústicos pastores y cabreros agrupados en derredor de unos cuantos tizones encendidos.

El viejo, balbuceando, les contó lo que había pasado. Levantáronse los hombres, cogió uno de ellos una sogá del suelo y salieron del castillo. Dirigidos por el viejo, fueron camino del descampado, en donde se hallaba la cueva.

La coincidencia de ser el macho cabrío de la vieja hechicera el que había arrastrado al zagal al fondo de la cueva, tomaba en la imaginación de los cabreros grandes y extrañas proporciones.

—¿Y si esa bestia fuera el *dimoño*? —dijo uno.

—Bien podría ser —repuso otro.

Todos se miraron, espantados.

Se había levantado la luna; densas nubes negras, como rebaños de seres monstruosos, corrían por el cielo; oíase alborotado rumor de esquilas brillaban en la lejanía las hogueras de los pastores.

Llegaron al descampado, y fueron acercándose a la sima con el corazón palpitante. Encendió uno de ellos un brazado de ramas secas y lo asomó a la boca

de la caverna. El fuego iluminó las paredes erizadas de tajos y de pedruscos; una nube de murciélagos despavoridos se levantó y comenzó a revolotear en el aire.

—¿Quién *abaja*? —preguntó el pastor, con voz apagada.

Todos vacilaron, hasta que uno de los mozos indicó que bajaría él, ya que nadie se prestaba. Se ató la soga por la cintura, le dieron una antorcha encendida de ramas de abeto, que cogió en una mano, se acercó a la sima y desapareció en ella. Los de arriba fueron bajándole poco a poco; la caverna debía ser muy honda, porque se largaba cuerda, sin que el mozo diera señal de haber llegado.

De repente, la cuerda se agitó bruscamente, oyéronse gritos en el fondo del agujero, comenzaron los de arriba a tirar de la soga, y subieron al mozo más muerto que vivo. La antorcha en su mano estaba apagada.

—¿Qué viste? ¿Qué viste? —le preguntaron todos.

—*Vide* al diablo, todo *bermeyo*, todo *bermeyo*.

El terror de este se comunicó a los demás cabreros.

—No *abaja* nadie —murmuró, desolado, el pastor—. ¿Vais a dejar morir al pobre zagal?

—*Ved*, abuelo, que esta es una cueva del *dimoño*
—dijo uno—. *Abajad* vos, si queréis.

El viejo se ató, decidido, la cuerda a la cintura y se acercó al borde del negro agujero.

Oyóse en aquel momento un murmullo vago y lejano, como la voz de un ser sobrenatural. Las piernas del viejo vacilaron.

—No me atrevo... Yo tampoco me atrevo —dijo, y comenzó a sollozar amargamente.

Los cabreros, silenciosos, miraban sombríos al viejo. Al paso de los rebaños hacia la aldea, los pastores que los guardaban acercábanse al grupo formado alrededor de la sima, rezaban en silencio, se persignaban varias veces y seguían su camino hacia el pueblo.

Se habían reunido junto a los pastores mujeres y hombres, que cuchicheaban comentando el suceso. Llenos todos de curiosidad miraban la boca negra de la caverna, y, absortos oían el murmullo que escapaba de ella, vago, lejano y misterioso.

Iba entrando la noche. La gente permanecía allí, presa aún de la mayor curiosidad.

Oyóse de pronto el sonido de una campanilla, y la gente se dirigió hacia un lugar alto para ver lo que era. Vieron al cura del pueblo que ascendía por el monte acompañado del sacristán, a la luz de un farol

que llevaba este último. Un cabrero les había encontrado en el camino, y les contó lo que pasaba.

Al ver el viático, los hombres y las mujeres encendieron antorchas y se arrodillaron todos. A la luz sangrienta de las teas se vio al sacerdote acercarse hacia el abismo. El viejo pastor lloraba con un hipo convulsivo. Con la cabeza inclinada hacia el pecho, el cura empezó a rezar el oficio de difuntos; contestábanle, murmurando a coro, hombres y mujeres, una triste salmodia; chisporroteaban y crepitaban las teas humeantes, y a veces, en un momento de silencio, se oía el quejido misterioso que escapaba de la cueva, vago lejano.

Concluidas las oraciones, el cura se retiró, y tras él las mujeres y los hombres, que iban sosteniendo al viejo para alejarle de aquel lugar maldito.

Y en tres días y tres noches se oyeron lamentos y quejidos, vagos, lejanos y misteriosos, que salían del fondo de la sima.

CAÍDOS

La escena, en el café del Gallo, de la plaza Mayor, junto al balcón que da a la calle de Cuchilleros. Ramón Peris, junto a una mesa, toma un vaso de café. Es un hombre de treinta años, flaco, de pelo rojo y barba larga del mismo color; llevaba un sombrero destrozado en la cabeza y un enorme pañuelo en el cuello. Todas las veces que se abre la puerta del café, mira hacia allá hasta que entra una moza alta, morena, llena de garbo, que se acerca a él, y le dice:

—¡Hola!

RAMÓN. —¡Hola, Trini! ¡Siéntate! Por fin, has venido.

TRINI. —¡Chico! No pude antes. (*Sentándose*)
Llegó mi hermano del cuartel.

RAMÓN. —¡Tu hermano! ¿Y qué dice ese golfo?

TRINI. —¡Golfo! Eso tú. ¡El marqués sin domicilio!

RAMÓN. —Habrá ido a pedirnos dinero, como si lo viera.

EL MOZO. —¿Café?

TRINI. —Sí, café. (*A Ramón.*) ¿Y qué? Que nos ha pedido dinero. ¿Y qué? No parece sino que te lo pide a ti.

RAMÓN. —Sería igual. Aunque tuviera, no le daría un cuarto.

TRINI. —¡Roñoso!

RAMÓN. —Y vosotros le habréis dado dinero. ¡Qué primaveras!

TRINI. —¡Y bien! ¿Te importa algo?

RAMÓN. —¿A mí?... Tu dinero es, y tú lo ganas con tu honrado trabajo.

TRINI. —¡*Asaúra!* A mí tus guasas, ya sabes...

RAMÓN. —Me haces gracia.

TRINI. —Pues a mí, tú, ninguna.

RAMÓN. —Lo cual no me importa ni esto.

TRINI. —Si fuera esa golfa de la Petrilla, te importaría más. Chico, tú enamorado... tiene gracia... Verdad es que ni ella, ni su marido, ni tú tenéis tanto así de vergüenza.

RAMÓN. —¡Gracias!

TRINI. —Valiente gentuza os reunís en esa casa.

RAMÓN. —Sólo faltabas tú allá para que estuviera el cuadro completo.

TRINI. —¡Jesús, qué asco! Ni que fuera una...

RAMÓN. —¿Qué?

TRINI. —Que yo, aunque soy una mujer... así, si hubiese tenido la suerte de esa tía, de casarme

no le engañaría a un hombre ni por un golfillo como tú ni por otro que valiera más que tú.

RAMÓN. —¿Por qué no te has casado, entonces?

TRINI. —¿Por qué? ¿A ti qué te importa?

RAMÓN. —Nada. Pero te quejas... Como se casó tu hermana, la Inés, podías tú también...

TRINI. —Sí; pero la Inés se casó cuando padre trabajaba en el taller y había dinero en casa; y luego se quedó enfermo, y ¿qué?..., ni agua. La Milagros y yo empezamos de modelos en los talleres, y como los pintores sois unos sinvergüenzas...

RAMÓN. —¿No tenías un novio?

TRINI. —Mira, no me hables de esas cosas... Madre mía es; pero algunas veces me han dado ganas de retorcerle el pescuezo por la mala obra que me hizo.

RAMÓN. —Anda. Deja ya eso, que te pones muy fea.

TRINI. —Tanto da. Para como vive una, lo mismo daría morirse. (*Pausa.*)

RAMÓN. —Oye, Trini. ¿Vamos a dar una vuelta? Hace una tarde pistonuda.

TRINI. —Ale. Vamos. (*Se levantan de la mesa.*)

RAMÓN. —Espera. (*Al mozo.*) Ahí va, una peseta.

(*Por lo bajo*) La última.

TRINI. —¿Conque la Petrilla te ha puesto al fresco?

RAMÓN. —¿Qué quieres? Ahora se ha arreglado con un gomoso.

TRINI. —Y de ese empleo que buscabas, ¿qué?...

RAMÓN. —Chica, del empleo, na.

TRINI. —¿Qué vas a hacer?

RAMÓN. —Me voy a mi tierra. A la casa de mi tío Sentó, en Buijasot. ¡Casa! Es una cueva. ¿Tú no has oído hablar de las *coves de Burchasot*?

TRINI. —¡Qué lástima! Tú hubieras sido un gran pintor.

RAMÓN. (*Con sonrisa dolorosa*) —¡Bah! ¿Tú qué sabes?

TRINI. —Oye, ¿qué hiciste de aquella tela?... Estaba yo con un corazón en la mano, sonriendo...

RAMÓN. —La quemé... Aquella figura es la mejor que me ha salido... No podía hacer otra cosa que resultase a su lado... Me quisieron comprar el cuadro sin concluir, y dije no, ¡qué demonio!, lo quemo... En el estudio le pegué fuego... Ya no pienso coger

los pinceles.

TRINI. —¿A dónde vamos?

RAMÓN. —Donde quieras.

TRINI. —Tomaremos el tranvía.

RAMÓN. —Te advierto que no tengo una perra.

TRINI. —No importa. ¡Anda! ¡Sube! (*Ramón entra de mala gana en el tranvía. Saca del bolsillo de la chaqueta dos o tres papeles de fumar grasientos, estira uno y va sacando motas de tabaco de todos los bolsillos, hasta que reúne bastantes para liar un cigarro.*)

TRINI. (*Mirando a Ramón.*) —Oye, di, ¿por qué eres tan *desaborío*?

RAMÓN. —¿Yo? ¿Pues qué he hecho?

TRINI. —No tienes ni una mota de tabaco, y te crees rebajado por pedirme a mí un real para una cajetilla.

RAMÓN. —No, si tengo.

TRINI. —¡Mentira!

RAMÓN. —Era para aprovechar.

TRINI. —¡Qué *gili*! Si tú nunca has aprovechado nada, calamidad. (*Al conductor*) ¡Eh! Pare usted. (*A Ramón.*) Anda. Te voy a comprar cigarrillos *susinis*, ¿sabes? Y vamos a ir los dos a los Viveros a merendar. Tira esa

colilla, *méndigo*. Tengo tres duros que hay que pulirlos esta tarde.

RAMÓN. —No seas bestia, Trini, y guarda esos cuartos.

TRINI. —No me da la gana. ¡Ea! ¿No gastaste, cuando tenías tu dinero conmigo?... Aquí hay un coche. Anda, adentro. (*Al cochero*) ¡A la Bombilla! ¡Arrea!

RAMÓN. (*En el coche*) —¡Es lástima! Si no estuviéramos los dos caídos..., ¿eh?..., seríamos buena gente.

TRINI. —¡Cállate! ¡No hables de cosas tristes! (*Cantando*):

*Tengo yo una bicicleta,
que costó dos mil pesetas,
y que corre más que el tren.*



LAS COLES DEL CEMENTERIO

A la salida del pueblo, y colocada a la izquierda de la carretera, se veía la casa, una casa antigua, de un piso, en cuyas paredes, ennegrecidas por la humedad, se destacaban majestuosamente varias letras negras, que formaban este rótulo: «Despacho de binos de Blasido».

El artista que lo escribió, no contento con la elegante postura en que colocó a cada letra, había querido excederse, y sobre el dintel de la ancha puerta pintó un gallo de largas y levantadas plumas, apoyado en sus dos patas sobre un corazón herido y atravesado por una traidora flecha; misterio jeroglífico, cuya significación no hemos podido averiguar.

El zaguán espacioso de la casa estaba estrechado por barricas puestas a los lados, que dejaban en medio un estrecho pasadizo; venía después la tienda, que, además de taberna, era chocolatería, estanco, papelería y algunas cosas más. En la parte de atrás de la casa había varias mesas bajo un emparrado y allí se reunían los adoradores de Baco los domingos por la tarde, a beber, a jugar a los bolos, y los que

rendían culto a Venus, a mitigar sus ardores con la refrescante zarza.

Justa, la tabernera, hubiera hecho su negocio a no tener un marido perezoso, derrochador y gandul, que además de tratarse íntimamente con todos los espíritus más o menos puros que ella despachaba en el mostrador, tenía una virtud prolífica de caballo padre.

—¡*Arrayua* Blasido! —le decían sus amigos—. ¡Qué! ¡Otra vez tu mujer así! No sé cómo demonios te las arreglas...

—*Año*, ¿qué queréis? —replicaba él—. ¡Las mujeres! Son como las cerdas. Y la mía... Con olerlo, ¿eh? Con que deje los calzoncillos en el hierro de la cama, ya está *empreñada*. Hay buena tierra, buena semilla, buen tempero...

—¡Borracho! ¡Cerdo! —gritaba la mujer cuando le oía—. Más te valiera trabajar.

—¡Trabajar! *Año*, trabajar. ¡Qué ocurrencias tienen estas mujeres!

Un día de enero, Blasido, que iba borracho, se cayó al río, y aunque los amigos le sacaron a tiempo para que no se ahogara, cuando llegó a casa tuvo que acostarse temblando con los escalofríos. Tenía una pulmonía doble. Mientras estuvo enfermo, cantó todos los zortzikos que sabía, hasta que una mañana

que estaba el tamborilero en la taberna, gritó:

—Chomín, ¿quieres traer el pito y el tamboril?

—Bueno.

Chomín trajo el pito y el tamboril porque estimaba a *Blasido*.

—¿Qué toco?

—El *Aurresku* —dijo Blasido. Pero a la mitad del redoble, Blasido se volvió y añadió—: El final, Chomín, el final, que esto se va.

Y Blasido volvió la cabeza hacia la pared y se murió.

Al día siguiente, Pachi, el sepulturero, cavó para su amigo una magnífica y cómoda fosa de tres pies de profundidad. Justa, la taberna, que estaba embarazada, siguió bregando con sus siete chiquillos y su taberna, dirigida por los consejos de los amigos del marido.

De estos, el más adicto era Pachi-zarra, o Pachi-infierno, como le llamaban otros. Pachi era un hombre que hubiera parecido alto, a no ser tan grueso; era cuadrado visto por detrás, redondo por delante y monstruosamente tripudo de perfil; su cara, cuidadosamente afeitada, tenía un tono entre rojo y violáceo; sus ojos, pequeños y alegres, estaban circundados por rebordes carnosos; su nariz no era griega, hay que confesarlo, pero si no hubiera sido

tan grande, tan ancha y tan colorada, hubiera parecido hermosa; su boca no tenía dientes, pero hasta sus enemigos no podían menos de declarar que sus labios se entreabrían con sonrisas suntuosas y que su boina, ancha como un plato, siempre encasquetada en la cabeza, era de un gusto exquisito.

Las malas lenguas, los eternos Zoilos, decían que Pachi había tenido una juventud borrascosa: quién, adivinaba que sus manos, ayudadas por un modesto trabuco, desvalijaron a los caminantes allá por La Rioja, cuando se estaba construyendo la línea férrea del Norte; otros veían en él un presidiario escapado; otros, un marinero de un barco pirata, y no faltaba quien, de deducción en deducción, suponía que Pachi había pedido su plaza de sepulturero para sacar las mantecas a los niños muertos; pero todas estas suposiciones tenemos que consignar, en honor de la verdad, no eran ciertas.

Pachi, al volver a su pueblo, tras de largas expediciones por América, se encontró con que en sus tierras, en unas heredades que tenía en la falda del monte, habían hecho el cementerio. En la aldea se había dicho que Pachi había muerto. El Ayuntamiento, viendo que reclamaba lo suyo, le quiso comprar las tierras; pero Pachi no admitió las ofertas que le hicieron, y propuso ceder sus heredades a condición

de que le dieran el cargo de enterrador y le dejaran hacer en un ángulo de las tapias del camposanto una casuca para vivir con su boina y su pipa.

Se aceptaron sus proposiciones, y Pachi construyó su casita y fue a vivir a ella y a cuidar del cementerio, y ciertamente no debieron sentir los muertos que Pachi se encargara de sus sepulturas, pues las adornaba con plantas olorosas y hermosas flores.

A pesar de estos cuidados que se tomaba el buen Pachi, la gente del pueblo le miraba como a un réprobo; todo porque algunos domingos se le olvidaba oír misa, y porque cuando oía elogiar al vicario del pueblo, decía, guiñando los ojos: *Ezaguna laguna*, que en vascuence quiere decir: ‘Te conozco, amigo’; con lo cual suponían malévolamente los del pueblo que Pachi hacía alusión a una historia falsa, aunque tenía sus visos de verdadera, en la cual historia se aseguraba que el vicario había tenido dos o tres hijos en una aldea próxima.

Era tal el terror que inspiraba Pachi, que las madres para asustar a los niños, les decían: «Si no callas, *matia*^[4], va a venir Pachi-infierno y te llevará con él.»

La aristocracia del pueblo trataba a Pachi con

desprecio, y el boticario, que se las echaba de ingenioso, creía burlarse de él.

Pachi y el médico joven simpatizaban; cuando este último iba a practicar alguna autopsia, el enterrador era su ayudante, y si algún curioso se acercaba a la mesa de disección y hacía demostraciones de horror o de repugnancia, Pachi guiñaba los ojos mirando al médico como diciéndole: «Estos se asustan porque no están en el secreto... ¡Je..., je!».

Pachi se preocupaba poco de lo que decían de él le bastaba con ser el oráculo de la taberna de Justa; su auditorio lo formaban el peón caminero, el único liberal del pueblo; el juez suplente, que cuando no suplía a nadie fabricaba alpargatas, don Ramón, el antiguo maestro de escuela, que se llevaba la cena y una botella de vino a la taberna, el tamborilero, el empleado de la alhóndiga y algunos más. La palabra de Pachi les atraía.

Cuando, después de haber hablado de los fuegos fatuos, decía: «A nadie le puede asustar eso; es cosa *léctrica*», todos los oyentes se miraban unos a otros para ver si sus compañeros habían vislumbrado la profundidad de aquella frase.

Pachi tenía frases, no todos los grandes hombres las tienen, y pronunciaba aforismos dignos de

Hipócrates. Su filosofía hallábase encerrada en estas palabras: «Los hombres son como las hierbas: nacen porque sí; hay hierbas de flor encarnada y otras de flor amarilla, como hay hombres buenos y hombres malos; pero el que ha de ser borracho lo es.»

Mojaba los labios en el agua y, como asustado de su fortaleza, se bebía un gran trago de aguardiente; porque el sepulturero mandaba poner en una copita pequeña el agua y en un vaso grande el aguardiente. Pura broma.

En la réplica, Pachi era una fuerza. Un día un minero, joven y rico, que se las echaba de Tenorio, contaba sus conquistas.

—En el caserío de Olozábal —decía— tengo un hijo; en el de Zubiaurre, otro; en el Gaztelu, otro...

—Más te valía a ti también —le replicó Pachi filosóficamente— que los hijos de tu mujer fueran tuyos...

Cuando Pachi contaba sus aventuras de América, mientras calentaba con el humo de la pipa su nariz enrojecida, se acompañaban sus palabras con un coro de exclamaciones y carcajadas.

Las aventuras de Pachi en América eran interesantísimas. Había sido jugador, comerciante, ganadero, soldado y una porción de cosas más. De soldado había tenido que achicharrar vivos a unos

cuantos indios. Pero donde Pachi estaba verdaderamente sugestivo era al contar sus aventuras amorosas con negras, zambas, mulatas y amarillas. Podía decir sin exageración, que su amor había recorrido toda la escala cromática de las mujeres.

Como la tabernera tenía el genio tan vivo, a los dos días de dar a luz al octavo hijo se levantó de la cama y trajinó como si tal cosa. Pero a la noche tuvo que volver a la cama con unas calenturas, que resultaron ser fiebres puerperales, que la llevaron al cementerio. La tabernera estaba muy atrasada en las cuentas, se vendió la taberna, y los ocho chiquillos quedaron en la calle.

—Hay que *hacel* algo por *esoz niños* —dijo el alcalde, que para que no se le notara la pronunciación vascongada, hablaba casi en andaluz.

—Por esos niños hay que hacer algo —murmuró el vicario, con voz suavísima, elevando los ojos al cielo.

—Nada, nada. Hay que hacer algo por esos niños —dijo resueltamente el farmacéutico.

—La infancia... La caridad —añadió el secretario del Ayuntamiento.

Y pasaron los días y pasaron las semanas; la

chica mayor había ido a servir a casa del cartero, en donde estaba satisfecha, y el niño de pecho lo tenía criando de mala gana la mujer del herrador.

Los otros seis —Chomín, Shanti, Martinacho, Joshe, Maru y Gaspar— corrían descalzos por la carretera, pidiendo limosna.

Un día por la mañana, el enterrador vino al pueblo con un carrito, subió en él a los seis chiquitines, tomó al niño de pecho en sus brazos, para quien compró, al pasar por la botica, un biberón, y se los llevó a todos a su casita del cementerio.

—¡*Farzante!* —dijo el alcalde.

—¡Imbécil! —murmuró el farmacéutico.

El vicario elevó púdicamente los ojos, apartándolos de tanta miseria.

—Los abandonará —pronosticó el secretario.

Pachi no los ha abandonado y va sacándolos adelante, y como tiene muchas bocas que llenar, ha dejado su aguardiente, pero está llenando de hortalizas el camposanto de un modo lamentable. Y como ahora hay mercado en el pueblo, Pachi encarga a un amigo suyo, que tiene el caserío cerca del camposanto la venta de sus coles y de sus alcachofas en la plaza.

Las coles del amigo de Pachi, que son las del

cementerio, tienen fama de sabrosas y de muy buen gusto en el mercado del pueblo. Lo que no saben los que las compran es que están alimentándose tranquilamente con la sustancia de sus abuelos.

LA MUJER DE LUTO

Era un poeta, amigo de la soledad y de la tristeza. En los días grises de la vida, su afán por encontrarse solo se exacerbaba, y como la contemplación de los alrededores madrileños anegaba su espíritu de punzante melancolía, iba al Retiro en busca de impresiones más dulces, y allá en una plazoleta redonda, en medio de la cual se veía una hermosa fuente con amorcillos montados sobre tritones, se sentaba en un banco y miraba al cielo y a las nubes, y los árboles, y los chorros de agua que salían de la boca de cuatro tortugas de bronce para caer en el interior de unas conchas.

Un día alegre de primavera se sentó en el sitio de costumbre. El viento era fuerte y tosco; los árboles, todavía sin hojas, mostraban sus ramas llenas de brotes hinchados; las violetas esmaltaban los bordes de los senderos con sus colores humildes; los pensamientos mostraban sus pétalos aterciopelados, en los cuales, de lejos, parecía adivinarse caras humanas...

Una jovencita, acompañada de su aya, pasó junto

al poeta y se sentó en un banco cercano. Era una niña: tenía en la mirada algo de la claridad de la aurora, lo indefinible del misterio de la inocencia que pugna por desaparecer...

Por curiosidad y por infantil coquetería, la niña dirigió al poeta una dulce y animadora sonrisa, y al levantarse, con los ojos le dijo que la siguiera.

La siguió... Llegaron a la puerta del Retiro; él, entonces, comenzó a vacilar, se decidió por fin, y en vez de marchar tras de la hermosa niña, que le sonreía con dulzura, tomó otra dirección y se alejó, sombrío, hasta perderse de vista.

En los comienzos del verano, en la misma plazoleta en cuyo centro se veía la fuente adornada con amorcillos, el poeta amigo de la soledad y de la tristeza admiró varias veces a una muchacha hermosa, exuberante de salud y de vida. Horas enteras pasó mirándola, sin atreverse a decirle una palabra, con el corazón turbado por intensas sensaciones.

Un día, aprovechando una ocasión, venciendo sus timideces, la habló; la habló con entusiasmo. Era una mañana húmeda, tibia, bañada por el rocío; el cielo era azul, el sol doraba el follaje brillante de los

árboles y caía en manchas amarillas sobre el oscuro césped.

«¿No podré esperar?», le preguntó el poeta.

Ella callaba; dibujaba rayas y rayas en la arena con la sombrilla, y sonreía.

Pasaban por su lado turbas de chiquillos traviosos; alguno que otro vago solitario les contemplaba con algo de curiosidad y de envidia. Los gorriones saltaban en la hierba y piaban en los árboles; las hojas tenían, al ser movidas por el viento, un dulce murmullo suave.

«¿No podré esperar?», volvió a preguntar el poeta.

Ella callaba, levantaba sus ojos hacia él, y, sonriendo, volvía a mirar al suelo.

De lejos llegaba, lento y melancólico, un rumor, en el cual se mezclaban los gritos de los vendedores de claveles, el ruido amortiguado de coches y tranvías, el tañido de una campana y el silbido de un tren. Pasaban como flechas, lanzando destellos al sol, moscardones negruzcos y mariposas de tortuoso vuelo y de variados colores; el aire arrastraba por el suelo pedacillos de hojas; en los árboles chirriaban las cigarras; un lamento lejano, intenso, rítmico como el latido de un corazón llegado no sé de dónde, vibraba en el aire y embotaba los sentidos,

produciendo una extraña y lánguida angustia. La brisa vertía en sus ráfagas gérmenes de amores y de vida.

—¿Podré esperar? —volvió a decir, tímidamente, el poeta.

—Mañana le daré una contestación —contestó ella, sonriendo.

Al día siguiente el poeta no fue al Retiro.

Una tarde, perseguido por sus tristezas, volvió a su paseo predilecto, y se dirigió hacia los sitios de costumbre.

La tarde era de otoño; la tierra estaba mojada por las lluvias de los días anteriores; el cielo, de un azul pálido, estaba lleno de nubes blancas. Los árboles, ya de poco espeso follaje, dejaban ver en lo alto de sus copas el entrecruzamiento de las ramas negras; aún les quedaba alguna que otra mancha verde entre los tonos rojizos de las hojas mustias y secas. Los troncos de los árboles se alineaban, oscuros, sobre la alfombra amarillenta de hojas caídas que cubría la hierba; aquí y allá brillaban claridades blancas del sol al reflejarse en la arena de los paseos.

En el banco de la plazoleta vio el poeta dos mujeres, seguramente madre e hija, las dos vestidas de negro; la madre afligida; la hija, pálida, llorosa y

triste.

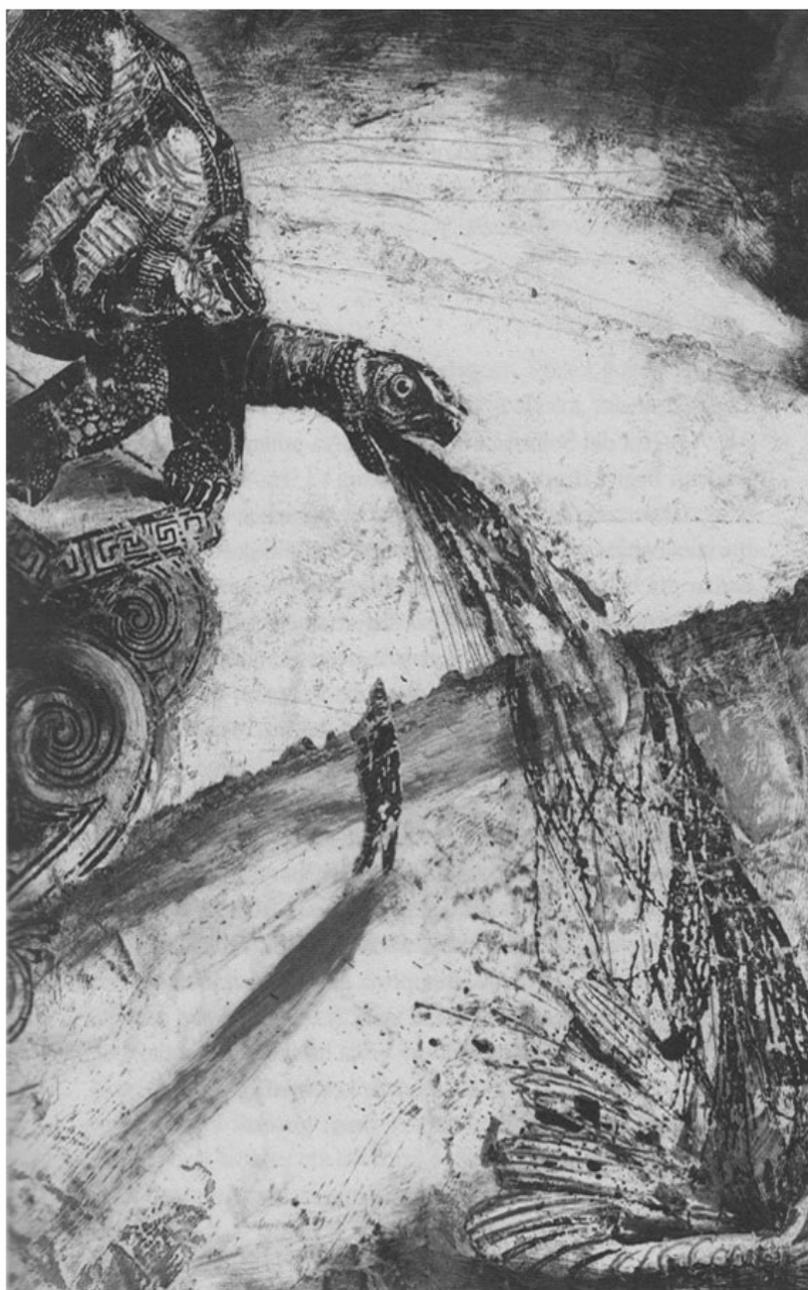
El cielo se nublaba a cada momento; luego el sol salía sin fuerza, dibujando en el suelo sombras sin contornos. El mismo lamento lejano, intenso, rítmico como el latido de un corazón, venía en el viento; pero lleno de quejidos de otoño, de voces de decadencia que hablaba en el alma de la muerte. Una locomotora silbaba a lo lejos, tañía una campana y las hojas secas jugueteaban en el aire.

La madre trataba de consolar a su hija, y la hija lloraba, amargamente, hermosa, más hermosa que nunca, porque las lágrimas y la tristeza dan un encanto misterioso a las mujeres como las lluvias y las nieblas a los paisajes intelectuales del Norte.

El poeta la siguió anhelante, loco, súbitamente enamorado de ella, sabiendo que era lo imposible y lo arcano.

Y la busca siempre, siempre; a la única amada; porque es imposible y porque es triste, y la busca siempre...

Con la mirada extraviada y loca, la busca siempre y no la ve nunca; no la ve nunca, porque quizá no es más que un reflejo de su espíritu.



EL VAGO

Apoyado en una farola de la Puerta del Sol, mira entretenido pasar la gente.

Es un hombre ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso, ni rubio ni moreno; puede tener treinta años y puede tener cincuenta; no está bien vestido, pero tampoco es un desharrapado.

¿Qué hace? ¿Mira algo? ¿Espera algo? No, no espera nada. De cuando en cuando sonrío; pero su sonrisa no es sarcástica, ni su mirada es oblicua.

No es un tipo de Montepín. No tiene los ojos impasibles, la boca impasible y la nariz también impasible, que se necesita para ser un satánico.

¿Es algún empleado? No. ¿Tiene rentas? Tampoco. ¿Alguna industria? ¡Pchs! Casi, casi es una industria vivir sin trabajar.

Vamos, es un vago. Sí, es un vago. Ya veo a los catones de las tiendas de ultramarinos indignarse contra ellos, usando la prosa estúpida de un confeccionador de artículos de periódico de gran circulación. El vago, para todos esos moralistas, es casi un criminal.

El mío, ese de quien hablo, seguramente no lo es; tiene la mirada profunda, la boca burlona, el ademán

indolente.

Mira como un hombre que no espera nada de nadie.

Es un espectador de la vida, no es un actor. Es un intelectual.

Un vendedor de periódicos se acerca al farol en donde se apoya el vago, y se recuesta en él.

Un farol puede sostener dos espaldas.

Un vago apoyado en un farol es un motivo de reflexión. El farol, la ciencia; la rigidez, la luz el vago, la duda, la indecisión, la sombra.

¡Glorificad los faroles! ¡No despreciéis a los vagos!

Alguno dirá: «¡Bah! Ser vago, cosa facilísima.» Error, error profundo; ser vago es casi ser filósofo, es algo más que ser un cualquiera.

¿Que hay vagos a patadas? ¡Qué ha de haber! Tenéis en la clase alta gomosos, *clubman*, *sportman*, más o menos elegantes, más o menos *smart* y hasta *snoobs* si queréis. Todos estos son átomos brillantes de la atmósfera de imbecilidad que recubre a este ridículo planeta que habitamos, pero no son vagos. No hay más que mirarlos, andan de prisa, dando zancadas, como si en la vida hubiera algo que valiese

la pena de correr y van siempre pensando en algún caballo, en alguna mujer, en algún perro, en algún amigo, o en otra cosa sin importancia de la misma clase. En las otras capas o costras sociales hay empleados, estudiantes, mendigos, «maletas» y demás morralla pero tampoco son vagos perfectos, porque no dejan correr la vida: la emplean en tonterías, en cosas mezquinas; no se dejan arrastrar por el *far niente*, como el vago tipo, al cual no se le puede achacar más que esa pequeña debilidad de perder la afición al trabajo en la flor de la juventud.

El vago será una bagatela, pero no es una escoria. Una bagatela puede ser trascendental, y una cosa trascendental puede ser baladí. Inventar un juguete demuestra tanto ingenio como inventar una máquina. Tan constructor me creo yo, que he hecho, en colaboración con un amigo, un tranvía eléctrico de cartón, que se mueve a veces, como si hubiera hecho uno de veras.

Idear una catedral será una gran cosa; pero idear una rana de papel tampoco es despreciable.

El vago del farol y yo nos conocemos y nos hablamos.

Me protege. Es un hombre que no saluda a nadie.

Debe tener pocos amigos; quizá no tenga ninguno. Señal de inteligencia. El mayor número de amigos marca el grado máximo en el dinamómetro de la estupidez. Creo que es una frase.

¿A inteligente? No le gana nadie.

Se le habla de política..., sonrío; se le habla de literatura..., sonrío; se le habla de cualquier cosa..., sonrío.

El otro día dijo uno de él que debía ser un imbécil.

Pero es lo que pasa en estas sociedades sin freno; se empieza a hablar mal de las personas serias, y se llega a hablar mal hasta de los vagos.

DE LA FIEBRE

Sentía las pulsaciones de las arterias en mi cerebro y una gran pesadez y una gran molestia.

De repente, empecé a cruzar corredores sombríos, pasadizos angostos, cuyas paredes se estrechaban a mi paso, y me encontré en el campo.

Era una tarde de verano; el sol brillante arrojaba sus dardos de fuego sobre la tierra, caldeada y seca; resplandecían las mieses en la llanura con reflejos de oro, esmaltadas por rojas amapolas, que parecían gotas de sangre. El aire, saturado de densos vapores, zumbaba en los oídos sordamente.

El campo se hallaba desierto; se resquebrajaba el suelo por el calor que venía de arriba; la tierra dormía con un sueño inquieto y fatigoso.

A veces, el viento del Sur lanzaba una bocanada de fuego; el polvo se retorcía rabioso en el aire, y daba a los árboles y a las matas y a los viñedos un tono ceniciento.

Cerré los ojos, y cuando los abrí quedé asombrado. El cielo había enrojecido; las peñas remplazaron a las mieses y a los viñedos, y aparecieron entre sus oquedades plantas extrañas de aspecto escrofuloso, hierbecillas raquílicas

quemadas por el viento del Mediodía, hierbecillas raquílicas que inclinaban hacia el suelo tristemente su amarillenta cabeza. El monte, formado por un montón de rocas áridas y negras, se destacaba recortado bruscamente en el cielo sangriento.

De la cresta de las montañas, de los sembrados del valle del interior de las cavernas, no venía el más ligero murmullo; el silencio, el silencio por todas partes..., y nada reposaba bajo el cielo de sangre, fundido por las miradas del ojo inyectado del sol.

La negrura del monte se esparció por el valle, y yo me estremecí y temblé...: en la oscuridad había una sombra y la sombra era de un hombre, y la sombra era más negra que la oscuridad misma. Sí, era él, él, yo le conocía por haberle visto en otras noches de fiebre; era él, me miraba y sonreía; yo deseaba ocultarme para que no me viese, él hacía esfuerzos para esconderse tras de una gigantesca planta; los dos nos contemplábamos, sonrientes; pero nuestros corazones sonaban en el pecho como el martillo de una fragua, y temblábamos de terror. Lentamente, el hombre se fue acercando adonde yo estaba y se quedó mirándome. Era un hombre alto y majestuoso; tenía la frente ancha, pero sus ojos no tenían expresión, y vestía de negro, todo de negro, y su rostro era gris.

De repente vi una mujer que estaba derecha tras de él; y tenía un vestido rojo con manchas amarillas, y su cara era de color azafrán, y la nariz era roja como el vestido, y tenía también manchas amarillas y pustulosas como gotas de cera.

Y por todas partes iban saliendo personajes extraños y figuras abominables. Lina mujer hidrópica, que había visto en el depósito de cadáveres del hospital, me miraba con su cara redonda y lisa como una pandereta, y a veces sonreía, mostrándome luego, con sus dedos hinchados de agua, unas manchas de un verde esmeralda que tenía en el vientre. Y se paseaban por delante de mis ojos hombres con las caras alargadas y serias, y otros de caras muy anchas; unos todo boca y otros todo orejas. Lina cabeza, con la cual había hecho conocimiento al diseccionarla en la clase de Disección, daba vueltas alrededor de mí, zumbando como una abeja...

Densas humaredas oscuras ennegrecían rápidamente el horizonte; Dios pintó al cielo con negras pinceladas y comenzaron a brillar estrellas en la bóveda de ébano con un palpitar silencioso.

Quise hablar para convencer a los elementos de lo absurdo de sus manifestaciones; pero mi voz se extinguió sin que yo mismo la oyera.

Un sapo negro, que hasta aquel momento no había

visto, con una estrella reluciente en la espalda, lanzó una nota triste y dulce.

Entonces, mil confusos rumores salieron de la tierra; el viento comenzó a resonar a lo lejos, y de las altas copas de los árboles salía un murmullo formidable. La cabeza que revoloteaba a mi alrededor aullaba, y a través del agujero de su boca veía el paisaje, y el ruido aumentaba y pasaban junto a mí grandes locomotoras echando chispas y rechinando, y culebras monstruosas que silbaban en mis oídos.

Poco a poco, el ruido se fue apaciguando, y se presentó ante mis ojos un paisaje gris, y el hombre negro y majestuoso, vestido de negro, y la cabeza que había conocido en la sala de disección, desaparecieron como disueltos en el aire.

Y por los cristales de la ventana sonreía la mañana gris de un día de primavera.

LA VIDA DE LOS ÁTOMOS

Una noche de invierno estaba solo en mi cuarto leyendo. No se oía en la casa ni un ruido ni un murmullo; sólo dos relojes, el uno en mi despacho, el otro desde el pasillo, rompían con su tictac el silencio de la noche.

El más pequeño, el de mi cuarto, introducía entre el tictac habitual de un reloj respetable otros dos golpes intermedios y parecía decir: «Vámonos ya... Vámonos ya.»

El grande, el del pasillo, despreciando estas fantasías impropias de un reloj serio que se estima, murmuraba por lo bajo: «Bien va... Bien va...»

Yo les oía correr a los dos relojes y perseguirse con sus ruidos, y desdeñaba profundamente en el fondo de mi alma el estéril trabajo que se tomaban en alcanzarse el uno al otro.

Había leído en una obra moderna de Química el desarrollo de la teoría atómica, y estaba preocupado, hasta sentía indignación.

«No me convencen los átomos —murmuré—. Creo que tengo derecho a que no me convenzan los átomos. ¿Somos positivistas o no? Pues, entonces...

¿Quién ha visto el átomo? ¿Quién ha pesado el átomo? ¿Por qué se atreve a decir nadie que es indivisible? ¿Por qué? Sobre todo, lo que más me molesta, esto lo digo en secreto, es que digan que el átomo es insecable.»

Mi gato negro, creo que también tenga derecho a decir que tengo un gato negro estaba subido a la mesa colocado sobre la *Psicología celular* de Haeckel, y me miraba accionar, con sus ojos amarillos, con una indiferencia mortificante. Creí descubrir en su expresión cierto asomo de ironía, que me parecía impropia de un subordinado y de un ser que, al fin y al cabo, vive a mis expensas.

Me levanté de la mesa y me senté en un sillón junto a la chimenea, encendí la pipa y me puse a mirar las llamas. Mi perro gruñó porque le molestaba, apartándole del fuego.

No podía alejar mi pensamiento de la teoría atómica ni del átomo. ¡Lo insecable! ¿Hay cosa más imbécil que lo insecable?

—El átomo es una antigualla —dije— una hipótesis que hay que destruir inmediatamente. No existe más que la materia única. Cuando salga cualquiera con sentido científico y filosófico negará el átomo.

Mi perro, medio dormido, me miraba de cuando

en cuando de reojo con cierto respeto.

—Sí —le dije yo—. Hay que dejar esa vejez del átomo; tenemos que remontamos más allá, al subátomo, si se me permite la expresión.

Mi perro cerró los ojos, como aceptando la frase.

—Ya no estamos en aquellos tiempos —seguí diciendo— en los cuales llamar al oro Au y a la plata Ag y al azufre S, significaba algo. Ya no estamos en esos tiempos. No. No estamos en esos tiempos.

Como no me contradecía nadie, para entretenerme me puse a contemplar el fuego, que hacía chisporrotear a las leñas sostenidas por los morillos, que representaban dos negras egipcias, y a mirar la brasa de mi pipa. Estaba mirando esta cuando una chispa escapada de allá se levantó en el aire y se quedó inmóvil.

Yo, escandalizado ante aquella sustracción a la ley de la gravedad, cogí las tenazas y traté de tirar la chispa al suelo; pero ella, sin hacer caso de leyes, permaneció en su sitio y comenzó a dar vueltas, formando círculos en el aire, hasta que... ¡paf!, reventó como un cohete en mil lucecitas de todos colores, mates y con brillo.

Aquello me pareció ya faltar. Lentamente en aquellas chispitas se fueron dibujando formas vagas, y, al concretarse, aparecieron figuras de hombres,

mujeres, moscas, perros, cínifes y lagartos, y empezaron todos a revolotear y a danzar vertiginosamente alrededor de mi cabeza.

«¡Au! ¡Au!», ladraba un perrillo de color de oro en mis oídos.

«¡Hache! ¡Hache!», estornudaba un señor idiota, inodoro, incoloro e insípido.

«¡Br! ¡Br!», zumbaba el cínife, que exhalaba un olor acre y fuerte.

—¿Qué gentuza es esta? —murmuré yo, indignado—. ¿Quién sois?

Entonces uno de aquellos bichos que semejaba una luciérnaga por la clase de luz que despedía, y que silbaba como una máquina de vapor haciendo «¡Ph! ¡Ph!», se paró delante de mí descaradamente, y me dijo:

—Somos átomos.

—¡Mentira! —grité yo—. Los átomos no existen.

—¡Ag..., ag..., ag...! —exclamó una señora vestida de blanco, con una risa argentina.

—¿Conque no existimos, imbécil? —me replicó el átomo fosforescente, con desprecio—. ¡Vosotros los hombres sí que no existís! No sois más que nuestra casa, nos servís para nuestra alimentación, para nuestra vida; nada más.

—¡Vosotros!... Vosotros no tenéis vida —les dije

yo—. ¡Qué vais a tener!

—¡Oh Humanidad, Humanidad! Siempre serás idiota —gritó el átomo fosforescente—. Ves que nos movemos, que nos enamoramos como los hombres; eres testigo de nuestra sensibilidad y de nuestra voluntad, y niegas que tenemos vida.

—¿Voluntad? —salté yo—. ¿No comprendes, mequetrefe, que sobre todas tus acciones pesa un determinismo inexorable; que yo puedo hacer que contraigas matrimonio, y que te divorcies cuando me dé la gana?

—¡Oh! ¡Oh! —dijo un átomo de oxígeno—. Eso es demasiado.

—S... S... —murmuró el átomo de azufre con un dedo sobre los labios, y añadió—: Dejarle hablar al átomo inteligente.

—Eso que dices del divorcio —repuso la luciérnaga—, no prueba más sino que estamos más adelantados que vosotros. ¿Qué átomo que tenga dos átomos de sentido común soporta una mujer para toda la vida?

—Sí, eso estaría bien dicho —le repliqué yo—, si os divorciarais por gusto; pero vosotros, desdichados, no tenéis voluntad como los hombres.

—¡Bah! —arguyó él—. Vosotros os creéis libres porque no podéis comprender el mecanismo del

trabajo atómico en vuestro cerebro, pero si nuestros actos son fatales, los vuestros lo son también del mismo modo; somos factores de vosotros, y de fatalismos atómicos no se pueden obtener libres albedríos humanos.

—¿Y el alma? —dije yo, recordando que en Psicología, Lógica y Ética había aprendido una porción de martingalas para demostrar su existencia.

—¡El alma! ¡Pchs! Esté yo en el cerebro de un hombre, y verás inteligencia; que falte este cura, y verás estupidez.

—Pues ¿quién eres, que te das tanto tono?

—Soy un átomo de fósforo. Mira.

Y el átomo se retorció, se puso los pies en la cabeza, se convirtió en un anillo luminoso y brillante y subió por el aire; bajó luego, y dijo:

—¿Ves? Esto es una idea.

Yo estaba atónito.

El átomo fosforescente, aprovechándose de mi estupefacción, siguió haciendo fantasías un tanto chocarreras.

Se puso formando un aspa, y dijo:

—Ahí tienes una idea geométrica.

Luego se torció hasta trazar un ángulo agudo, Y murmuró:

—Esto es una idea de odio.

Después se despatarró, abrió los brazos, y dijo:

—Esto es un pensamiento de amor.

Yo, como he dicho, estaba atónito; los átomos danzaban a mi alrededor, chillando, gritando todos a coro:

—¡Somos la materia única, la indivisible, lo *insecable!*

Al darme cuenta de estas palabras, me estremecí en mi asiento, y exclamé:

—¡Falso! ¡Falso! Estáis formados de partes.

Entonces, hombres, mujeres, perros, cínifes y lagartos estallaron; una sustancia tenue, de color de ceniza flotó en el espacio... Me sonreí con una sonrisa alegre y triunfante...

Veía la materia única, mi X primitiva, la materia eterna y eternamente divisible...

Pero, demonio. Se me había apagado la pipa.

LA ENAMORADA DEL TALENTO

Era Matilde una muchacha rubia, de veinte años, de estatura mediana y de elegante aspecto. Sin ser bonita tenía el raro don de agradar con su presencia a todo el mundo y solía encantar con su conversación.

Sus amigas íntimas no comprendían nunca estas cosas. Decían que sus ojos no eran grandes ni rasgados, que su nariz no era perfecta que su boca era más bien grande que chica, y aún cuando confesaban que su cabello rubio era abundante y hermoso, le encontraban, en cambio, un tono rojo, elegante, sí, pero no bonito.

Respecto a su parte moral, era orgullosa, vanidosa y presumida; las mujeres, generalmente, llaman buenas a las amigas feas, y simpáticas a las viejas.

Lo que callaba la intención piadosa de todas ellas era el atractivo poderoso, el gran encanto de Matilde, que consistía en un contraste de expresión entre los ojos claros, enigmáticos, impregnados de pensativa tristeza, y la boca fresca, sensual, de sonrisa irónica y burlona.

Una vez, un señor amigo de su padre, le dijo a

Matilde que su rostro le recordaba algo al célebre retrato de *La Gioconda*, de Vinci, y como vio al buen señor entusiasmado con el recuerdo le preguntó si el retrato aquel estaba en el Museo de Madrid. Le dijo que había uno, aunque el más famoso y más expresivo era el del Louvre. Matilde fue a verlo, y encontró en el extraño aspecto de la veneciana pintada por Leonardo algo que imitar, cierta vaguedad de la mirada, cierto refinamiento perverso en la sonrisa.

El cuadro del gran maestro italiano dio nueva *pose* a Matilde, y encontró contemplándolo una coquetería más refinada, una sonrisa indescifrable; aprendió a animar a un hombre sin dirigirle apenas la mirada, y a desconcertarle luego con una sonrisa burlona, tranquila, indiferente.

Como a hija única, su padre mimaba a Matilde y la dejaba hacer todos sus caprichos.

Tenía una verdadera corte de amigas, unas más pobres, otras más feas, a las cuales convidaba a su palco o a dar paseos en su coche, siempre colmándolas de atenciones, atenciones que disimulaban bastante mal la superioridad que se asignaba Matilde sobre sus amigas.

Matilde desdeñaba a los hombres vulgares; quería para ella un talento grande, incomprensible, misterioso; un hombre que reuniese una figura

elegante y una inteligencia soberbia; algo así como un Byron sin cojera. En lo que no se fijaba era en el dinero: tenía bastante para los dos.

Una noche, en el Real, vio a un hombre que le llamó poderosamente la atención. Era un joven alto, esbelto, con los ojos negros y rasgados, la cara triste y el cabello largo y negro como el ala del cuervo.

Matilde le contempló atentamente con los gemelos, y cuando vio que el romántico joven se había fijado en ella, desplegó todos sus encantos: unas veces mostraba su aristocrático perfil y su abundante cabellera dorada de tonos rojizos: otras, mirándole ensimismada mientras jugueteaba con el abanico.

Cuando Matilde salió de su palco, envuelta en la capa blanca de pieles, para entrar en el coche, vio al joven melancólico que la miraba con sus ojos grandes y tristes.

Pronto se enteró que era un pintor andaluz, Alonso de Guzmán, que volvía de Roma. Seguramente, el hombre de genio que ella buscaba. Como Matilde conseguía todo de su padre, se arregló de manera que este enviara a su administrador en busca de don Alonso de Guzmán para hacerle unos encargos.

Don Alonso llegó, y se decidió que hiciera el

retrato de Matilde. Esta quería un retrato prerrafaelista, con una túnica azul y el pelo en dos bandas, y, si podía ser, un lirio en la mano. El joven de Guzmán no entendía gran cosa de prerrafaelismo, y empezó a su manera el retrato. El pintor era un vago completo; pero tenía gracia hablando, y con historias y anécdotas de su vida de bohemio, entretenía a Matilde y a su padre.

Pero el retrato no adelantaba, y de Guzmán, para no seguirlo, convenció a Matilde de que tenía excepcionales dotes para la pintura, y comenzó a darle lecciones del arte de Apeles.

Todos los días arreglaba Matilde poéticos ramos de flores, y cuando llegaba el pintor comenzaba su trabajo. La institutriz leía mientras tanto una novela de miss Braddon.

Aquella mañana de verano, a la hora de llegar Guzmán, Matilde pintaba; la institutriz dormía con un libro en la mano. Al verse los dos libres de la observación escrutadora de la inglesa, se miraron hasta el alma.

—Pinte usted, señor de Guzmán —dijo ella—. Estoy nerviosa.

Él tomó la paleta y los pinceles, y se sentó en el taburete. Alonso, si no era un maestro, tenía posturas de maestro; con la paleta en la mano izquierda, algo

separada del cuerpo, el pincel en la derecha, mezcló unos cuantos colores, entornó los ojos, dio dos o tres pinceladas y se quedó contemplando a Matilde con un entusiasmo fogoso.

—¿Por qué me mira usted así? —preguntó ella, balbuciente.

—Porque la amo —exclamó él, con la gallarda entonación de un tenor de zarzuela seria, y se levantó de su asiento.

—¡Oh, déjeme usted! —dijo Matilde, extendiendo los brazos.

—Entonces dígame usted que parta —añadió él, tomando su mano, y murmuró a su oído—: ¡Alma mía! ¡Mi estrella!

Un golpe, que derribó una silla, despertó a la inglesa.

Al día siguiente hubo explicaciones entre padre e hija. Ella le quería, era la verdad; el padre se dejó convencer; no tenía inconveniente en que el pintor volviese, con la condición de averiguar antes quién era y de qué familia. El administrador se enteró de todo: sus noticias cayeron como una bomba.

Primeramente, Guzmán no se llamaba Guzmán, ni Alonso; su nombre era Miguel, y su primer apellido Pérez. ¡Pérez! ¡Qué horror! Luego había sido siempre un rufián completo, viviendo a costa de las mujeres, y

lo que era más terrible para Matilde: había pedido dinero a dos elegantes prestamistas que se paseaban por la Castellana en coche de lujo, comprometiéndose a pagarles cuando se casara con ella.

El golpe fue terrible para Matilde; lloró, estuvo en cama con calentura y ya algo más tranquila, hablando con su padre y con el amigo de su padre, el aficionado a la pintura, reconoció que le había sugestionado, más que la figura de Pérez, ¡qué horror!, su talento.

—¡Talento! —replicó el amigo, sonriendo—. No lo ha tenido nunca.

—¿Y mi retrato? —dijo Matilde.

—Es un mamarracho detestable.

A Matilde, al oír aquello, se le saltaron las lágrimas.

Ella, la desdeñosa, la indiferente, había estado loca por aquel hombre, una especie de chulo, de seductor de oficio, que la había enloquecido con su vocabulario de soldado.

GRITO EN EL MAR

La mañana y la tarde se habían pasado lloviendo; como lagrimones que brotan de un corazón oprimido, caían las gruesas gotas de la lluvia, brillando en el aire como reflejos de acero y haciendo saltar el agua de los charcos. Declinaba el día; las nubes grises que cerraban el cielo encontrábase muy bajas, y leves neblinas empañaban el aire.

Un paisaje envuelto en la niebla tiene alguna semejanza con un alma sumida en la tristeza; ese fino cendal de ligera bruma que parece envolver y acariciarlo todo, ofrece para algunos encantos y atractivos mayores que los de un día esplendoroso de sol; la felicidad busca el astro vivificador que hace sonreír la tierra; el dolor, la oscuridad; la melancolía, mezcla de felicidad y dolor, busca la penumbra, mezcla de día y de noche.

Era día de niebla, relucía el suelo empapado de agua con amortiguado brillo, y relucían los charcos como trozos de espejo derramados por alguna hada en solitario camino: a la izquierda de este veíase la falda de la montaña, entre cuyas peñas nacían helechos va amarillentos; a la derecha un prado cubierto de hierba, que exhalaba un olor fresco y

saludable, terminado bruscamente por hallarse roto el terreno, formando un acantilado unido a otro de la costa cantábrica, para constituir un murallón enorme, siempre batido por el empuje vigoroso del océano.

La brisa húmeda y cargada de olores de mar salía de este como lento y prolongado suspiro de un monstruo que duerme; las olas estallaban en las peñas con gran estruendo, y, al retirarse, engendraban un sordo murmullo que parecía elevarse hasta el cielo.

El Cantábrico jugueteaba, y, sin embargo, al dejar caer la mirada desde lo alto del terraplén, el espíritu caía con ella y se sentía turbado por el horror primero, por la admiración después. Las rocas del pie del murallón espían los movimientos de las olas; el océano embestía con toda su fuerza; del choque de los dos enemigos saltaban nubes de espuma.

Si la tierra fuera la cabeza de un dios, el mar debía ser su cerebro; esas olas que avanzan cautelosas, oscuras, pérfidas como el alma de la mujer, que se agitan luego y parecen erizarse de llamas, que van jadeantes, se retuercen, se fatigan, se detienen para tomar alientos y vuelan después frenéticas a estrellarse contra las rocas; esos círculos de espuma que giran con rapidez vertiginosa, que

cambian de color y se hacen amarillentos, rojos y plateados, serán sólo montones de átomos movidos por el viento y refracciones del cloruro de sodio disuelto en el mar; pero parecen el ir y venir de las pasiones y la florescencia de las ideas en el cerebro de un ser grande.

El mar es como una reflexión del alma del hombre; su flujo es su alegría; su flujo, la tristeza; vencido por la civilización, protesta contra ella en los días de tempestad; grande como es, no tiene misericordia ni para los pequeños ni para los humildes; a todos los aplasta con sus furores...

Sentado en una roca, y agarrado a otra con fuerza, contemplaba las evoluciones del monstruo, miraba con los ojos muy abiertos, dichoso al verme libre de mis amargas ideas. El ala de la imbecilidad venía a acariciar dulcemente mi espíritu.

La niebla iba ennegreciéndose, el mar tomaba una brillantez fosforescente por el reflejo de una nube blanquecina que apareció en el cielo. Entonces me pareció que bajo, muy bajo, entre aquellos remolinos turbios veía una barca con la quilla al descubierto; las olas la lanzaban como un ariete contra las peñas, y, al chocar, crujía como si se quejara dulcemente.

De pronto rasgó el aire un grito, quizá de un ave marina, para mí salido de una garganta humana; un

grito largo, desesperado, estridente; aquella nota de dolor se perdió como un átomo de tristeza en la tristeza inmensa de la noche. El mar tomó un color de tinta, el viento murmuró con más fuerza; las olas siguieron mugiendo y mugiendo.

Me interné en el monte, pensando con espanto en las terribles aventuras de un cadáver, juguete del mar. La noche estaba templada; un silencio de reposo absoluto reinaba en la tierra; la luna comenzaba a salir entre nubarrones oscuros, que corrían atropelladamente por el cielo, y sus pálidos rayos iban plateando la niebla; el aire húmedo y perfumado por las emanaciones del campo venía del bosque como si fuera el aliento poderoso de la montaña. En el fondo del valle se adivinaba la aldea envuelta en la bruma; a lo lejos, de la silueta oscura de un caserío salía un rayo de luz como mirada rojiza de un ojo siniestro que contemplara parpadeando la noche.

Cuando, al anochecer, en la casa solitaria del pueblo donde se desliza mi existencia, oigo el crujido de las ramas secas de los árboles y las desvencijadas puertas se estremecen y rechinan como modulando sardónica carcajada, recuerdos de lejanas épocas se agolpan en mi mente; no son de esos que regocijan el

corazón y hacen aparecer a los labios alegre sonrisa, sino de los que contristan el ánimo, pero entre todos se destaca en el fondo gris de un día de niebla aquella nota aguda de dolor y vibra en mis oídos como el llamamiento desesperado de un moribundo; vibra, y la veo perderse como un átomo de tristeza en la tristeza inmensa de la noche.



LECOCHANDEGUI, EL JOVIAL

No creo que haya minero, ni cazador de palomas, ni pescador de salmones o de truchas que sea tan conocido en las márgenes del Bidasoa como Lecochandegui, el comisionista de la casa Ehecopar y Compañía, de Pasajes a Irún.

A Lecochandegui le conocen los posaderos, los tenderos, los carabineros, los cardeneros, los barreneros... Todo el mundo le saluda, le llama familiarmente Leco, le dice algo al verle pasar en el automóvil público.

Lecochandegui es un hombre alto, serio, de nariz larga, los ojos algo tiernos, una boina muy pequeña en la cabeza y una corbata roja en el cuello.

Si se pone corbata negra le toman por un cura vestido de paisano, y esto le humilla, porque Leco se siente más republicano que Robespierre.

Lecochandegui es conocido en Vera desde hace algunos años. Su aparición en el pueblo fue notable.

El primer día de llegar, al hospedarse en la fonda se le ocurrió lanzar un bramante negro por la ventana de su cuarto y atarlo a la aldaba de la posada. A medianoche agarró el bramante, tiró de él, y pam,

pam, pam, dio con el llamador tres golpes sonoros en la puerta.

El amo de la posada, ex carabinero y castellano viejo, se levantó, y vio que no había nadie, y, refunfuñando, se volvió a acostar.

Pasó un cuarto de hora, y al cabo de este tiempo, pam, pam, pam, Lecochandegui dio otros tres golpes.

Se abrió de nuevo la puerta, y el ex carabinero, al ver que seguía sin haber nadie, se incomodó, y saliendo a la carretera, y dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales lanzó los más terribles insultos a los supuestos guasones y a sus respectivas madres.

Lecochandegui, mientras tanto, se reía silenciosamente.

A la tercera vez, el ex carabinero no cerró la puerta, pensando que en aquello había alguna trampa. Lecochandegui tiró el bramante a la calle y abandonó su ejercicio.

A la noche siguiente, Leco pensó acostarse muy temprano porque tenía que salir en el automóvil por la madrugada.

Al ir a la cama vio en un rincón un montón de latas vacías de gasolina. Su durmió pensando en ellas, se levantó a las tres, hizo su maleta y se acordó entonces de las latas. Las cogió y fue amontonándolas delante de la puerta de un viajante rival suyo, hombre

rubio y tan chato que no se le veía la nariz. Luego, tomando la jarra de su cuarto, empezó a echar agua por debajo de la puerta de la alcoba del comisionista. Hecho esto se puso a gritar: «¡Fuego! ¡Fuego!», y bajó a la carretera con su maleta, donde tomó el automóvil.

El viajante rubio y chato, al oír aquella voz, se levantó despavorido, saltó de la cama, y al poner los pies desnudos en el mojado suelo, creyó que echaban agua para apagar el incendio, encendió la luz, empujó la puerta y las latas cayeron armando un gran estrépito.

El hombre estuvo a punto de desmayarse. Cuando se enteró de que todo ello era una farsa de Lecochandegui, decía:

—Esas no son bromas para darlas a un comisionista.

El pobre hombre sin nariz creía que un comisionista era un producto delicado y espiritual adonde no debían llegar las bromas.

Con estos antecedentes no era raro que Lecochandegui tuviese en Vera gran popularidad.

Yo le conocí un domingo en el estanco. Había allí gran reunión de aldeanos. Leco estaba esperando el correo. De pronto dijo en vascuence a unos cuantos caseros, con su habitual seriedad:

—También vosotros sois bien tontos para ir a misa a los escolapios.

—¿Por qué? —preguntó un campesino—. ¿No son curas como los otros?

—¡Los escolapios! ¡Qué van a ser curas! Todos son carabineros retirados —y después añadió—: ¡Parece mentira que el Gobierno dé esas atribuciones al Cuerpo de Carabineros!

Tras de esta exclamación política, Leco salió del estanco y se marchó carretera arriba.

Unos meses después, Lecochandegui vino a las fiestas del pueblo con unos cuantos de Irún. Al principio estuvo serio; pero al anochecer perdió los estribos, salió al balcón del casino con un paraguas en la mano y comenzó a echar un discurso incoherente y confuso.

En la cena en casa de Apeiztegui, sacó, yo no sé de dónde, la teoría de que algunas personas, cuando están bebiendo con el vaso en los labios, oyen menos que de ordinario.

Se hicieron infinidad de pruebas, y a las cuatro de la mañana Leco y sus amigos volvieron a Irún cantando *La Marsellesa* y completamente trastornados.

Leco afirmó siempre con tesón, y poniendo en ello toda su alma, que eran las natillas las que le

habían hecho daño aquella noche, y no el vino ni los licores.

Un día, al comenzar la guerra, encontramos a nuestro gran Lecochandegui cenando en las Ventas de Yanci. Estaba esperando el automóvil. Tenía un gran público de contratistas y capataces que trabajaban en un salto de agua próximo.

Leco estaba a sus anchas. La guerra le daba grandes motivos para sus fantasías; su tema favorito eran los inventos de los franceses y de los alemanes.

Había explicado a su público en qué consistían los polvos Turpin que se fabricaban en Tarbes y que dejaban los enemigos muertos y de pie, y la clase de máquinas misteriosas que se hacían en el Boucau.

Pero todo esto no era nada al lado de las cosas que estaban inventando los alemanes: cañones que andaban por el aire, polvos que le dejaban a uno desmayado, flechas con venenos. En aquel momento estaban construyendo unas trincheras para las nubes...

—¿Para las nubes? —dijo uno de los capataces—. Eso no puede ser.

—¿No? —exclamó Lecochandegui, sarcásticamente—. Pregúntelo usted a von Klück, ya

verá. ¡No se van a poder poner trincheras en las nubes! Como en tierra o mejor aún.

—No sé dónde se sujetarán.

—Usted, no; pero von Klück ya lo sabe desde hace tiempo. Se lo enseñó un turco o argelino, no sé qué demonio era.

Uno de los capataces —*el Catapás* le llamaban allí— dijo que los alemanes quizá tuvieran que capitular por hambre; pero Lecochandegui afirmó desdeñosamente que no. Estaban ya haciendo carne con madera y pan con paja. Todos los sombreros de paja de las temporadas anteriores los tenían decomisados para convertirlos en panecillos a su tiempo debido.

Se fantaseó un tanto acerca de estas novedades, cuando Lecochandegui que no podía contenerse gran cosa en un punto de la conversación, exclamó de repente:

—Los que son terribles son esos animales que han traído los franceses para la guerra.

—¿Qué animales?

—Esos que están llevando a Hendaya a las peñas de Santa Ana.

—No sabíamos nada. ¿Qué son?

—Hay de todo. Hay *popótamos*.

—Hipopótamos —dije yo.

—No, no, *popótamos*; así los llaman ellos y así los llama *musiú* Martín, que los cuida. Hay también sirenas que cantan y unos vampiros grandes.

—Pero los vampiros son pequeños —saltó uno que había estado en América.

—¿Pequeños? Lo que es esos no lo son. Vaya usted a verlos. Hay algunos de cinco metros de altura.

—Con las alas extendidas parecerán aeroplanos —exclamó *el Catapás*.

—Yo no les he visto las alas extendidas nunca —contestó Leco. Y añadió—: Las tenían envueltas en gasa fenicada.

—¿Para qué?

—Dicen que les salen una especie de sabañones en las membranas con las humedades de aquí.

—¿Y los alimentarán con sangre? —pregunté yo, riendo.

—Antes, en su país, sí —contestó Leco—. Les daban a cada uno dos o tres docenas de niños para que les chuparan la sangre; pero ahora les engañan con suero de leche de vaca, teñido con minio y un poco de bicarbonato de sosa.

—¡Vaya un pisto! —murmuró un riojano.

—¿Y de dónde vienen los vampiros? —pregunté yo.

—De Calcuta —dijo Leco—; los ha traído *musiú* Martín con unos indios con unas barbas grandes, blancas, y unos anteojos de plata.

—¿Y hay más bichos?

—Sí; hay unas serpientes de mar con unas escamas de acero galvanizado.

—¿Y para qué las quieren?

—Para el correo marítimo —contestó Leco—. Sirven en el agua como las palomas mensajeras en el aire. Si tuviera dinero le compraría una a *musiú* Martín. Son mansas como perros... Es el automóvil. Bueno, señores. ¡Adiós! Y no dejen ustedes de ir a Hendaya a ver los vampiros y las serpientes. Pregunten ustedes por *musiú* Martín.

Y Lecochandegui se marchó con su seriedad habitual.

Unos meses después encontré a Leco en Irán y me invitó a comer en su casa. Acepté porque tenía curiosidad por saber qué actitud tomaría ante los suyos aquel perpetuo mixtificador.

Lecochandegui me presentó a su madre, a su mujer y a sus chicos, y nos sentamos a la mesa. Se puso el mantel, vino la muchacha, una navarra de las Cinco Villas, con la sopera; la dejó, mirando al amo,

murmuró en vascuence:

—No me atrevo, señor.

—No seas tonta —exclamó Lecochandegui—.

Dilo.

La muchacha levantó la tapa de la sopera, y dijo:

—Hoy, diecisiete Thermidor. Libertad, Igualdad, Fraternidad. ¡Viva la República!

Lecochandegui hizo un gesto de aprobación, y su mujer se llevó la servilleta a la boca, y se echó a reír.

—¡Qué tonto eres, Leco! ¡Pero qué tonto! —exclamó.

—Estas mujeres no entienden de cosas serias —exclamó Lecochandegui—. Estoy completando la educación de la muchacha; le he enseñado el calendario republicano, y mi mujer no me lo agradece.

Y Lecochandegui, el jovial, seguía al decir esto tan serio como siempre.

ALLEGRO FINAL
Fantasía de un día
lluvioso de Nochebuena

1. Enemistad conyugal

En el comedor de una casa burguesa de Madrid. Hay un aparador de nogal con copas, tazas y algunos objetos de porcelana y de plata, en medio, una mesa puesta, con su mantel blanco. Encima de ella, una lámpara eléctrica, de la que cuelga por un flexible el timbre. En la pared, algunos cuadros medianos. En el suelo, una alfombra, un tanto desteñida.

La habitación tiene un balcón con cortinillas en los cristales y cortinas oscuras hacia adentro. Es día de Nochebuena. Las dos de la tarde. De la calle se oyen voces agudas y destempladas de chiquillos que cantan y gritan y tocan el tambor y la pandereta.

En el comedor están sentados Don Eduardo y doña Luisa, su mujer. Don Eduardo tiene sesenta años; su mujer, doña Luisa, cincuenta y cuatro. Don Eduardo lleva la barba y el pelo teñidos. Es de mediana estatura, la cara arrugada, debajo de los ojos bolsas moradas. Doña Luisa tiene aire marchito y avinagrado, la cara muy empolvada, los dientes postizos; lleva un peinador blanco.

DOÑA LUISA. (*A su marido*) —¿Has hecho la visita en el hospital?

DON EDUARDO. —No, iré por la tarde.

DOÑA LUISA. —¿No habrás estado tampoco en la Sociedad de Seguros?

DON EDUARDO. —No.

DOÑA LUISA. —Pues te han avisado.

DON EDUARDO. —¡Qué se va a hacer! No he podido. ¡Me he levantado tarde!...

DOÑA LUISA. —¡Claro! Te acuestas a unas horas...

DON EDUARDO. —Es que no puedo dormir. ¿Qué voy a hacer? Empezaba a dormirme, y me ha dado la tos..., y se acabó. He tenido que tomar una de esas tabletas que tienen morfina, y aun así no he conseguido dormir.

DOÑA LUISA. —Debías ir a casa de Zabaleta, a ver qué te dice.

DON EDUARDO. —¡Qué me va a decir! Nada. Yo ya sé lo que tengo.

DOÑA LUISA. —Sí, tú todo lo sabes... Otros médicos que saben tanto como tú van a los especialistas... Si tú no quieres ir adonde Zabaleta, vete a ver a García Moreno.

DON EDUARDO. —¿Para qué? Ese no vale nada.
Es un farsante.

DOÑA LUISA. —Sí, para ti todos son farsantes;
pues García Moreno tiene mucha fama y gana
mucho dinero; por algo será.

DON EDUARDO. —¡Bah!... La visita y el ganar
dinero no significan nada para tener ciencia.

DOÑA LUISA. —Para ti nada significa nada.
Mucha soberbia es la que tú tienes... Así te
va. ¿No quieres comer más?

DON EDUARDO. —No; no tengo ganas. (*Se
levanta de la mesa.*)

DOÑA LUISA. —¿Qué vas a hacer ahora? No irás
a echarte a dormir.

DON EDUARDO. —Sí, voy a echarme a dormir.

DOÑA LUISA. —Luego dirás que no duermes de
noche.

DON EDUARDO. —Y es verdad. ¿Qué voy a hacer,
hija? No tengo sueño de noche. Ahora, en
cambio, se me cierran los ojos.

DOÑA LUISA. —¿Dónde vas a cenar?

DON EDUARDO. —Tomaré algo en el café.

DOÑA LUISA. —Ten cuidado; no bebas.

DON EDUARDO. —No beberé. Ya comprendo el
daño que me hace. ¿Tú vas a casa de tu

hermana?

DOÑA LUISA. —Sí. ¿Tú no querrás ir?

DON EDUARDO. —¿Para qué? Allí me aburro.
Hoy no se puede hablar con jóvenes.

DOÑA LUISA. —¿Por qué?

DON EDUARDO. —La juventud es muy buena para ella misma; para el viejo es fría, indiferente y cruel.

DOÑA LUISA. —¿No lo hemos sido nosotros?

DON EDUARDO. —Claro que sí; cuando éramos jóvenes seríamos lo mismo que ellos.

DOÑA LUISA. —Entonces no hay que quejarse.

DON EDUARDO. —Quejarse es el recurso del fracasado, del vencido, del viejo..., y yo lo soy... Bien; me voy a dormir un rato.

DOÑA LUISA. —¿Así que no vas a casa de mi hermana?

DON EDUARDO. —No, no voy.

DOÑA LUISA. —Haz lo que quieras.

DON EDUARDO. —Es lo que pienso hacer.

DOÑA LUISA. (*En un arrebato de dolor*) —¡Qué casa la nuestra, Señor! ¡Qué hogar!

DON EDUARDO. —¿De quién es la culpa? De la suerte, de la casualidad, del hado adverso... del fátum... Tú también te vas.

DOÑA LUISA. —Me voy, porque no quiero estar sola en casa. Me paso los días llorando.

DON EDUARDO. —Bueno, bueno. ¿Para qué vamos a reñir ni a discutir? Hemos discutido muchas veces esto, y no hemos llegado a un acuerdo.

2. En el despacho

Don Eduardo sale del comedor y entra en su despacho de médico. Es un cuarto con dos balcones, unas anaquelerías de cristal con diversos aparatos, dos armarios llenos de libros encuadernados; en las paredes varios cuadros y una gran fotografía de los médicos que acabaron la carrera en San Carlos en 1893 rodeando a los profesores, retratados estos de una manera teatral, con togas y birretes. Entre los alumnos se ve a Don Eduardo con una barbita ligera en punta, el pelo abundante y un poco de tupé. El despacho del médico tiene el aire de estar un tanto abandonado. Don Eduardo se tiende en un diván y se echa una manta a los pies.

DON EDUARDO. —Mi mujer siempre está lo mismo, quitándome ánimos, esperanzas. A deprimirme, a entristecerme. ¡Qué intención

más antipática y más odiosa! Luego dice que me quiere. Me quiere reventar. Yo no puedo vivir aplanado. Me moriría. Soy viejo, nadie me hace caso. Los demás son más listos que yo. Los jóvenes no se ocupan de mí. Sí, sí; ya lo sé, doña Perpetua; pero yo me rebelo contra todo esto. Mi mujer es muy cuidadosa; pensará siempre en el sombrero, en los puños, en el papel de la habitación que se ha roto o que se ha ensuciado; pero en mí no piensa... No me duermo... Si me pongo a pensar estas cosas, no me voy a dormir. Antes, ¡cómo me gustaba este cuarto, mi despacho! Me encontraba aquí tan bien... Leía libros, leía revistas en inglés y en alemán, con ayuda del diccionario. Ahora este cuarto me rechaza. Esta angustia me mata; yo no sé si será de origen cardíaco o puramente neurósica...; pero me mata.

Don Eduardo da vueltas y más vueltas en el diván, y, a la última, se queda dormido.

3. Sueños

Don Eduardo oye que llaman por teléfono. Preguntan

si está él en casa solo.

DON EDUARDO. —Me avisan por teléfono. ¡Qué raro! Había quitado el teléfono; pero lo habrán vuelto a poner estos días. ¡Eh! ¿Quién es? No oigo... Fifi..., Fifi..., que viene...; bueno, bueno, que venga.

FIFÍ. —(*Entra*) Soy yo, Fifi. Vengo a que reconozca a esta muchacha, que es sobrina mía.

Fifi tiene un color de hoja marchita y unos ojos rodeados de círculos negruzcos. Se le transparentan los huesos. La sobrina de Fifi, Rosarito, es una muchacha preciosa.

DON EDUARDO. —Que se siente la muchacha aquí y que se quite la ropa, ahora la reconoceré.

La muchacha descubre el pecho y la espalda.

DON EDUARDO. (*Contemplándola*) —¡Qué cuerpo! ¡Que piel! Parece de raso.

Don Eduardo toma un estetoscopio y ausculta a la chica. Oye un ruido terrible, extraordinario, como de catarata. Jamás ha oído nada semejante. Mira a la

muchacha. Ella sonríe. Mira a Fifi, y la encuentra vieja. De pronto, al verla reflejada en un espejo, le da la impresión de que Fifi, en vez de cabeza, tiene una calavera.

DON EDUARDO. — Nunca había visto nada tan raro!

EL YO OSCURO. —Todas estas no son más que fantasías, sueños.

DON EDUARDO. —Me choca ver a Fifi tan vieja y con esa cara de calavera. No es tan vieja. Tendr  mi edad.

FIFI. (*Hablando con voz ronca*) —Y esta chica,  qu  tiene?

DON EDUARDO. —Esta chica tiene un soplo en el v rtice del pulmón derecho.

FIFI. — Y es un soplo fuerte?

DON EDUARDO. —Es un huracán. Que vaya a ver a Zabaleta... Le vendría bien el ir a la sierra durante seis o siete meses, en la primavera.

ROSARIO. — A la sierra? No; prefiero morirme. Es más divertido.

DON EDUARDO. (*A Fifi.*) —No le dejes que haga imprudencias.

FIFI. —No s  si podrá con ella.

DON EDUARDO. —Es el carácter de la juventud el no cuidarse de nada. El estar enfermo parece una gracia, y la idea de morir se da risa.

FIFÍ. —Si es así, no lo vamos a arreglar nosotros. Hoy vamos a ir a cenar al Ritz. Vete allí.

DON EDUARDO. —Ya veré. ¡Estos días son tan desagradables! Empieza la noche tan pronto...

FIFÍ. —¿Y qué haces? No se te ve.

DON EDUARDO. —Tenía un hijo que estudiaba Medicina, y se suicidó. ¿Por qué se mataría este muchacho? Parecía siempre tan contento. Era buen estudiante, y no tenía motivos de pena... nada, en este gabinete próximo, una mañana le vi muerto, envenenado con unas pastillas de cocaína que había tomado de este estante... *(Don Eduardo comienza a sollozar.)*

FIFÍ. —¡Vamos, Eduardo! ¡Por Dios! Sé un hombre.

ROSARIO. —¡Qué viejo más chusco!

DON EDUARDO. *(Protestando)* —¿Por qué me llamas tú chusco? ¿Tú crees que vas a ser siempre como ahora? No. Tú también te harás vieja y se te notarán los huesos como a tu tía.

FIFÍ. —Muchas gracias por la manera de señalar.

ROSARIO. —¡Qué necesidad!

DON EDUARDO. —¿Tú crees que es necio que un padre se lamente de la muerte de su hijo?

FIFÍ. —Bueno, Eduardo; no seas así.

DON EDUARDO. —¡Cómo voy a ser! Como soy. Luego, mi mujer, doña Perpetua, así le llamo yo en broma, no para en casa; está siempre con su hermana. No se ocupa más que de cosas pequeñas: de hacer visitas, de limpiar la plata y de cepillar el sombrero. No nos unía fuertemente más que el chico. Ahora no nos une nada. Yo he tenido la culpa. Lo reconozco. Sobre todo después de la muerte de Eduardito, perdí los estribos, jugué el dinero, bebí, anduve de juerga...

FIFÍ. —(*Indiferente.*) Pues eso te queda, chico.

DON EDUARDO. —Si me hubiera casado contigo...

FIFÍ. —Sí. Hubiéramos sido Pablo y Virginia, o quizá los amantes de Teruel.

DON EDUARDO. —Tú eras muy coqueta.

FIFÍ. —Y tú querías que tu mujer tuviera algún dinero.

DON EDUARDO. —¿Sigues tan alegre?

FIFÍ. —Sí, como unas castañuelas.

DON EDUARDO. —¿Cantas aquellos cuplés franceses?

FIFÍ. —Sí, cuando me duelen las tripas.

DON EDUARDO. (*Aparte*) —¡Qué desvergonzada está! ¡Qué cinismo! Ahora todo el mundo me da de lado. No tiene uno más entretenimiento que beber un poquillo y leer unos folletines que me presta mi amigo don Martín, el ingeniero. Además, para mayor delicia, está uno desahuciado. El doctor Zabaleta me ha reconocido, y me ha dicho: «Chico, si no te cuidas, esto va mal».

FIFÍ. (*Indiferente*) —Todos tenemos algo; los años no pasan en balde. Así que de esta muchacha, ¿qué me dices?

DON EDUARDO. —Que se vaya a la sierra... en la primavera. Le dará el sol, y se pondrá aún más guapa.

ROSARIO. (*Riendo*) —No, no; prefiero morirme; tengo muchas cosas que hacer aquí.

DON EDUARDO. (*A Fifí.*) —Que no haga disparates.

FIFÍ. —No sé si podré con ella. Vamos, buenas tardes. ¡Adiós, Eduardo!

DON EDUARDO. —¡Adiós!

4. *El hombre despierta*

DON EDUARDO. (*Desperezándose*) —¿Y todo esto no ha sido más que un sueño? Es raro; me ha dejado tanta impresión como si fuera la realidad. ¡Y qué guapa era la muchacha! No le importaba vivir o no. ¿Y Fifi estará, realmente, como la he visto en este sueño? Está verdaderamente horrorosa. Parece mentira que la edad pueda hacer tales estragos. ¡Y qué guapa era! Aquel Bustamante me disuadió de que me casara con ella, diciéndome que Fifi había tenido muchos novios antes de conocerla yo, y que hasta decían que había tenido un chico. Si me hubiera casado con ella, ¡quién sabe lo que me hubiera ocurrido! ¡Quizá hubiera sido mejor, quizá peor aún! Son las oscuridades del Destino. ¿Qué hora será? Las cinco. (*Se levanta, y se asoma a uno de los balcones*) ¡Qué tiempo más feo! Ya es de noche. Me voy a poner los chanclos y me voy a ir al café. (*Saliendo al pasillo*) ¡Ramona!

RAMONA. —¿Llamaba el señor?

DON EDUARDO. —Probablemente cenaré fuera de casa. ¿La señora se ha marchado ya?

RAMONA. —Sí; ha dicho que cenará con su hermana.

DON EDUARDO. —Y ustedes, ¿qué van a hacer?

RAMONA. —Nosotras, la Nicolasa y yo, vamos a ir a casa de la Benita.

DON EDUARDO. —¿Ya le han pedido ustedes permiso a la señora?

RAMONA. —Sí, señor.

DON EDUARDO. —¿Así que esta noche no habrá nadie en casa?

RAMONA. Nadie.

DON EDUARDO. —Bueno, bueno. Está bien. Deme el llavín.

RAMONA. —Aquí lo tiene usted.

5. Reproches a los amigos.

Don Eduardo se pone las botas, luego los chanclos un gabán, la bufanda y un paraguas; baja las escaleras y sale a la calle. Cae la lluvia mezclada con la nieve. Don Eduardo toma entre la gente por la plaza de Isabel II y la calle del Arenal, hacia la Puerta del

Sol.

DON EDUARDO. —Tengo las piernas flojas y un zumbido en los oídos desagradable. No puedo tenerme en pie. ¡Si fuera a ver a Zabaleta! No; ese Zabaleta siempre ha sido un egoísta sin piedad. El otro día me dijo: «Esta insuficiencia está compensada; pero no de una manera completa. Ya sabes lo que te conviene: fuera alcohol, fuera tabaco, fuera comidas fuertes, fuera langosta a la salsa tártara, que sé que te gusta; fuera impresiones violentas. A las mujeres, ni mirarlas. Verduras, un poco de pescado, leche, ejercicio moderado; cuatro o cinco días al mes, tintura de digital y nada más. Así podrás ir tirando; si no, amigo, esto va de mal en peor; el mejor día, un triquitraque, y al otro barrio, o ir arrastrando la pata por ahí durante unos meses. Si te decides a un régimen de esa clase, ven aquí dentro de un mes; si no, haz lo que te dé la gana.» Ese Zabaleta siempre ha sido un egoísta sin piedad. Nunca ha pensado más que en ganar dinero. Yo hubiera hecho lo que él. En las oposiciones al hospital estuve mejor que él; pero después me tumbé..., y

luego la muerte del chico me reventó. ¿Por qué se suicidaría aquel chico...? Parecía alegre, contento. Si hubiera muerto del tífus o de pulmonía, ya sería otra cosa... ¡Pero suicidarse!... Es terrible... Yo no comprendo qué motivos de queja podría tener contra nosotros. Le cuidábamos le mimábamos..., y, sin embargo... Nada, nada; hay que olvidar.

6. *En el café*

Don Eduardo entra en el café vacilando y tropezando. Llega a un rincón y se sienta.

EL MOZO. —¿Qué hay, Don Eduardo? Deje usted el gabán. Hace frío luego para salir. (*Le ayuda a quitarse el gabán*) Mal tiempo, ¿eh?

DON EDUARDO. —Malo está.

EL MOZO. —¿Qué va usted a tomar? ¿Café?

DON EDUARDO. —No... Tomaré una copita de jerez. El alcohol este es, indudablemente, bueno.

EL YO OSCURO. —No debías tomar alcohol. Te va a hacer daño. Recuerda las recomendaciones de Zabaleta.

Don Eduardo hace un gesto con la mano como para quitarse una idea inoportuna; coge el periódico de la noche, que ha salido más temprano que otros días, saca los anteojos y se pone a leer.

EL MOZO. —¿Sabe usted, Don Eduardo, que por un número no nos ha tocado la lotería?

DON EDUARDO. —Hombre, ¡qué lástima! Yo, ¿sabe usted?, no creo en la lotería; no me ha tocado nunca.

EL MOZO. —Pues a mí, sí.

Don Eduardo sigue leyendo el periódico.

7. Los estudiantes

ESTUDIANTE PRIMERO. —Yo, cuando veo que en el Congreso en vez de poner Congreso de Diputados pone Asamblea Nacional, me avergüenzo.

ESTUDIANTE SEGUNDO. —Yo no veo que sea más liberal el que ponga una cosa u otra.

ESTUDIANTE PRIMERO. —Claro, para vosotros todo es igual. Antes que nada hay que ser ciudadano.

ESTUDIANTE SEGUNDO. —¡Bah! Eso es una estupidez. El que vive en Aravaca o el que vive en Carabanchel, no es ciudadano. Hay que ser hombre, y, si se puede, ser hombre culto.

ESTUDIANTE PRIMERO. —Oiga usted, Don Eduardo, ¿a usted qué le parece la Dictadura?

DON EDUARDO. —A mí, ¿qué quiere usted que me parezca? Nada. Si se hacen las cosas bien por la violencia, me parece bien; ahora, si se hacen mal, naturalmente, no me parecen bien.

ESTUDIANTE PRIMERO. —¿Usted también es de la generación del noventa y ocho?

DON EDUARDO. —Yo, el noventa y ocho era ya talludito; nací el setenta.

ESTUDIANTE PRIMERO. —Ustedes han tenido mucha culpa en lo que está pasando.

DON EDUARDO. —¿Nosotros? No creo.

ESTUDIANTE PRIMERO. —Sí, porque ustedes han sido indiferentes, escépticos. No se han ocupado del país.

DON EDUARDO. —¡Bah!

ESTUDIANTE PRIMERO. —No han hecho ustedes nada en la política.

DON EDUARDO. —Ni ustedes tampoco.

ESTUDIANTE PRIMERO. —Nosotros haremos.

DON EDUARDO. —Eso se verá con el tiempo. No sé por qué nos reprochan a nosotros faltas que no cometimos. Hicimos como todos. Admiramos lo que había de bueno en nuestra época, como pasa siempre; leímos los libros que creímos que eran los mejores, fuimos a la ópera, al teatro; quizá nos engañamos en nuestros juicios. ¿Quién no se engaña?

ESTUDIANTE PRIMERO. —Sí; pero la ciudadanía...

DON EDUARDO. —Cada uno vive en su tiempo. Todo eso de la ciudadanía y del derecho me parecen cosas de abogados.

ESTUDIANTE PRIMERO. —¿Y usted cree que su tiempo era mejor que este?

DON EDUARDO. —Hombre, quizá mi tiempo no valía gran cosa; pero el tiempo anterior, sobre todo el principio del siglo diecinueve fue admirable. ¡Qué gente había en Europa! Beethoven, Kant, Goethe, lord Byron, Goya, Schopenhauer, Walter Scott... Hoy el mundo tiene simpatía por lo nuevo. Eso está bien; pero no siempre es justo.

ESTUDIANTE SEGUNDO. —El viejo este parece que sabe y no discurre mal.

ESTUDIANTE PRIMERO. —Sí; pero es un pelmazo, un tío lata. Vámonos. (*Se van.*)

EL MOZO. —¿Qué le parecen a usted estos muchachos, Don Eduardo?

DON EDUARDO. —Tienen mucha petulancia, y no valen nada... Verdad es que lo mismo nos pasaba a nosotros.

EL MOZO. —Pues son buenos chicos. Sólo hay uno que me ha dejado a deber unas pesetas; pero todavía creo que me las pagará.

8. *Los escritores*

Don Eduardo sigue leyendo el periódico, y se interrumpe para mirar el reloj repetidas veces. Van entrando parejas, que salen de un cine próximo; ellos con los hombros muy anchos y levantados y ellas casi todas pintadas como muñecas.

EL JOVEN. —¿Qué te ha parecido la película?

ELLA. —No me ha gustado.

EL JOVEN. —¿Por qué?

ELLA. —Porque los novios son sosos. No se han besado más que tres veces, y sin gracia.

ESCRITOR PRIMERO. —Es curiosa la creencia de

que el amor físico es algo genial. Freud y el público pelicularo están de acuerdo. Cada macho que se empareja con una hembra produce en el espacio un episodio de Shakespeare, algo poético, ideal.

ESCRITOR SEGUNDO. —Habrà que reivindicar los prostíbulos, convertirlos en templos y ponerles una inscripción como la del Panteón, de París.

ESCRITOR PRIMERO. —Es evidente que la literatura del porvenir va a ser hecha a base de erotismo. Se está acabando el entusiasmo por el peligro y por la guerra; ahora los que van a dar el tono son los judíos, gente pacífica, cobarde y erótica. Ganar dinero de cualquier manera y tener mujeres será el ideal, y como antes se pensaba en el aventurero, ahora el aventurero será el aberrante sexual. Esta será la base del arte del porvenir.

ESCRITOR SEGUNDO. —El puro cerdismo.

DON EDUARDO. —Esta gente exagera; pero quizá hay algo de verdad en lo que dicen.

EL MOZO. —Estos son periodistas, y hablan mal de todo.

DON EDUARDO. —Sí, es la crítica demoledora; estos tipos rebeldes y revolucionarios, cuando empiezan a escribir en periódicos serios cambian, y entonces para ellos todo el mundo es ilustre y todas las cosas respetables.

9. *Don Eduardo pierde la paciencia*

DON EDUARDO. (*Al mozo.*) —Oiga usted.

EL MOZO. —¿Qué hay, Don Eduardo?

DON EDUARDO. —Tráigame usted la carta.

EL MOZO. —¿Va usted a cenar?

DON EDUARDO. —Sí, una cena sencilla.

EL MOZO. —¿Tomará usted vino?

DON EDUARDO. —¡Hum!... Bueno... Media botella de rioja claro.

EL MOZO. —¿Quiere usted una docena de ostras?
Las hay muy frescas.

DON EDUARDO. —Bueno. ¿Qué podría tomar?

EL MOZO. —Tenemos riñones a la *brochette*.

DON EDUARDO. —Hace mucho tiempo que no los he tomado. Tráelos.

EL MOZO. —Y una langosta a la salsa tártara...

DON EDUARDO. —Venga también. Nos

despediremos de todo eso.

EL YO OSCURO. —Estás haciendo disparates, amigo mío. Todo eso es malísimo; es un veneno lleno de purinas.

DON EDUARDO. —Hoy es día de Nochebuena, ¡qué demonio! Hay que hacer alguna pequeña locura.

Don Eduardo comienza a cenar con buen apetito. Pide otra media botella de rioja, y despacha los riñones y la langosta.

EL MOZO. —¿Café, Don Eduardo?

DON EDUARDO. —Sí, y una copa de coñac.

Don Eduardo toma su café y la copa y enciende un cigarro puro. El mozo le ayuda a ponerse el gabán, y sale a la calle.

10. De la calle de la Montera a la Gran Vía

En la calle.

DON EDUARDO. —Ahora está uno en plena euforia. Tengo las piernas fuertes y no siento

frío. ¡Qué cantidad de gente! ¡Cuántos chiquillos! (*Sube por la calle de la Montera, y al llegar a la Red de San Luis se detiene un momento.*)

DON EDUARDO. —Aquí estuvo durante algún tiempo el café del Brillante, adonde iba a hablar con una cupletera, que cantaba «¡Ay mamá, que noche aquella!», y la habanera *El último resplandor*. Se creía uno un Sardanápalo. ¡Qué candidez! La verdad es que ha tenido uno una juventud miserable. ¡Sin dinero, sin amores, sin amistades! ¡Qué pobreza! Únicamente Fifi tenía gracia... ¡Pero era tan coqueta!...

UNA MUJER EN LA CALLE. —¿Quiere usted un décimo de la lotería del Niño?

DON EDUARDO. —No, no. (*Sigue en su monólogo.*) Lo único que tenía la juventud es que todo le parecía a uno brillante. Madrid para mí era como una camisa bien planchada y lustrosa; hoy es como si la hubieran lavado y colgado al sol y estuviese llena de arrugas. Una pobre pelandusca nos parecía una Aspasia o una Friné.

UNA BUSCONA. —¿Viene usted?

DON EDUARDO. —No, no; yo soy viejo.

UNA BUSCONA. —¿Qué importa?

DON EDUARDO. —Déjame.

Don Eduardo se detiene delante de un escaparate.

DON EDUARDO. —¡Qué extraño! Y pensar que yo he pasado en mi tiempo por conquistador. ¿Conquistador de qué? Y uno no ha conquistado nada. Y, sin embargo, se ha vanagloriado uno de ello entre los amigos. Ahora, mirando esas cosas de lejos, no son nada. Unas cuantas mujeres insignificantes, sin gracia, sin alegría... Hay que tener mucha ilusión para creer que esas eran conquistas... Ahora, que en todo pasa lo mismo. ¿No ha sido uno elogiado por un diagnóstico que por casualidad ha resultado certero? La verdad, la verdad no la sabe nadie. Se vive de apariencias, y basta.

UNA MENDIGA. —Cómprame usted el *Heraldo*, señorito.

DON EDUARDO. —No, ya lo he leído.

11. La calle del Desengaño

Don Eduardo entra en la Gran Vía, y después va a la calle del Desengaño.

DON EDUARDO. —¡Qué poco me recuerda esta calle cómo era antes! Aquí estaba el café Habanero, tan triste. Aquí traje a cenar a una muchacha que andaba tirada por ahí y luego resultó de buena familia. ¿Qué historia tendría aquella desdichada? Luego no supe nada de ella. Recuerdo que por entonces, en un periódico ilustrado, había una caricatura muy mala de un estudiante y de una modista que tenían este diálogo:

ELLA. —Me dices que me quieres.

ÉL. —Que sí te quiero.

ELLA. —Pues vámonos entonces al Habanero:

ÉL. —No, que a estas horas no permiten la entrada de las señoras.

¡Y esto nos parecía gracioso y exacto! ¡El pretexto del estudiante por no tener dinero! ¡Qué candidez y qué estupidez! (*Acercándose a un grupo.*) Qué, ¿pasa algo?

UNO. —*Na...* Es un hombre que le ha *dao* un *acidente*.

OTRO. —Es un curda. No *pué* con la *tajá* que *yeva*.

UNO. —Aquí no hay respeto, porque a ese hombre le ha *dao* un ataque de *paralís* y la gente cree que es un borracho. Primero hay que enterarse y no desacreditar, sin más ni más, a una persona decente.

12. *El café de la Luna*

DON EDUARDO. —Me voy a acercar al café de la Luna, donde nos reuníamos los sábados. Aquí estaba. Ya se cerró también. ¡Qué tertulia la nuestra! Tres amigos, y los tres nos odiábamos. Bustamante, Coll y yo. Siempre hablando mal uno de otro. ¡Y qué casa de huéspedes aquella donde vivía Bustamante! ¡Qué casa más desastrada y pintoresca! ¡Y qué final el de aquel hombre! Tenía el *dilettantismo* de lo malo, algo satánico. Él no decía sólo «Piensa mal y acertarás», sino «Obra mal y acertarás». Y él, que era tan egoísta, porque ¡vaya si lo era!, se le ocurre una vez acompañar a una vieja impedida a cruzar de una acera a otra, y, al volver, un

camión le coge y le mata. Quizá fue la única vez que quiso hacer un favor a alguien. Bustamante y yo nos teníamos por rivales en amores, ¡qué ridiculez! Una vez trajo aquí, al café, para demostrar sus conquistas, a dos hermanas, dos cacatúas viejas, feas y mal vestidas... La verdad es que eso de los conquistadores es un mito. En el pueblo de mi madre, adonde solía ir a pasar los veranos, una capital de provincia, no había más que un joven de diecisiete o dieciocho años que tenía una querida joven, bonita y rozagante. Todos envidiábamos a aquel muchacho. Era como una prueba viviente de que existían entre nosotros amores como los de las novelas. Años después, hablando con el antiguo compañero afortunado, me decía: «No; yo no tuve relaciones íntimas con ella.» «¿De verdad?» «De verdad.» «Pues me has fastidiado.» «¿Por qué?» «Porque tú eras para nosotros el representante de todas las aventuras posibles de la juventud.»

Al llegar a la calle de la Luna, esquina a la de Silva, están riñendo dos vendedores de periódicos.

LA VENDEDORA. —¡Anda! ¡Borracho! ¡Indecente!

EL VENDEDOR. —No quiero andar. No me da la gana.

LA VENDEDORA. —¡Anda! Que tenemos que acostamos temprano.

EL VENDEDOR. —No me da la gana.

LA VENDEDORA. —¡Golfo! ¡Granuja! Dame la llave.

EL VENDEDOR. —¿La llave? Ahí la tienes. (*Echa la llave por la boca de una alcantarilla.*)

DON EDUARDO. —Este quema sus naves como Hernán Cortés. Quizá sea lo más prudente.

13. La calle Ancha

Don Eduardo baja por la calle de la Luna a la calle Ancha.

DON EDUARDO. —La verdad, ¡qué final el de los tres amigos! Bustamante, aplastado por un camión. Aquel Coll, tan romántico y tan puntilloso en cuestiones de honor y de caballerosidad, que no podía pasar un día sin ver a su novia, acababa, después de veinte

años de casado, por vivir tranquilamente pared por medio de su mujer, ella con su querido y él con su hija. ¡Qué cosas da la vida! ¡Qué variedad en lo feo! ¡Qué pocas cosas nobles y hermosas! Es triste, pero es así. ¿Será solamente aquí? Probablemente, lo será en todas partes. Más sol, menos sol, un anillo en la nariz o un monóculo en el ojo, poco más o menos igual, cerca del Ecuador o cerca del cabo Norte, en la caverna o en el salón. *Don Eduardo pasa por delante de una buñolería. El churrero trabaja con los brazos desnudos sobre un gran caldero con el aire lleno de humo.* Esto me recuerda uno de mis éxitos: el de la churrería. Una noche, Bustamante, Coll y yo, con la blusa de internos recogida hasta la cintura, fuimos a una buñolería de la calle de Santa Isabel. Estábamos sentados, cuando se presentaron dos muchachas elegantes. Eran dos cómicas del teatro de Variedades; iban con dos gomosos y un viejo sainetero, ronco y cínico, de voz aguardentosa. La más joven de las cómicas trabajaba en una revista que se llamaba *Luces y sombras*; hacía el papel de Bujía y cantaba con una voz de gata:

*De las luces,
soy la que tengo más chic;
soy la Bujía elegante
más afamada en Madrid.*

No podía decir *chic*; tenía que decir *sic*. Se llamaba Pilar González. ¿Qué sería de ella? De estas dos cómicas, una tendría cerca de treinta años; la Pilar era una niña. Bustamante, Coll y yo comenzamos a hablar con ellas y a hacer alarde de nuestra vida de internos y de que hacíamos autopsias en la sala de disección. «¿Son ustedes internos del hospital?» «Sí.» «Es un oficio muy duro.» Yo charlé por los codos de operaciones ementas, sin duda un poco excitado por el alcohol, y en esto, la muchachita, Pilar, me dice con su lengua de trapo: «Llevas una vida muy dura. Si quieres, deja el trabajo y ve a mi casa; vivo en la calle de la Libertad, número tantos. Ahí tienes la llave de mi casa. Espérame» Y me entregó la llave. Yo me quedé asombrado. Un momento después, la de más edad de las dos cómicas me dijo en un aparte: «Deme *usté* la *yave* que le ha *dao* esa. No le haga *usté* caso. Con las novelas que lee está

chalá.» Después no me ha pasado nada parecido. Sin duda era el prestigio de la juventud. Quizá había también en la inclinación rápida de aquella chica un fondo de sadismo.

14. El Palacio de la Sífilis

Don Eduardo sigue andando, y un señor grueso, redondo, con cara de luna, le detiene.

VALENTÍN. —¡Hola, Don Eduardo! ¿Qué tal?

DON EDUARDO. —¡Hola, Valentín!

VALENTÍN. —Hoy andamos por aquí de parranda. Un día es un día. Vamos a tomar una copa, Don Eduardo.

DON EDUARDO. —No me conviene. Los médicos me lo han prohibido.

VALENTÍN. —¿Quién hace caso de los médicos? Usted, seguramente, no. Yo, que soy practicante, tampoco. Vamos a entrar aquí.

DON EDUARDO. —Vamos.

VALENTÍN. —¿Sabe usted cómo llaman a este bar?

DON EDUARDO. —No.

VALENTÍN. —El Palacio de la Sífilis.

DON EDUARDO. —¡Bah! También eso es fantasía.

No habrá aquí más sifilíticos que en otro lado.

VALENTÍN. —Tiene usted razón.

Beben los dos y salen del bar.

DON EDUARDO. —Ahora, ¿qué va usted a hacer?

VALENTÍN. —Ahora voy a poner una inyección a un viejo gotoso.

DON EDUARDO. —¿Y dónde vive?

VALENTÍN. —Vive en la calle de Atocha.

DON EDUARDO. —Tiene usted un buen paseo; le voy a acompañar.

Marchan los dos, charlando, del brazo, a la Puerta del Sol, y en la calle del Príncipe, en un bar, toman unas copas. Llegan a la calle de Atocha, a la casa donde tiene que entrar Valentín, y se la encuentra cerrada. Valentín llama al sereno y después canta.

VALENTÍN.

*Abra usted la puerta,
señora portera,
que vengo del baile*

con la filoxera.

DON EDUARDO. (*Canta también.*)

*Ay, ay, ay, que a mi marido
le gusta el vino,
Ay, ay, ay, y el aguardiente
y el marrasquino.*

VALENTÍN.

*Ay, ay, ay, que a mi marido
le gusta el ron.
Ay, ay, ay, y el aguardiente
y el peleón.*

EL SERENO. (*Que se presenta de pronto.*) —
¡Hola, buenas noches!

VALENTÍN. —¡Hola, sereno!

EL SERENO. —¡Y que está fresquita la noche!
(*Buscando la llave y como si tuviera que
hacer algo difícil.*) Vamos a ver.

DON EDUARDO. (*A Valentín.*) —¿Ya acertará
usted a poner la inyección?

VALENTÍN. —Sí, hombre. Como las propias
rosas. (*El sereno abre la puerta y enciende
en el portal una cerilla larga, que entrega al
practicante.*)

DON EDUARDO. —¡Adiós, Valentín!

VALENTÍN. —¡Adiós, Don Eduardo!

DON EDUARDO. (*Solo.*) —¿Qué hago yo ahora? ¿Adónde voy? A casa, no. Mi mujer no habrá llegado. Al café, tampoco. Si tomase una copa más me emborracharía y daría un mal espectáculo. El caso es que tengo ganas de emborracharme y de olvidar. Todo eso de la insuficiencia no es más que pedantería médica, cosas que decimos nosotros para probar que sabemos algo.

EL YO OSCURO. —Sabes muy bien que eso que dices no es verdad.

DON EDUARDO. —Voy a comprar una botella de coñac y me voy a ir al hospital. Al menos allí me tienen un poco de ley; convidaré al interno. (*Don Eduardo sube hacia la plaza de Antón Martín, y entra en una tienda de comestibles muy iluminada.*) Algunas veces solía venir aquí a comprar galletas inglesas para Eduardito... ¿Por qué se suicidaría aquel chico?... Bueno, bueno, dejemos eso. Estoy recordatorio. Parezco una esquila funeraria.

EL YO OSCURO. —Esa es tu herida, que no podrás

curar nunca.

Don Eduardo coge la botella de coñac, la paga y la mete en el bolsillo del gabán. Luego marcha en dirección del Hospital General.

15. El hospital

Don Eduardo ha entrado en el hospital, ha subido la escalera sombría y ha llegado a su sala. Están el médico de guardia, el interno y el capellán.

EL MÉDICO DE GUARDIA. —¡Hola, Don Eduardo!
¿Qué le pasa a usted?

DON EDUARDO. —Que he tenido que hacer una visita por aquí cerca, y me he traído una botella de coñac.

EL MÉDICO DE GUARDIA. —¡Muy buena idea!

EL CAPELLÁN. —Echaremos una partidita.

DON EDUARDO. —Bueno; ¿de qué?

EL MÉDICO DE GUARDIA. —De tute.

DON EDUARDO. —Vamos allá.

El capellán reparte las cartas.

UN ENFERMERO. (*Entra y se dirige al interno.*) —

A ver si pueden ustedes ir a la sala de locos.
Están armando un escándalo.

EL MÉDICO DE GUARDIA Y EL INTERNO. —Ya vamos.

DON EDUARDO. —Iré con ustedes.

EL CAPELLÁN. —Yo voy a despachar con un enfermo.

EL MÉDICO DE GUARDIA. —No le dé usted muchos pases de muleta.

El médico de guardia, el interno y *Don Eduardo* avanzan por largos corredores hasta la sala de locos, en donde entran.

UN VIEJO LOCO. —Oiga usted, señor médico.

EL MÉDICO DE GUARDIA. —¿Qué pasa?

UN VIEJO LOCO. —Que yo creo que aquí todos son maricas, y está uno en peligro; pero yo, no; yo soy muy hombre, porque he tomado fitina y glicerofosfato de sosa y estoy muy fuerte.

UNA MUJER DESMELENADA. —¡Ja! ¡Ja! Es un viejo asqueroso. ¡Pues no quería agarrarme el pecho!

UN VIEJO LOCO. —Señora, yo no soy viejo; yo tengo veinticinco años y soy joven y estoy

lleno de radiactividad y de fluido magnético, porque he tomado fitina y glicerofosfato de sosa. Si viene usted aquí conmigo tendremos en seguida un chico en veinticinco horas, veinticinco minutos y veinticinco millones de cuarto de segundo.

UNA MUJER JOVEN. (*Con un pañuelo de bolsillo en la cabeza.*) —¡Qué sinvergüenzas, asquerosos! Pero ¿qué se creerán? ¿Que todas somos aquí unas zorras? ¡Qué tíos guarros! ¡Marranos! ¿Qué se creerán? Decir esas palabrotas delante de mí, que soy la emperatriz de Austria, y de Rusia, y de Checoslovaquia, y de la Siberia.

UNA EXTRANJERA. (*Con un sombrero estropeado en la cabeza.*) —Senior... Senior...

EL MÉDICO DE GUARDIA. (*Al enfermero.*) —No pasa nada. Si alguno alborota demasiado, que le den una ducha. Vamos, Don Eduardo, a seguir la partida.

16. Noche de barullo

EL MÉDICO DE GUARDIA. —¿Otra copita? Parece que nos van a dejar en paz. (*Reparte las*

cartas.)

DON EDUARDO. (*Balbuendo y con la cara roja.*) —Hace cuarenta años era yo el interno de la sala de presas; había mecheras, ladronas, estafadoras, comadronas abortadotas...

EL MÉDICO DE GUARDIA. —Como ahora. No se fija usted en el juego, Don Eduardo. Tenía usted veinte en copas.

DON EDUARDO. —¿Qué importa? Entonces la carcelera era la mujer de un novelista por entregas. Yo le decía. «¿Qué, quiere usted un poco de alcohol?» «¿Del de quemar?» «No, del de beber» «Bueno, venga» Y le echaba una copa, y bebía, y se pasaba elegantemente el dorso de la mano por los labios. «Cuando vivía mi pobre marido —me decía— solíamos tener grandes fiestas en casa. Él compraba una botella de coñac, dictaba dos o tres capítulos, y se bebía la botella. Eran otros tiempos», aseguraba ella.

EL CAPELLÁN. —Y lo serían.

EL MÉDICO DE GUARDIA. —Está usted jugando muy mal, Don Eduardo.

DON EDUARDO. —¡Bah! Lo mismo da.

UN MOZO. (*Entrando y dirigiéndose al cura.*) —

El número treinta y siete de la sala segunda se está muriendo. (Al médico de guardia.) Traen un herido.

EL CAPELLÁN. —Bueno; vamos por los arreos de matar.

El médico *de guardia*, el interno y el cura se levantan y salen.

EL MÉDICO DE GUARDIA. —Ahí se queda usted, Don Eduardo; hoy vamos a tener noche de trajín.

DON EDUARDO. —Bueno, por mí no hay que apurarse. Yo soy rata de hospital.

EL INTERNO. —Si tiene usted sueño, se acuesta.

DON EDUARDO. —Vamos a tomar otra copa, ¡qué diablo!

EL MÉDICO DE GUARDIA Y EL INTERNO. —Vamos allá. (*Beben.*)

EL MOZO. (*Tarareando.*) —Si vas a París, papá, cuidado con los apaches.

17. *Procesión de sombras*

Don Eduardo se queda solo.

DON EDUARDO. (*Oye la canción del enfermero.*)

—Eso es muy feo. En mi tiempo se cantaban cosas más divertidas. (*Canta con voz ronca.*)

*Un sietemesino,
que perdió el destino,
a una rica jamona
le juró su fe
y ella, que es jamona,
se desilusiona
cuando en traje de baño lo ve.*

(Don Eduardo, excitado, se levanta y canta de nuevo.)

*Aprendemos en francés a saludar:
Bonsoir, monsieur!
Y sabemos en la pista patinar
con solo un pie.
Si nos manda una incógnita buscar
el profesor
la encontramos en el baile
mucho mejor.*

No sé de dónde era esta canción. Ya no me acuerdo. ¡Hum! La cabeza me da algunas vueltas. (*Se sienta de nuevo, apoya el codo en la mesa y se*

queda un momento turbado.)

EL MOZO. —Qué, ¿se va usted a dormir?

DON EDUARDO. —Sí; es posible que eche un sueñecito.

EL MOZO. —Don Eduardo tiene hoy la gran jumera.

DON EDUARDO. (*Hablando solo.*) —¿Qué pasará esta noche? Todos los antiguos profesores, que yo creía muertos, andan por los pasillos del hospital. Ahí está Letamendi, con sus melenas, Calleja, con su levita, y Calvo y Martín, que nos ha contado por centésima vez que era miliciano nacional cuando Cabrera se presentó a las puertas de Madrid. Don Benito Hernando me ha dicho por lo bajo que eso del arsénico no sirve para nada. Bueno, ¿a mí qué me importa por el arsénico? Vamos a tomar otra copa. Cantaré como Julio Ruiz, ¡pobre! Creo que murió en el hospital. (*Don Eduardo intenta cantar, tose, se mueve en la silla, apoya de nuevo la cabeza en la mano y se queda atónito. Tiene delante al hermano Juan*). Hombre, usted es el hermano Juan. ¿Qué hace usted aquí?

EL HERMANO JUAN. —Aquí estoy, como siempre.

DON EDUARDO. —¿Qué demonio hizo usted, hermano?

EL HERMANO JUAN. —Me fui a la Argentina, y estuve de enfermero...; luego puse un bar.

DON EDUARDO. —Muy buena idea... Y ahora que estamos solos, dígame usted: ¿qué diablo era usted? ¿Místico?... ¿Masoquista?... ¿Invertido?

El hermano Juan se pone un dedo en los labios, y desaparece.

DON EDUARDO. —No quiere decir su secreto.

18. Buena Nochebuena

Don Eduardo apoya de nuevo la cabeza en la mano, y se queda dormido. Comienza a oír a lo lejos la campana de alguna iglesia, en donde tocan para anunciar la misa del gallo.

DON EDUARDO. —¡Qué extrañas voces! No entiendo lo que me dicen. ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Que no murió el chico mío?

LA VOZ. (*Como un trueno.*) —No.

DON EDUARDO. —Me quitan un peso terrible de

encima.

LA VOZ DE EDUARDITO. —¡Hola, papá! Aquí estoy.

DON EDUARDO. —¿Así que vives? ¿Vives?

LA VOZ DE EDUARDITO. —Sí.

EL YO OSCURO. —Es una ilusión auditiva.

DON EDUARDO. —Quería preguntarle, ¿por qué se suicidó?... Pero si no se suicidó, la pregunta es estúpida. Nada, nada; no tengo ningún pesar, no tengo ninguna tristeza. La euforia... la euforia... ¡Qué música magnífica! ¡Qué *allegro* admirable! ¡Pero si es el pianista del café del Siglo; es el mismo! ¡Qué estado admirable! Esta es la euforia, la ataraxia.

EL YO OSCURO. —Esto es la muerte, son las fantasías del delirio.

Delante de Don Eduardo se abre un gran teatro lleno de luces, rojo y dorado, en donde aparecen una porción de personajes con trajes brillantes.

DON EDUARDO. —Esto es como una de las revistas de mi tiempo.

EL YO OSCURO. —Es el índice de nuestra vida,

Finís.

DON EDUARDO. —Hombre, Fifi que canta.

FIFÍ. (*Que aparece elegantemente vestida y se pone a cantar.*)

*Hier, voyant l'chien d'une viell' dame,
Vêtu d'un pal'tot flambant
Je dis: A votr' toutou, madame,
Il manqu' quelque chose assurément:
Il n'a pas de parapluie;
Ça va bien quand il fait beau;
Mais, quand il tombe de la pluie,
Il est trompé jusqu'aux os.*

DON EDUARDO. —Muy bien, Fifi. ¡Muy bien!
Estás como en tus buenos tiempos. Y ahora,
¿quién viene ahora? Pero ¡hombre!, si es Julio
Ruiz con su capa en *Los trasnochadores*.

Julio Ruiz, de albañil madrileño y jugando con la
capa, canta con voz ronca.

JULIO RUIZ.

*He dejado a la parienta
dormida en el piso quinto
y daremos una tienta
al vino tinto.*

*Yo me atraco de legumbres
y padezco de calambres,
y me curo con fiambres
y un par de azumbres.
Y aunque diga un mal amigo
que beber me causa estrago,
yo contesto: «Habiendo trigo,
venga otro trago.»*

Julio Ruiz hace una porción de juegos con la capa, hasta que se emboza en ella, y se va.

DON EDUARDO. —¡Bravo Julio! Está como en sus buenos tiempos. ¿Quién sale ahora? La González. Pilar González, mi conquista.

LA GONZÁLEZ. (*Cantando.*)

*De las luces
soy la que tengo más chic,
soy la Bujía elegante
más afamada en Madrid.*

DON EDUARDO. —No ha aprendido a decir *chic* todavía. Tenía la lengua de trapo. ¿Y esta otra que viene? Si es la Montes. ¡Qué guapetona! ¡Qué entusiasmo nos producía!

LA MONTES.

Una niña que tenía amores

*con un cabo de guarnición,
con tal fuego tomaba la cosa,
que aquel cabo se la consumió.*

EL YO OSCURO. —Todo esto es bastante grosero.

DON EDUARDO. —¡Qué importa! Es la juventud.

Ahora el coro de marineritos del Retiro, de
La Gran Vía.

LOS MARINERITOS. —Cruza el marino, con ánimo
sereno...

EL YO OSCURO. —Esto no vale nada.

DON EDUARDO. —Ahora, *el Canene* del café
Imperial.

EL CANENE.

*La muerte del Espartero
en Seviya causó espanto;
desde Madrid lo traheron,
desde Madrid lo traheron,
hasta el mismo campo santo...*

DON EDUARDO. —Que toquen otra cosa. La
romanza de la flor, de *Carmen*,..., el vals de
La bohemia.

EL YO OSCURO. —Todo muy acaramelado.

DON EDUARDO. —Ahora, el canto de la
primavera, de *La Valkiria.* ¡Qué bonito! ¡Qué

romántico!

EL YO OSCURO. —Podría ser de una zarzuela.

DON EDUARDO. —No, ¡ca! Es magnífico.

EL YO OSCURO. —¿Y eso ha sido tu vida? ¿Nada más? ¡Qué miseria! ¡Qué vida más insignificante!

Don Eduardo está ahora delante de la pantalla de un cinematógrafo, y un monigote va escribiendo estas palabras: «Nada, Niente, Ríen, Nihil, Nitchevo, Nichts.» En esto, el cuerpo de Don Eduardo se contrae, y la cabeza cae sobre la mesa.

19. Se acabó

Entran el médico de guardia, el capellán, el Interno y el Enfermero.

EL MÉDICO DE GUARDIA. —¡Eh, Don Eduardo!
Está frío. ¿Qué le pasa a este hombre?

EL ENFERMERO. —*Na*, que la ha *diñao*.

EL CAPELLÁN. —Vamos a ver si se puede hacer algo por él.

EL ENFERMERO. (*Riendo.*) —Únicamente la autopsia.

EL INTERNO. —¡Pobre hombre! Era una buena
persona.

LA DAMA DE URTUBI

1. Prólogo

—Hace ya muchos años —me dijo el médico de Yanci—, por las fiestas de Urruña, fui a visitar a los Dasconaguerre, unos amigos que tengo en este pueblecito vasco-francés.

Me invitaron, como de costumbre, a comer. La comida fue larga, abundante, buena para estómagos de triple fondo. Se comió, se bebió y se cantó de lo lindo. Tenía a mi lado, en la mesa, a un cura jovencito, que me propuso, para disipar los vapores de la digestión, dar un paseo hacia San Juan de Luz.

Acepté; salimos de la casa y fuimos andando por la carretera.

El cura me pareció hombre simpático, amable, jovial, tolerante; era organista de Sara y se llamaba Duhalde d'Harismendy. Más que por un cura de pueblo, se le hubiera tomado por un abate de gran ciudad, heredero de aquellos abates cultos y galantes del siglo XVIII.

Duhalde d'Harismendy me estuvo hablando de sus trabajos históricos, de las dificultades que encontraba para llevarlos a cabo y de las

disquisiciones antropológicas acerca de los vascos, que le interesaban y le confundían.

Al avanzar por la carretera de Urruña a San Juan de Luz y pasar por delante del castillo de Urtubi, Duhalde d'Harismendy me dijo:

—Ahí tiene usted uno de los pocos castillos que tenemos en nuestra tierra de Labourd. Este castillo y el de Saint-Pée son los únicos que quedan en el país.

—Pero esto parece moderno —advertí yo.

—Sí; es un castillo derruido y reedificado varias veces; pero de fundación antigua. En el año mil ciento setenta aparece ya en nuestras crónicas un castillo de Urtubi; en el siglo catorce se habla en el catálogo de Thomas Carte de una torre almenada y fortificada de los Urtubis. Esta torre y sus dependencias fueron quemadas a mediados del siglo dieciséis por los españoles que entraron en Francia a las órdenes de Sancho de Leiva. De la antigua construcción sólo queda esta muralla del Norte, cubierta de hiedra.

—¿Y estos Urtubis eran señores feudales? —pregunté al abate.

—No; los vascos no hemos aceptado el feudalismo jamás. Eran gentes de influencia por sus relaciones y por sus parentescos. Los Urtubis tenían acción en España y ejercían el mando hereditario de

un torreón levantado a orillas del Bidasoa, del cual ya no quedan vestigios.

Estuvimos contemplando el abate y yo el castillo y el magnífico parque próximo.

—Si quiere usted, entraremos —me dijo él—; conozco al actual propietario.

—No, gracias. Se me puede hacer tarde, y quiero volver al pueblo para la noche.

—¿Vuelve usted ahora?

—Sí.

—¿Por Vera o por Echalar?

—Voy por Vera.

—Iremos juntos hasta el crucero.

Volvimos los dos a Urruña, nos despedimos de nuestro anfitrión, Dasconaguerre, y, a caballo, emprendimos el camino de retorno.

Hablamos el abate de Sara y yo de una porción de cosas, y, entre ellas, de la fama de brujería que goza una parte de Navarra, sobre todo los alrededores de Zugarramurdi.

—Sí, en toda esta comarca ha habido brujas —me dijo Duhalde d'Harismendy—, y lo más curioso es que muchos centros de brujería estaban en las iglesias. La iglesia de Urdax, la de San Juan de Luz, la capilla del Espíritu Santo, del monte Larrun, y otros establecimientos religiosos, eran focos de

brujería.

—Y ¿qué era esta brujería? —pregunté yo.

—Pues no lo sé. He leído varios procesos, entre ellos el de Logroño, que trae Llorente en la *Historia crítica de la Inquisición*, y el de San Juan de Luz, que está contado con detalles en el libro de Pierre de Lancre titulado *Cuadro de la inconstancia de los malos ángeles y demonios*, y no he podido formar una idea clara del asunto. Había, indudablemente, en esta brujería reminiscencias de cultos antiguos, mezclados con prácticas de sortilegios traídos de Bearn. Lo que hace más confusos los procesos es, sin duda, que los jueces españoles y franceses no sabían vascuence, ni los procesados francés ni español.

—Entonces es muy difícil que se entendieran.

—¡Figúrese usted unos jueces severos y supersticiosos, capaces de dar crédito a los mayores disparates, y unos procesados llenos de susto y sobresalto, dispuestos a afirmar cualquier cosa si los perdonaban!

—Sí; se explica que el asunto quedara enmarañado.

—Por cierto, tengo una pequeña historia de brujería en que aparece una señorita de Urtubi de ese castillo que hemos visto en nuestro paseo.

—¿Antigua?

—No muy antigua. Está escrita por un militar retirado, un tal Domaldeguy, que vivió en Sara y fue soldado con Latour d’Auvergne, en tiempo de la Revolución. Usted sabrá que Latour d’Auvergne, además de ser el primer granadero de la República francesa, fue un iniciador de los estudios regionales. Pues bien: Domaldeguy se contó entre sus discípulos. A juzgar por una nota, Domaldeguy pensaba poner su relato en vascuence y enviárselo al ex ministro Garat, cuando este vivía retirado en su finca de Ustaritz. Si le interesa a usted la historia, alguna vez que vaya usted por Sara recuérdemelo, y se la daré para leer.

Llegamos el abate y yo a la bifurcación del camino y él torció a la izquierda, siguiendo la carretera, y yo me dirigí a remontar el alto de Ibardin.

Dos años después, en tiempo de las fiestas del pueblo, por la Navidad, iba yo a Sara montado a caballo.

No había entrado nunca en Francia por esta parte. Pregunté aquí y allá y fui siguiendo el curso de un arroyo por una angosta cañada.

Al salir a Francia me dio la impresión de que había recorrido un largo camino, no hacia el Norte, sino hacia el Mediodía.

Era para mí una gran sorpresa, marchando de los

valles estrechos y fríos de la montaña de Navarra, al salir a Sara, ver el campo llano, el cielo claro, las viñas en los oteros, y los arroyos secos y pedregosos.

Al llegar al pueblo entré en una fonda muy arreglada, y, después de comer, pregunté por el abate Duhalde d'Harismendy.

Todo el mundo le conocía, y todo el mundo hablaba de él sonriendo.

Me dijeron que estaría en la casa parroquial, y me indicaron esta. Se hallaba al lado de la iglesia y cerca del campo santo, en medio del pueblo.

Subí al presbiterio.

Duhalde d'Harismendy estaba en un gran salón tocando el armonio y cantando a coro con diez o doce chiquillos.

—Ya sé a qué viene usted —me dijo al verme—: por la historia del capitán Domaldeguy.

—Sí.

—Pues se la voy a traer. Si quiere usted, puede llevársela. Me la devuelve cuando le parezca. Y perdone usted que no le pueda atender. Ha venido usted el día que estoy más atareado de todo el año.

El abate registró un armario de su biblioteca, mientras yo miraba desde el balcón el cementerio del pueblo, con sus cruces, sus lápidas y sus piedras redondas e irradiadas, símbolo del sol que los

vascos ponen en las tumbas. Duhalde sacó un cuaderno de papel de hilo y me lo dio.

—No tengo prisa. Puede usted tenerlo el tiempo que quiera —dijo.

—Bueno —advertí yo—, no le molesto más. Siga usted con su coro.

—Perdone usted —replicó él, sonriendo—. Tenemos de huésped al maestro de capilla de la catedral de Bayona, y queremos lucimos un poco.

Me despedí del abate, salí a la plaza y estuve un momento mirando el cementerio y oyendo el rumor de la música y el canto de los discípulos del abate Duhalde.

Al anochecer, cuando comenzaba el baile, en compañía de una pareja campesina salí de Sara.

Unos días después leía y copiaba en mi casa la historia escrita por el capitán Domaldeguy, que es esta que viene a continuación.

2. Los señores de Urtubi

Aunque varias veces demolido y reconstruido otras tantas, el castillo de Urtubi, que se encuentra entre Urruña y San Juan de Luz, es uno de los más viejos del país labortano. Su posición, en la misma frontera, hizo que en el período de guerras entre

españoles y franceses lo atacaran con gran frecuencia.

En el tiempo que nos ocupa —principio del siglo XVII—, Urtubi acababa de ser edificado de nuevo y adornado y robustecido por la parte de la entrada que da a la carretera, con dos gruesas torres de mampostería terminadas en cónicos tejados.

Urtubi era entonces una finca agradable y amena; su magnífico parque sus bellísimas fuentes sus variados alrededores unidos a su situación le hacían un lugar de esparcimiento y de recreo. Los varones del castillo tenían a poca distancia el monte y la orilla del mar, podían navegar en barca por la Nivelles y, alejándose un poco, pasear por el lago de Mouriscot.

La familia de Urtubi era muy antigua en la comarca; entre sus primeros jefes, el título había pasado por nombre; luego por extinción de la línea directa, cambiaron varias veces de apellido. En los siglos XV y XVI, los varones de Urtubi se llamaban Alzate, y tenían parentesco con los Alzate de Vera de Navarra y de San Juan de Pie de Puerto. El dueño del castillo, en 1608, Tristán de Urtubi, contaba por entonces de cincuenta a sesenta años, y vivía en compañía de su sobrina Leonor Alzate Urtubi; era

viudo, no tenía hijos de su mujer; pero toda la comarca sabía que los tenía naturales, y que uno de ellos, mosquetero del rey, le daba grandes disgustos. Tristán de Urtubi se mostraba abierto, expansivo y benévolo; su educación y sus lecturas le daban un carácter de transigencia y de comprensión; Urtubi, educado en la corte de Navarra, entre hugonotes, incrédulos y paganizantes, había sido soldado, había conocido al bearnés cuando este era mozo, y fue luego uno de sus amigos y de sus compañeros en la guerra.

En su juventud, Urtubi se manifestó alegre, animado y decidido. La corte de Navarra, en donde se mezclaban las intrigas políticas y de amor con los juegos violentos y las discusiones filosóficas, fue el medio donde se desarrolló.

Al triunfar Enrique IV y sentarse en el trono de Francia, Urtubi se trasladó a París. Pronto se cansó del Louvre y de la vida cortesana.

Se hallaba desilusionado, entristecido por la muerte de su mujer, y enfermo de gota, y decidió retirarse a su castillo.

El barón Tristán llevó a vivir en su compañía a su sobrina Leonor, que era entonces una niña; le puso dos ayas, nombró una criada con atribuciones de ama de llaves para la dirección de la casa, y él se dedicó

a pasear y a pedir a Bayona los libros que había oído eran interesantes y dignos de ser leídos por un hombre ilustrado.

Urtubi no sabía apenas el latín, y tuvo que prescindir de lo escrito en este idioma; en cambio, conocía medianamente el italiano y el español.

Poco a poco fueron llegando a su casa, magníficamente impresas en París, en Amberes y en Ámsterdam, las obras de Montaigne, de Rabelais de Clemente Marot; las traducciones de Plutarco hechas por Amyot, y lo mejor de la literatura italiana y española: Ariosto, Maquiavelo, el Tasso, Hurtado de Mendoza, Lope de Vega y Cervantes.

Urtubi, al principio, tuvo que hacer un esfuerzo grande de atención para leer con asiduidad; pero llegó a encontrar sabor a la lectura. *El Quijote* le apasionó y lo discutió con sus amigos. Rabelais lo leía a trozos, y celebraba a carcajadas la risa cínica y brutal del padre de Gargantúa y de Pantagruel. Leía también el barón, con frecuencia, los cuentos alegres de Buenaventura des Periers, secretario e imitador en literatura de la reina de Navarra, cuentos que, si no tenían un gran mérito, eran para Urtubi interesantísimos, porque conocía las intrigas y los personajes que habían servido de modelo para escribirlos.

Urtubi, engolfado en la erudición, lamentó la esterilidad de su vida pasada. Experimentaba un gran sentimiento al pensar que hacía años había hablado con Miguel de Montaigne, entonces alcalde de Burdeos, como con un señor cualquiera, sin rendirle homenaje ni pedirle consejos. Proponiéndose entrar en relaciones con personas cultas, escribió a su antiguo amigo el hugonote Agrippa d'Aubigné, quien le contestó alentándole a persistir en el trabajo y en el estudio. El barón siguió cultivando la amistad y la correspondencia con Agrippa, aunque los consejos austeros del hugonote, a veces, le hacían sonreír.

«Nuestros defectos y nuestras debilidades están dentro de la naturaleza humana», decía sonriendo.

En esta época, Urtubi tenía ya aire de viejo, la cara arrugada y el pelo y la barba canosos. Era de mediana estatura, los ojos azules grises, muy brillantes, el color sano y el aire sonriente.

Cuando sufría accesos de gota, gritaba, se desesperaba y blasfemaba. Luego decía a su sobrina.

—No me hagáis caso; cuando me duele mucho el pie, aparece en mí el soldado.

Leonor de Alzate, la sobrina del barón, la dama de Urtubi, era una mujer muy elegante, de mediana estatura, esbelta, el pelo rubio castaño, los ojos azules y el óvalo de la cara alargado.

Leonor era muy querida por todos los que estaban a su alrededor; tenía un gran encanto, una gracia fugitiva, de pájaro; se manifestaba muy cariñosa con la gente, y aunque no podía pasar por una belleza, los vecinos del castillo, campesinos y caballeros, aseguraban, convencidos, que no había en todo el país labortano una mujer como la dama de Urtubi.

Leonor llevaba una vida animada y alegre; paseaba a caballo en compañía de algunas amigas y de algunos hidalgos de los contornos y acudía a todas las fiestas que se daban desde el curso del Nive hasta el Bidasoa.

—Diviértete lo que puedas —le decía el barón.

La educación de la señorita de Urtubi había sido corriente en la época. De niña había estado en un colegio de Bayona, donde las monjas le enseñaron algunas labores y le imbuyeron un misticismo un tanto ñoño. El carácter de Leonor no se había desarrollado, y sus amigas le acusaban de versátil y de informal.

Urtubi, que quería contrarrestar la influencia monjil del convento, leía, a veces, a su sobrina trozos del *Heptamerón*, de la reina Margarita de Navarra, o de la vida de las damas galantes de Pedro de Bourdeilles, abate de Brantôme, a quien Urtubi estimaba como a gascón y como a soldado.

Leonor no aceptaba sin protesta la lectura de estas páginas licenciosas, y el barón tenía que dar explicaciones a su sobrina.

—Querida hija mía —le decía—: eres una diosa; vives en las estrellas o, por lo menos, en las nubes; conviene que vayas poniendo los pies en tierra, no vayas a dar el mejor día el gran batacazo. Prefiero que seas una amazona atrevida y audaz que no una Santa Nitouche.

Leonor había tenido muchos pretendientes.

—Mi sobrina guarda en un catálogo en folio los nombres de sus enamorados —decía Urtubi riendo.

Leonor consideraba como condición indispensable para casarse el estar enamorada. Uno de sus pretendientes había sido el heredero del castillo de Saint-Pée.

El joven Saint-Pée era de familia acomodada. Su apellido y su torre eran tan antiguos como los de Urtubi, y aparecían en las crónicas del Labourd en épocas muy lejanas.

El matrimonio era proporcionado; pero Leonor vaciló. El joven Saint-Pée tenía un aire avieso. Se decía que era un calavera, y algunos lo tenían por un hombre de mala sangre.

Una vieja niñera de Leonor, la Andre Anthoni le dijo a su señorita que no debía casarse con Saint-

Pée, porque estos habían sido siempre enemigos de la familia de Alzate. Leonor preguntó a su tío qué había de verdad en esta aserción.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó Urtubi.

—Mi niñera, la Andre Anthoni.

—Es extraño. Sin duda se conserva en el pueblo el recuerdo de la rivalidad de las dos familias. Pues sí, es cierto. Los Urtubis y los Saint-Pée fueron antiguamente enemigos encarnizados. Se disputaban la dirección del Labourd. Mis antepasados y los tuyos, que tenían su apellido, Alzate, lucharon repetidas veces con los Saint-Pée. Los Alzates contábamos con partidarios en la parte de allá de los Pirineos; don Rodrigo de Alzate, patrono del barrio que lleva su nombre en Vera de Navarra, era uno de nuestros aliados. Teníamos también derecho a ocupar y guarnecer un torreón fortificado en el Bidasoa. Al iniciarse en el país vasco-español la guerra de los linajes, la política hizo que nosotros nos uniéramos con el bando gamboíno y los Saint-Pée con el oñacino. En 1413, un Saint-Pée mató a un Alzate, señor de Urtubi, a traición, según nuestras crónicas; los de Urtubi, reunidos con hombres de solares amigos y con el capitán Femando de Gamboa, que vino de Guipúzcoa, avanzaron hasta Saint-Pée a sangre y a fuego; pero a la vuelta cayeron en una

emboscada, y murieron asaetados casi todos los nuestros, entre ellos Fernando de Gamboa. Al desaparecer en Francia la influencia española, se extinguió la rivalidad entre oñacinos y gamboinos, y en 1514, época en que Luis de Alzate, barón de Urtubi, era copero de Luis XII y su bailío en el Labourd, las dos familias se reconciliaron y se olvidaron los antiguos resentimientos. No creo — terminó diciendo el barón— que estos motivos históricos sean causa bastante para que no quieras casarte con Saint-Pée.

—Algo es este resentimiento antiguo —dijo Leonor—; pero hay, además otros indicios. —La dama de Urtubi hizo que sus criadas se enteraran de la vida que hacía su pretendiente. Por lo que contaron, el joven Saint-Pée, con dos o tres perdidos que le ayudaban en sus conquistas, se dedicaba a engañar a las muchachas de los contornos, llevándolas a los aquelarres y abusando de ellas.

En vista de estos informes, Leonor rompió definitivamente con Saint-Pée; no quería que le hablaran del noviazgo, y se encerró unos días en su casa.

Leonor no era completamente feliz; le faltaba algo; no soñaba con los triunfos de la corte ni con la vida de la gran ciudad; no aspiraba más que a

encontrar un hombre que la quisiera y la protegiera.

La dama de Urtubi tenía la preocupación de ser española; se creía apasionada, un poco mística; consideraba los caballeros franceses demasiado brillantes y superficiales; creía que quizá en España hubiera hallado un hombre más serio, más ardiente, más como ella lo soñaba.

3. *La secta de las sorgiñak*^[5]

Desde hacía algún tiempo, todos los rincones de la tierra labortana y navarra estaban llenos de *sorgiñak*. En las dos vertientes del Pirineo vasco, desde Fuenterrabía hasta el Roncal y desde Bearn hasta Hendaya, las hechiceras imperaban, mandaban, curaban y hacían sortilegios.

¿Qué eran estas *sorgiñak*? ¿De dónde procedía su ciencia y su poder?

Para algunos, era la suya la clásica brujería de los romanos, llegada al país vasco por intermedio del Bearn; para otros, tenía esta secta reminiscencias de antiguas prácticas religiosas de los *euskaldunes*^[6].

Como en todas las zonas selváticas de Europa no dominadas por la ideología del semitismo en el país vasco existía un culto en donde la mujer era sacerdotisa: la *sorgiña*. En las religiones africanas

nacidas en el desierto, el hombre es el único oficiante, el profeta, el salvador, el mesías el *mahdi*. La mujer está relegada al harén, la mujer es un vaso de impurezas, la mujer es un peligro; en cambio, en las regiones de las selvas europeas la mujer triunfa, es médica, agorera, iluminada; se sienta sobre el sagrado trípode, habla en nombre de la divinidad y se exalta hasta la profecía.

En los cultos semíticos, la mujer aparece siempre proscrita de los altares, siempre pasiva e inferior al hombre; en cambio, en las religiones primitivas de los europeos, aun en aquellas más pobres y menos pomposas, aparece la mujer grande y triunfadora. En la vida resplandeciente de los griegos es sacerdotisa y sibila; en la vida oscura y humilde de los vascos es *sorgiña*.

La hostilidad del semita por la mujer se advierte en los primeros cristianos; para los evangelistas, María tiene una importancia secundaria; en el suplicio de Cristo no se indica su presencia en las relaciones de San Mateo, de San Lucas ni de San Marcos; ninguno de ellos habla de sus dolores de Madre, ni cita la fecha de su muerte.

Estos primeros cristianos, de raza judía, no tuvieron, no pudieron tener el culto de la Virgen; fue necesario que el cristianismo tomara carácter

europeo, se injertara en una raza politeísta, que había adorado a Venus, a Ceres y a Minerva, para que glorificase a la Madre de Dios.

En los aquelarres vascos se adoraba al macho cabrío negro, al *Akerra*. ¿Quién era *este Akerra*? ¿Qué filiación tenía? No era, seguramente, este macho cabrío un personaje sin tradición. Ya entre los egipcios y los griegos, Pan y Baco tomaban las formas del gran chivo; los indios lo adoraban en la cueva de Mendes; los antiguos persas sabían las relaciones estrechas que hay entre los demonios y las cabras.

Maimónides afirma que el culto del macho cabrío formaba parte del sabeísmo, de la religión de los astros y de la Naturaleza. Thor, dios escandinavo, marchaba en su carro tirado por chivos. En época racionalista se hubiera visto en este macho cabrío negro un mito cosmogónico; en época de fanatismo y de estupidez, se veía en él, como en todo, a Satán. El macho cabrío era animal fantástico y caprichoso; el jesuita Martín del Río acepta como un hecho probado que Lutero era hijo de una bruja y de un chivo. Hubiera sido curioso, si Lutero hubiera podido conocer el libro de Martín del Río, preguntarle al grande y colérico reformador alemán de quién creía que era hijo el jesuita.

Al principio del siglo XVII, la secta de las *sorgiñak* tomaba un incremento extraordinario en el Labourd, el Bearn y Navarra; poco después, el Gobierno español y el francés tenían que tomar cartas en el asunto, y los inquisidores de Logroño juzgaban a los brujos de Zugarramurdi y el juez de Burdeos, Pierre de Lancre, enjuiciaba a los de San Juan de Luz.

Los inquisidores españoles cargaron el proceso con detalles cómicos y ridículos, y fueron benignos en sus sentencias; el juez de Burdeos, elegante y melodramático, se mostró más duro. Los inquisidores de Logroño aparecieron tales como eran: unos buenos frailes burdos, crédulos torpes, sin malicia y sin inteligencia. Monsieur de Lancre se manifestó como un hombre de mundo y como un magistrado cruel.

En esta época, la secta de las *sorgiñak* había prosperado mucho; las damas más bellas lo eran; muchas señoras de San Juan de Luz, de Urruña, de Saint-Pée y de Sara no se recataban en confesarlo. Sus reuniones, sus *batzarres*, eran grandes mascaradas y bailes a manera de pastorales suletinas, adonde iban las personas más importantes del país, con la cara cubierta por un antifaz. Ni aun los mismos que asistían a ellas tenían idea clara de lo que

ocurría; unos las pintaban como fiestas alegres; otros, como espectáculos horribles, en donde se evocaba a los muertos y se practicaban extraños ritos de necromancia.

Señalando el progreso de los aquelarres, dice el magistrado Lancre: «No se veían antes en ellos más que idiotas de las Landas; hoy, acuden gentes de calidad.»

«Es asombroso —añade el mismo— el número de demonios y de hechiceros que hay en el país de Labourd.»

¿Qué causa podía haber producido esta inusitada aglomeración de diablos? El señor de Lancre, hombre perspicaz, a su modo, da la siguiente explicación.

Según él, los misioneros de las Indias y del Japón han echado de estos países a los espíritus malignos, y los espíritus malignos se han refugiado en la tierra vasca.

¿Por qué habían elegido el Labourd, y no la Gascuña, el Armañac o la Turena?

Este era uno de los secretos del señor de Lancre.

«El caso es —dice el magistrado, reforzando su argumentación— que muchos ingleses, escoceses y otros viajeros que vienen a cargar vinos a esta ciudad de Burdeos, nos han asegurado haber visto durante su

viaje tropas de demonios en formas de hombres espantosos, que pasan a Francia.»

Después de señalar el probable origen de los malos espíritus, el señor de Lancre indaga los motivos del por qué en el Labourd se ha fomentado esta maldita casta, y dice, refiriéndose a los vascos:

«Son gente que andan a gusto de noche, como las lechuzas; son amantes de las veladas y de la danza, y no de la danza reposada y grave, sino de la agitada y turbulenta.»

El señor de Lancre, bordelés, que sabía hermanar la obligación con el placer y que tocaba el laúd en los entreactos de los juicios, y hasta hacía bailar a las *sorgiñak* en su presencia antes de mandarlas quemar, define así a las mujeres labortanas:

«Son ligeras y movedizas de cuerpo y de espíritu, prontas y animadas en todas sus acciones, teniendo siempre un pie en el aire, y, como se dice, la cabeza cerca del gorro...»

«En fin, es un país de manzanas: las mujeres no comen más que manzanas, no beben más que jugo de manzanas; lo que da ocasión a que muerdan tan a menudo la manzana prohibida»

El señor de Lancre era un humorista injerto en un inquisidor; la hoguera, el laúd y la pluma constituían sus medios de convencimiento.

La secta de las *sorgiñak* vascas tenía algunos caracteres comunes a la brujería general y muchas particularidades especiales. Las *sorgiñak* no celebraban el sábado, sino otros días de la semana, sobre todo aquellos de grandes solemnidades en la iglesia.

Hubo tiempo en que se respetaba y se temía a las *sorgiñak*. En Navarra, como en el Labourd, todo el mundo iba a sus conciliábulos, que en Navarra se celebraban en prados, cuevas y sitios rústicos, y en el Labourd, en caseríos y en castillos.

¿Qué impulsaba a las gentes a asistir a estas reuniones, a estos aquelarres? A unos la promesa de bacanales y de placeres, de orgías y de bailes desenfrenados; a otros, la inclinación por lo maravilloso. Algunos acudían a la cita a recoger de manos de una hechicera el filtro para hacerse amar; el conjuro o el veneno para vengarse. Los pobres los desgraciados, locos de hambre, de desesperación y de rabia, iban a los aquelarres a insultar impunemente al rey, a la Iglesia y a los poderosos...

Quizá era este, el de la protesta social el aspecto más hondo de las sectas de los brujos. Así la brujería francesa se complicó con la Jacquería a mediados del siglo XIV, y se hizo anárquica y revolucionaria.

La brujería, que era rebelde a la Iglesia y al

poder, tenía defensores en las clases acomodadas, que creían en los conocimientos médicos de las *sorgiñak*.

En Navarra, las razas despreciadas, los agotes del Baztán, los húngaros y los gitanos, se acogían a ella, y las cuevas en donde las viejas hechiceras hacían sus ungüentos y sus elixires, eran refugio de los perseguidos por la justicia y de los despreciados por el pueblo.

Y en el fondo de estos cultos extravagantes y bárbaros, latía un anhelo de fraternidad humana quizá mayor que en las iglesias solemnes y pomposas, llenas de oro y pedrerías.

4. La ferrería de Olaundi

La ferrería de Olaundi estaba a orillas del Bidasoa, en la confluencia del río con un arroyo que bajaba del monte. Olaundi se encontraba en un sitio húmedo y hundido; era una ferrería antigua, vasta y en parte derruida. De lejos parecía un castillo con varias torres; tenía una presa, en donde se embalsaba el agua del arroyo; un antiguo taller arruinado, del que no quedaban más que unas enormes columnas de piedra gigantes, que nacían entre hierbajos; dos grandes chimeneas y varios murallones negros

cubiertos de una vegetación parásita. Allí la hiedra y los helechos, la hierba del pordiosero y el yaro, el asfódelo, la ortiga y la parietaria, dominaban de tal modo, que las cercas, las paredes y los troncos de los árboles próximos estaban cubiertos de un verde profundo. Los viejos tejados de la ferrería, tachonados por las manchas redondas de los líquenes, tenían tonos de oro y de plata.

Durante el invierno, entre las lianas de la flora parásita, marchita por los fríos, a nivel del agua, se veían dos grandes arcos ojivales que las gentes miraban como obra del diablo. Olaundi no tenía vecino alguno; únicamente a poca distancia, se levantaba una ermita, abandonada desde que habían matado al ermitaño.

Antón de Jaxu, padre, y Antón de Jaxu, hijo, los dueños de la ferrería de Olaundi eran grandes forjadores. Metidos en aquel vasto edificio lóbrego lleno de ratas, que subían del río y de las arañas, que entraban por todas partes, los dos Antonos trabajaban constantemente.

Era difícil pasar cerca de Olaundi, de día o de noche, sin oír el soplo asmático del fuelle de la fragua y la sinfonía de martillazos que brotaban de ella.

El tin-tin de los martillos de los dos Antonos

llenaba el aire silencioso desde que salía el sol hasta mucho después que se ponía. Algunos aseguraban que los Antones martillaban tan fuerte para asustar a las ratas, que les disputaban sus dominios. Así, las gentes de mala intención llegan a desprestigiar las más altas virtudes.

Los domingos, los dos ferrones que no querían, sin duda, alejarse de su casa, pescaban en el río.

Una mañana de junio, en que Antón de Jaxu, hijo, trabajaba en su fragua, se presentó en ella un joven vestido como un caballero de ciudad. Era un muchacho que había venido de las Indias y que se llamaba Machain. Miguel Machain, nacido en un caserío de las orillas del Bidasoa, había sido compañero de la infancia de Antón de Jaxu. Miguel, dejando el caserío a los catorce años de edad, marchó a Francia, país en donde estuvo algún tiempo, y desde el cual partió para las Indias.

Al entrar Miguel en la fragua de Jaxu no conoció al herrero; en cambio, este reconoció en seguida a Miguel Machain. Era Machain un mozo de unos veinticuatro años, alto, esbelto, de ojos garzos y pelo castaño; vestía traje negro, pequeña gorguera blanca y capa parda.

—Maestro —dijo Machain en vascuence.

—¿Qué quieres? —preguntó Jaxu.

—Tengo una espada que le falta la guarda.
¿Podrías ponérmela?

—Veamos.

Machain sacó una larga espada de dos filos de debajo de la capa; el acero se doblaba como un junco, el puño estaba preciosamente labrado.

Jaxu tomó el arma, la examinó con detención y la tendió a Machain.

—¿No se puede componer? —preguntó este.

—Según —dijo Jaxu.

Machain le interrogó con los ojos.

—Si esta espada es para ti una joya —dijo el forjador— y quieres que nosotros le pongamos la guarda de tal manera que no se note la compostura, eso no lo sabemos hacer.

—Quiero, principalmente, que esta espada me sirva —dijo Machain.

—Entonces vuelve dentro de dos días y estará compuesta.

Miguel Machain salió de la herrería de Olaundi, y al marchar por el camino oía el tin-tan del martillo de Jaxu, que seguía, sin parar, sonando en la fragua.

5. Errotabide, el guipuzcoano

Dos días después, en la misma herrería mientras

los Jaxu, padre e hijo, trabajaban, había en la fragua un grupo de varios campesinos, y entre ellos una mujer, que escuchaba a un hombre alto, seco, de ojos azules y de pelo rubio ya canoso. Este hombre era Errotabide.

Errotabide había ido a recoger la espada dejada en Olaundi por Machain, y hablaba de este como de un amigo.

—Ese mozo parece que tiene muchas ambiciones —dijo Jaxu, padre—; le han querido casar con la hija de Navasture, y no quiere.

Errotabide sonrió.

—Claro que no quiere.

—Y ¿por qué? ¿Qué más puede desear ese muchacho?

—Ese muchacho —replicó Errotabide— aspira a casarse con la sobrina del barón de Urtubi, de Urruña.

—Eso es imposible —dijeron los Antones.

—¿Por qué?

—Machain no es noble.

—Es un soldado. Los Machain pueden ser tan antiguos como los Urtubis.

—¿Y se quieren la señorita de Urtubi y Machain?
—preguntó Jaxu el joven.

—Sí —contestó Errotabide—; cuando Machain

salió de su casa estuvo de pastor en Urtubi durante dos años; allí conoció a la sobrina del barón, se enamoró de ella y juró hacerse un hombre. A la primera ocasión que tuvo se embarcó para las Indias, pasó mil peligros, y a los ocho años volvió con dinero; fue a vivir a Urruña, se presentó a la señorita Leonor y llegó a enamorarla. Entonces en el pueblo se comenzó a hablar de estos amores de la dama de Urtubi con un aventurero, los rumores llegaron a oídos del barón, el que recomendó a su sobrina que fuera a pasar una temporada con unos amigos de Urdax.

—Y ¿está en Urdax esa dama? —preguntó el viejo Jaxu.

—Allá está.

—Y Machain, ¿qué va a hacer? —dijo Jaxu, el hijo—. ¿Qué aventura prepara? ¿Para qué quiere esa espada?

Errotabide, viendo que los dos ferrones, sus aprendices y el grupo de campesinos tenían todos gran interés en saber noticias, sonrió.

—Machain —dijo después— estuvo en Urdax hace días, y no pudo ver a la dama de Urtubi; preguntó allí quiénes eran los amos de la casa donde actualmente vive Leonor de Alzate, y supo que eran doña Graciana de Barrenechea y su marido, Miguel

de Goyburu. Hizo más averiguaciones, Y se enteró con sorpresa de que la tal doña Graciana es una *sorgiña* y la reina de los aquelarres. No sólo se enteró de esto, sino que supo que doña Graciana era amiga íntima del señor de Saint-Pée, que es un enamorado de Leonor, a quien persigue constantemente. Machain indagó que doña Graciana quiere hacer bruja a la dama de Urtubi y llevar un viernes al aquelarre de Zugarramurdi a Saint-Pée y a Leonor, para que así no puedan separarse jamás.

—Y Machain, ¿qué va a hacer?

—Machain irá conmigo al aquelarre para impedir las maniobras de doña Graciana.

Todos los que estaban en la ferrería contemplaron con admiración a Errotabide.

—Sí; vamos a ir los dos —siguió diciendo el guipuzcoano—; una señora de Sara, doña Micaela de Gaztelu, nos avisará el día fijo del aquelarre con veinticuatro horas de anticipación. Ella es la que ha dado su antigua espada a Machain. Parece que doña Micaela, en su juventud, fue amiga íntima de la madre de Leonor.

—Y ¿vais a ir solos al aquelarre? —preguntó Antón el viejo.

—Yo, por mi parte, iría solo —contestó Errotabide—; pero Machain ha ido a visitar al rector

de Vera, y este le ha dado unos escapularios y le ha dicho que se presente al comandante de soldados que vive en Iztea, quien le ha prometido a Miguel que le prestará seis de sus hombres más decididos.

Los dos ferrones, sus aprendices y los campesinos, contemplaron con asombro a Errotabide, y luego fueron cada uno contando lo que sabían de los *batzarres* o reuniones de las *sorgiñak*.

Errotabide, el más enterado, dijo que se celebraban los lunes, miércoles y viernes y en las grandes fiestas de la Iglesia; que comenzaban a las nueve y concluían a medianoche, pues los brujos no podían oír en el campo el canto del gallo; que a veces se celebraba una burla de la misa, y que se concluía la fiesta con un baile desenfrenado.

Jaxu, el padre, contó que a él le habían asegurado que las *sorgiñak* desenterraban a los muertos para comérselos, y que iban a hacer estas operaciones a los cementerios, llevando como antorcha el brazo de un niño fallecido sin bautizar, al que encienden por la parte de los dedos y que da luz como un hacha de viento.

Errotabide observó que si a él le enviaban de noche a buscar onzas de oro sin más luz que la que pudiese dar un brazo de niño encendido, no cogería muchas.

Jaxu, el hijo, añadió que una vez las *sorgiñak* habían salido a espantar a Martín de Amayur, el molinero, que iba a Zugarramurdi a su molino, y que, después de jugar entre las zarzas, las vio desaparecer en un charco.

—Entonces es que esas *sorgiñak* eran ranas — replicó Errotabide.

Uno de los campesinos dijo que él había oído a un hombre muy enterado que el demonio, a los que cogía por su cuenta, hacía una herida con la uña, que dejaba una cicatriz indeleble, y que, además marcaba como un sello en la niña del ojo de la persona endemoniada la figura de un sapo.

A esto agregó un viejo que Juanes de Echalar tenía la marca del diablo en la boca del estómago, y que era verdugo, y que estaba encargado de azotar a los muchachos que, habiendo ido al aquelarre contaban luego en el pueblo lo que había pasado allí.

Una vieja dijo que un tal Juancho contaba que María Chipia y María de Yurreteguía, maestras en los sortilegios, se acercaron una noche a Vera, volando por los aires, y sacando a una porción de chicos de la cama, los llevaron al aquelarre de Zugarramurdi.

Uno de los aprendices de Jaxu, el más pequeño y el más pálido, miraba a los que hablaban con los ojos muy abiertos de espanto.

—No tengas miedo —le dijo Errotabide—, a ti no te llevarán las brujas, y si lo intentan, avísame a mí.

Errotabide, el guipuzcoano, se tenía por hombre fuerte; quizá se consideraba él también un poco brujo.

6. El viaje

Miguel Machain había hecho los preparativos para su gran aventura. Llevaría una escolta de cinco soldados y un sargento, que le dejaba el comandante de Iztea; le acompañarían, además, Errotabide y un joven amigo suyo, llamado Echeún, gran conocedor del terreno.

El 23 de junio, Machain recibió el aviso de doña Micaela de Gaztelu, diciéndole que a la noche siguiente, la noche de San Juan, se celebraría el aquelarre, al cual iban a acudir Leonor y Saint-Pée. El punto de reunión de todos sería la cueva de Zugarramurdi, desde donde marcharían al prado de Berrocoberro.

Machain avisó a los soldados; Errotabide cargó un caballo con provisiones, y por la tarde, después de comer, a la deshilada, salieron del pueblo.

El día estaba hermoso; el sol de junio calentaba

suavemente la tierra; tomaron todos el camino hacia Francia. Subieron luego una cuesta cubierta de arcilla húmeda, donde se resbalaban los pies; remontaron un arroyo, y en una cañada con altos árboles se detuvieron a descansar y a echar un trago.

Tras el descanso, comenzaron de nuevo la marcha; siguieron por el borde de un arroyo que baja a Sara, corriendo entre bosques espesos, y abandonando después sus orillas, subieron un talud, desde el cual se divisaba un valle estrecho, y a la salida de este, la llanura francesa.

Hicieron una segunda parada. Machain quería que su gente llegara sin fatiga. Después allí la España montañosa y áspera concluía en un promontorio que penetraba en la llana y suave Francia. Este promontorio, última estribación del monte de Peña Plata, parecía en su cumbre un colmillo blanco retorcido, y tenía al pie el caserío blanco de un pueblo: Zugarramurdi.

Era la caída de la tarde cuando Machain y sus amigos reanudaron la jornada; el cielo se había nublado; poco después comenzó a llover. Uno de los soldados, a quien la aventura, en el fondo, no le dejaba tranquilo, exclamó:

—Mal tiempo vamos a tener.

Se cobijaron en una borda, donde pasaron largo

rato.

—Hay que seguir —dijo Machain.

—¡Bah! Esto no es nada —exclamó Errotabide—. ¡Adelante! ¡Adelante!

Siguieron marchando; la lluvia iba tomando cada vez más fuerza; nubarrones negros y violáceos aparecían por encima de los montes. La tormenta hizo oscurecer el cielo y se precipitó la noche sobre el valle. De pronto, relampagueó un rayo en zigzag sobre las cimas de Peña Plata, y a este siguieron otros y otros, que formaban haces deslumbradores, las piedras de la cumbre del monte parecían fundidas al blanco; tras de los relámpagos retumbaban los truenos y arreciaban los chaparrones.

El viento helado parecía luchar con furia contra los viajeros; los nueve hombres marchaban en silencio, buscando las piedras donde afirmar el pie.

En esto, el caballo que llevaba las provisiones, espantado por un relámpago, se echó hacia atrás y desapareció.

—Voy por él —dijo Errotabide, y se hundió en la tempestad y en la noche.

Los soldados de Machain siguieron adelante. Echeún los dirigió a un caserío que se divisó a la luz de una centella.

Al acercarse, oyeron rumor de voces y de

panderetas. Estaban cantando.

Al llamar, los que cantaban dentro se callaron.

No querían abrir. Machain y Echeún, con halagos; los soldados, con amenazas, insistieron en que se les abriese, y una mujer, por fin, les franqueó la puerta. El caserío era muy pobre y destartalado. Se llamaba Subitarte.

Todos pasaron y entraron en la cocina y se acomodaron al lado del fuego. La mujer del caserío era viuda; estaba en compañía de su padre un viejo achacoso; de dos chicos, que tocaban la pandereta, y de un niño pequeño, que dormía en la cuna al lado de la lumbre.

Echeún sacó la bota de vino y bebieron todos.

—¿Y Errotabide? —preguntó Machain.

—Errotabide ha desaparecido —dijo Echeún.

—¿Cómo?

—Sí; ha ido detrás del caballo que llevaba nuestras provisiones.

Machain salió al raso del caserío, metió dos dedos en la boca y silbó de una manera tan aguda, que debió de oírse el silbido a gran distancia. Nadie contestó. Poco después volvió a silbar, y entonces se notó que contestaban de lejos. Un cuarto de hora más tarde, Errotabide apareció en el caserío con el caballo del diestro, que dejó en la cuadra.

—La tormenta ha pasado —exclamó—. Vamos a Zugarramurdi.

—¿Será este hombre brujo? —preguntó a su compañero el soldado a quien inquietaba la expedición.

El compañero se encogió de hombros.

Machain dio unas monedas a los chicos del caserío Subitarte, se despidió de la mujer y de su padre y salió de nuevo con su gente al campo.

Echeún, que había perdido el camino por la tormenta, lo encontró en seguida, y como era estrecho, comenzaron todos a marchar en fila. Un perro aullaba a lo lejos.

—Mala señal —dijo el soldado supersticioso.

—¡Bah! —replicó el otro—. Hace diez años que en mi barrio aúlla un perro todas las noches. Por ahora no me ha ocurrido nada malo.

Había dejado de llover; hacía una hermosa noche: limpia clara estrellada.

A un lado y a otro del camino había grandes árboles entre maleza y monte bajo.

—No avancemos —dijo el soldado medroso de pronto.

—¿Qué hay? —preguntó Machain.

—Allí, allí hay algo agazapado. Es un bulto blanco, un dragón.

—A mí me parecen varias serpientes enroscadas —aventuró otro.

Machain empuñó la espada, el sargento hizo lo mismo, y, precedidos de Errotabide que enarbolaba el palo, se acercaron al bulto blanco.

—Es un árbol seco —dijo Machain.

Errotabide se sentó encima.

Los soldados se rieron de su asustadizo compañero, y siguieron la marcha. Las ramas de los árboles temblaban con un ruido misterioso en la noche tibia y húmeda; el agua, en los regatos, parecía cantar en el silencio solemne del campo.

Errotabide sacó del bolsillo del pecho una pequeña flauta rústica y comenzó a tocar aires alegres. De pronto, se calló, un ruiseñor le contestaba en la oscuridad. Errotabide se detuvo para oír, y los soldados con él.

—No nos detengamos. ¡Adelante! ¡Adelante! —gritó Machain.

Siguieron marchando. Al acercarse a la cueva de Zugarramurdi, Echeún advirtió a Machain, y Machain a los demás, que estaban cerca del misterioso antro.

El camino pasaba por debajo de una arcada; a la izquierda se abría la enorme boca de la cueva, por la cual no se distinguían más que sombras. Al acostumbrarse la pupila, se iba viendo en el suelo

como una sábana negra que corría a todo lo largo de la gruta, el arroyo del infierno, *Infernuko erreka*, que palpitaba con un temblor misterioso. En la oscuridad de la caverna, brillaba, muy en el fondo, la luz de una antorcha que agitaba alguien al ir y venir.

Unos cuantos murciélagos volaban a su alrededor, de cuando en cuando se oía el batir de las alas de una lechuza y su chirrido áspero y estridente.

—Este es el punto de cita —dijo Errotabide.

—Aquí tenemos que entrar —añadió Machain.

Los soldados se persignaron y sacaron las espadas.

—¡Adelante! —gritó Errotabide, y entró en la cueva saltando, haciendo molinetes con el palo dando grandes zancadas.

Errotabide no parecía temer a las brujas; sin duda, conocía sus rincones y sus aquelarres.

7. *La cueva de Zugarramurdi*

Echeún había encendido una linterna, y avanzó en la cueva, seguido por los soldados. Con aquella escasa luz parecía que el piso de arena iba a desaparecer a cada instante y que el arroyo se encontraba a gran profundidad. Sin embargo, no era así; el suelo de la cueva bajaba en una pendiente

suave y concluía en el arroyo, que al principio tenía bastante anchura y muy poca profundidad. Más lejos seguía alargándose la caverna al borde de *Infernuko erreka*^[7], hasta que el arroyo se estrechaba, salía al campo, y la gruta terminaba en una abertura angosta. El antro no estaba desierto; a la luz de una antorcha se veían dos viejas que sacaban manojos de hierbas secas guardadas en un rincón e iban clasificando la mandrágora y el beleño, el estramonio y el muérdago, el acónito y la belladona.

—¿Vamos a quedamos aquí? —preguntó el jefe de los soldados.

—Sí.

Echeún clavó un palo en el suelo, ató a él la caballería por el ronzal y le colgó del cuello un saco de maíz para que comiera.

Errotabide tomó la linterna y desapareció en la cueva y volvió cargado con una puerta grande, que servía de puente para cruzar el arroyo de un lado a otro. Las dos viejas que estaban amontonando hierbas refunfuñaron al ver que quitaba el puente; pero Errotabide no las hizo caso.

—Para hacer fuego —dijo a sus compañeros, tirando la puerta al suelo.

Echeún y los soldados, a patadas y golpes, rompieron la puerta y la redujeron a un gran montón

de astillas. Después trajeron helechos secos y encendieron una hermosa hoguera.

—Ahora lo que hay que hacer es cenar —dijo Errotabide—, y cuando comience a venir gente, no estar silenciosos, sino gritar y alborotar como el que más, para no infundir sospechas.

Comenzaron a cenar. A la luz de las llamas se veían las rocas arenosas, blancas, fantásticas, que parecían sombras envueltas en fúnebres sudarios; se divisaba también el techo alto lejano hacia donde subía el humo de la hoguera y el riachuelo que corría, negro, con resplandores rojizos. Aquel arroyo producía un rumor sibilante, al que acompañaba el ligero estallido de las gotas de agua que caían de las peñas como lágrimas.

Mientras cenaban, empezó la cueva a llenarse de gente. Unas viejas harapientas entraron, alumbrándose con un manojito de hierbas secas resinosas. Iban dirigidas por una mujer alta, hombruna, que llevaba orgullosamente una corona de muérdago sobre su cabellera blanca. Avanzaron por la orilla del arroyo hasta unirse a las dos arpías que escogían hierbas a la luz de la antorcha.

Una de las viejas recién venidas llevaba un brazado de leña en la cabeza; lo echó en el suelo y encendió una hoguera. Después, otra se acercó al

arroyo, llenó de agua un caldero y lo colocó en el fuego sobre dos piedras.

La vieja hechicera de la melena blanca y la corona de muérdago comenzó a echar las hierbas en el caldero mientras murmuraba algunas palabras mágicas; las otras formaron un corro alrededor. Las llamas brillaban con sus reflejos de oro y sangre, iluminando el círculo de las *sorgiñak*.

Poco después comenzaron a entrar en la cueva grupos de muchachos y de muchachas; se oyeron risas contenidas, murmullos y besos en la oscuridad.

Se encontraba allí la gente de Vera, de Lesaca, de Echalar, de Añoa, de Zugarramurdi y de Urdax; entre los vasco franceses la había de San Juan de Luz y de Urruña, de Ascain y de Oleta, de Sara y de Saint-Pée; para muchos era aquello una gran romería animada y alegre. Los que traían leña encendían una hoguera y hacían su corro.

Llegaron también un grupo de gitanos, en compañía de unas casacarotas de Ciburu y unos agotes de Arizcun, que llevaban como distintivo una pata de ave, cortada en paño rojo, cosida en la ropa, a la espalda, para que nadie se acercase a ellos.

A pesar de su fama de leprosos eran estos muchachos altos, bien formados, rubios y de ojos azules. Su ascendencia de los godos se advertía en

ellos. Se esforzaban en manifestarse decididos, pero tenían una gran timidez.

A medida que se acercaba la hora de la cita, se presentaban nuevas gentes: más de una docena de curas del Labourd, armados de espada, en compañía de sus queridas, que eran las *sororas* de las iglesias, a quienes los franceses llamaban benedictas, llegaban dispuestos a bailar en el aquelarre y a decir la misa negra.

Uno de estos curas dejó su sombrero en el suelo. Errotabide se lo puso, y cantó:

*Donostiarrak ekarri dute,
Getariatik akerra,
Kanpantorrian ipini dute
Aita santutzat dutela.*^[8]

Después, Errotabide cantó otras coplas y bailó dando grandes saltos.

Se aplaudió y se celebró el buen humor de aquel hombre.

Luego, como animados por el ejemplo de Errotabide, unos cuantos muchachos labortanos cantaron una canción a coro, llevando unos la nota alta y otros el acompañamiento en la octava baja con verdadera maestría. La cueva resonó con estas voces como la nave de una catedral.

A última hora fueron apareciendo los directores y mangoneadores del aquelarre de Zugarramurdi. Primero vino el rector del pueblo con tres frailes del antiguo monasterio de San Salvador de Urdax; después, el señor de Saint-Pée, con sus amigos, casi todos enmascarados; por último Graciana de Barrenechea, en compañía de su marido, Miguel de Goyburu, y de tres señoritas cubiertas con antifaces. Al momento conoció Machain entre ellas a Leonor de Alzate, que vestía un traje de amazona.

Graciana de Barrenechea y Miguel de Goyburu, como reyes del aquelarre, eran los que mandaban allí, y dispusieron que se diera de beber a todo el mundo.

Corrieron los vasos de una mano a otra; los hombres bebieron vino y las viejas aguardiente.

Miguel de Goyburu y el señor de Saint-Pée iban llevando en jarras un líquido dulce, que ofrecían a las mujeres, y que era el cocimiento de estramonio y de mandrágora, endulzado con azúcar y aromatizado después, que habían preparado las *sorgiñak*. Al aproximarse los dos hombres a Leonor, Machain, que se había puesto el antifaz, se acercó a ella y le agarró del brazo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó ella asustada.

—No beba usted —le dijo él.

—¡Miguel! ¿Eres tú?

—Sí; aquí estoy para defenderla. No tenga usted miedo.

Leonor mojó los labios en el líquido y se limpió después inmediatamente con el pañuelo. Desde que había entrado en la cueva estaba asustada, horrorizada; temía que le fuese a dar un vértigo.

El barón de Saint-Pée miró a través de su antifaz a aquel otro enmascarado que hablaba con Leonor; supuso sería algún caballero vecino de Urtubi, que la conocía.

Graciana de Barrenechea, al pasar delante del grupo de los agotes vio uno de estos muchachos y quedó prendada de él. Entusiasmada, se le acercó, le habló y se sentó a su lado, y se quitó el antifaz para que el hombre de raza oprimida la contemplara a su sabor.

Era Graciana una hermosa mujer de ojos negros y de cabellos de ébano; tenía más de treinta años y formas opulentas; vestía traje de terciopelo verde y llevaba los ojos y los labios pintados.

El agote, ante aquella mujer ardiente que le miraba como una leona en celo permanecía en una actitud encogida y humillada.

Las dos señoritas y Leonor se separaron de Graciana. Una vieja se les acercó llevando en las

manos y en los hombros sapos y lagartos. Algunos de estos sapos tenían la particularidad de llevar un pequeño hábito de fraile, con su capucha, atado en la cintura por un cordón. La vieja invitó a Leonor y a sus amigas a que acariciaran a los sapos vestidos, lo que ellas no quisieron hacer.

Entre los que formaban la comitiva de Saint-Pée, había un joven barrigudo, movedizo y charlatán, de cara abultada, que no llevaba antifaz. Este joven, que había sido fraile, divertía a los hidalgos labortanos recitando canciones grotescas y adulándoles con el cándido servilismo de un poeta. El ex fraile poeta se llamaba Cahusac.

—¡Abracadabra! ¡Abracadabra! —gritó con voz estentórea al entrar en la cueva.

Ofrecieron a Cahusac el líquido de las *sorgiñak*, y él, rechazándolo con desprecio, murmuró:

—No, no; nada de enjuagues; vino, y siempre vino, Falerno y Céculo —y, levantando el brazo, exclamó en latín macarrónico:

*Gaudeamus igitur,
juvenes dum sumus!
Post jucundam juventutem
Post molestam senectutem
nos habebit humus!*

Cahusac siguió con sus *gaudeamus*, demostrando hasta la saciedad su buena procedencia frailuna.

—Cahusac, tienes que hacer una invocación elocuente —le dijo uno de los amigos de Saint-Pée.

—Ahora mismo —contestó Cahusac—. Dejadme un minuto de recogimiento y de vino. ¡Sombras augustas de los grandes magos y nigrománticos: de Apollonius, de Alberto *el Grande*, de Agrippa, de Fausto, de Merlín y de Paracelso, inspiradme!

Pasado un momento, el poeta, agitando una antorcha por encima de su cabeza, dijo:

—¡Hermanos euskaldunas! ¡Hijos del sol!

—¡Bien, Cahusac, bien! —gritaron sus amigos.

Cahusac hizo un gesto majestuoso, imponiendo silencio.

—Perdonad —siguió diciendo— que un poeta del Bearn intervenga en vuestras lupercales y penetre en este antro recóndito y sagrado para dirigiros un saludo. Yo soy el poeta satírico de la escuela de Villón y de Clemente Marot; yo soy el poeta enamorado de la vida villana, aquel que cantaba los bellos ojos de Nanette y los hoyitos de las mejillas de Javotte... Pero hoy, mi musa satírica y suburbana ha calzado el alto coturno y ha encontrado en el agua que mana de esta misteriosa espelunca la fuente de Hipocrene...

... Ahora, en este momento en que toda la vida oscura de la Naturaleza palpita en el misterio; en que se oyen los mil ruidos furtivos de la noche; en que el agua de este arroyo va llevando su canción mixta de alegría y de queja al mar... Ahora que en el negro cielo tiembla una estrella de plata; ahora que el terrible Basajaun lanza su mirada roja por entre las ramas del bosque; en que la Leheren-sugua de las cuevas pirenaicas extiende sus siniestras alas por el aire, y la corneja lanza su grito agorero en las selvas; ahora el poeta oye la voz de la soledad, la voz del silencio, que se levanta como la vaga niebla del amanecer, y dice a sus vasallos, a la terrible fauna que puebla el inquieto imperio de la noche: ¡Hadas! ¡Silfos! ¡Sorgiñak! ¡Basajaunak^[9]! ¡Lamias!, que peináis vuestros cabellos de oro en los arroyos de Zugarramurdi. ¡Espíritus del viejo solar vasco! ¡Andad! ¡Corred por las perfumadas vertientes del monte Larrun! ¡Despeñaos por entre las rocas! ¡Marchad volando por los regatos, y rendid homenaje a las bellas damas que adornan esta selvática morada! Vosotras, sabias hechiceras, envejecidas en el estudio de la ciencia de los sortilegios, sacad de las hierbas los perfumes más dulces, los néctares más enervadores que hagan olvidar el *nepenthes* griego; dadnos en el fondo del vaso la alegría para correr en

locas rondas por los prados virgilianos, el corazón ligero para amar a nuestras compañeras y el ingenio sutil para tejer en su honor pensamientos sublimes...

... Y cuando Cupido, en combinación con Morfeo, haya dominado los espíritus de nuestras beldades..., vosotros, hidalgos, caballeros, gentileshombres, velad su sueño, defendedlas contra las hidras y los dragones que vagan en la noche y arrancad las alas de las mariposas y cubrid con ellas delicadamente sus pupilas, para que no las dañen los rayos perniciosos de la luna...

—¡Bravo, Cahusac, bravo! —gritaron sus amigos—. El Bearn ha quedado muy bien.

8. La noche de San Juan

En tanto que Cahusac derrochaba su elocuencia y su erudición clásica ante su auditorio selecto brotaban ráfagas de locura, de superstición y de erotismo en la masa de gente campesina que llenaba la cueva.

Una mujer joven, tirada en el suelo, gritaba en vascuence contra la religión y la Iglesia. Era una vieja escuálida, vestida de negro, iracunda y siniestra. La gente la escuchaba, asintiendo, y los curas sonreían. Otra mujer, contrahecha, idiotizada,

una bufona, danzaba pesadamente, agitando una pandereta, produciendo la risa de todos, y un viejo cínico seguía a las mujeres medio desnudo.

Graciana de Barrenechea, excitada por el líquido de las *sorgiñak*, comenzaba a sentir los efectos de la mandrágora y del estramonio. Sus pupilas, dilatadas, brillaban como las de un felino en su cara roja y sofocada. Graciana se acercó al muchacho agote, le habló con su voz más dulce y le besó en los párpados y en la boca.

Leonor, al ver a su amiga en aquel estado, murmuró varias veces:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué va a pasar aquí!

Errotabide se acercó a Machain, y le dijo:

—Va a empezar la ronda; yo iré el primero. Agarraos de la mano.

Errotabide cogió de una mano a Leonor, quien dio la otra a Machain.

—No se suelte usted por nada —le dijo este a Leonor.

—Tú no me sueltes, Miguel; aunque me hagas daño, no importa.

Juanes de Goyburu comenzó a tocar el tamboril y el pito, y Juan de Sansín a llevar el compás, tañendo el tambor.

—¡Vamos! ¡Vamos! *Kalejira!*, *Karrikadantza!* —

gritaban los jóvenes.

—*Akerra! Akerra!* —decían las viejas—. *Akerra beti!*^[10]

Comenzó a prepararse la ronda. Saint-Pée, con su pareja, quiso entrar en la cadena entre Leonor y Machain; pero este rechazó varias veces violentamente sus intentos. Saint-Pée lanzó a Machain una mirada furiosa a través de su antifaz, y a no ser por sus amigos, hubiera sacado la espada y atacado a su desconocido rival.

La agitación en el antro se había calmado, y todos, hombres y mujeres, formando parejas, estaban en la fila. Juanes de Goyburu comenzó a tocar el aire más saltarín y endiablado de su repertorio; Sansín llevó el acompañamiento, y la larga cadena, como una serpiente que desenvuelve sus anillos salió de la cueva aullando, gritando, lanzando *irrintzis* salvajes al aire y saltando por el campo. La luna comenzaba a iluminar la tierra. Pasaba la fila por los prados, por los bosques, como un huracán. La flanqueaban las *sorgiñak* con hachas de viento en las manos; los perros las seguían ladrando; Goyburu, el tamborilero, quebraba y alteraba el ritmo de sus tocatas y les daba una animación extraordinaria. En las cimas de los montes, grandes hogueras ardían en celebración del solsticio del año, recuerdo venerable del culto del

Sol. La noche estaba húmeda y tibia. Las estrellas corrían por la bóveda celeste. Se oía de cuando en cuando la nota de flautas de los sapos, y a lo lejos el lamento triste de los búhos en celo.

Errotabide era el primero de la fila, y, por tanto, el director de los movimientos de la gran cadena. Como hombre de fantasía tenía buenas ocurrencias; tan pronto se paraba en seco y chocaban las parejas y quedaban abrazados unos a otros, como obligaba a que se diera una vuelta a un caserío, o, quedando él inmóvil, hacía que se fuera formando a su alrededor un rollo de personas, hasta que se deshacía y se volvía a la marcha, saltando al compás de los aires endiablados del tamborilero. El vecino del caserío, que aún estaba despierto, se asomaba a mirar, temblando de espanto, por el resquicio de la ventana; quizá alguno veía por el aire a las brujas montadas en chivos y en palos de escobas, que pasaban raudas y veloces.

Las *sorgiñak*, al acercarse a los apriscos, abrían las puertas para que saliesen las cabras y las ovejas; otras golpeaban con palos los matorrales y los árboles. Al llegar a los prados anchos y abiertos se bailaban rondas vertiginosas alrededor de una hoguera, formando un gran círculo, que aumentaba y disminuía de tamaño. Las cascarotas de Ciburu se

distinguían por sus brincos y porque levantaban el pie a la altura de la cabeza. Los tamborileros tocaban entonces el aire más movido, y desenfrenado. Después se seguía adelante, cantando, gritando, riendo a carcajadas. La mansa luna de esta noche de Walpurgis iluminaba la selva candorosa y púdica llena de rumores y de perfumes. Era un espectáculo extraordinario, una fiesta de los instintos de la libertad, del amor... Era la rebeldía contra la negación de la vida, representada por la Iglesia poderosa y tiránica; era la protesta oscura de las selvas, de los arroyos de las fuentes contra los mitos sombríos y secos ideados en los desiertos.

—*Akerra!, Akerra!, Akerra beti!* —vociferaban las viejas.

A la media hora de salir se llegó al prado de Berrocoberro que ya por las cercanías comenzaban a llamar el aquelarre.

Había que cruzar, para llegar a este prado, un camino hundido, sombrío, cubierto de árboles espesos. Al entrar en la sombra, los gritos cesaron. Las mujeres y los hombres iban silenciosos, excitados por el deseo y el misterio. Al recorrer la sombría entrada aparecieron en el aquelarre.

Era esta una pradera grande, con una ligera pendiente, limitada en la parte alta por una cortina

tupida de árboles. La luna, levantada encima del bosque, iluminaba el prado y dejaba una franja de él a la sombra. En esta parte de la sombra, sobre un montón de piedras y a la luz de las antorchas y de las madejas de resina, se veía, en pie un gran macho cabrío negro. A un lado y a otro de él estaban los reyes del aquelarre: Miguel de Goyburu y Graciana de Barrenechea; a sus pies se habían agrupado las *sorgiñak*, acompañadas de perros, cabras, ovejas y llevando en la mano sapos y lagartos.

Graciana tenía el brazo derecho rodeando el cuello del agote que había escogido como compañero; Goyburu contemplaba con una burlona sonrisa la gente que iba viniendo del prado de Berroscoberro y los ligeros vapores que salían de la tierra húmeda.

Uno de los curas hizo una parodia de la misa, que duró poco tiempo y que no produjo expectación entre la gente; después, Graciana mandó que toda la fila pasara por delante del trono del macho cabrío.

Graciana por indicación del diablo, tenía que emparejar a todos.

—Tú —dijo señalando a Errotabide—, con esta —y señaló a una de las señoritas amigas de Leonor.

—Tú —y señaló a Leonor—, con aquel —indicó a Saint-Pée, que se había acercado al grupo.

—¿Quién manda eso? —preguntó Machain audazmente.

—Nuestro señor.

Machain sacó su espada y mostró la cruz al negro *Akerra*. Viendo que no hacía efecto alguno empuñando el arma y encomendándose a su dulce amiga, levantó la espada, y de un tajo abrió al macho cabrío la cabeza. El animal cayó derribado sobre la piedra donde se encontraba, y de esta, en las convulsiones de la agonía, rodó al suelo. Los soldados, abandonaron sus parejas, desenvainaron la espada y se acercaron a proteger a Leonor y a Machain. Hubo un momento de confusión, chillidos, alaridos, carreras, riñas... Saint-Pée quiso reunir gente para atacar a Machain, pero nadie le siguió.

Graciana, más valiente que los hombres, se echó sobre Machain, sin espantarle la punta de su espada.

«¡Por Dios, no matarla!», decía Leonor.

Uno de los soldados agarró a Graciana por detrás, del pelo, y de un empujón la derribó a tierra. Graciana, presa de un ataque nervioso, quedó pataleando en el barro.

Las *sorgiñak* que rodeaban el trono del aquelarre seguían lanzando alaridos, y cogían piedras y palos, preparándose para vengarse de los intrusos.

En esto se oyó el canto de un gallo, y como por

ensalmo todas las viejas arpías desaparecieron.

Machain dio la orden de partir, y Leonor y su amiga fueron escoltadas por los soldados, y otra vez marcharon por las sendas contemplando las hogueras que brillaban en las cumbres de los montes. Leonor y Machain iban abstraídos mirando las estrellas, sin hablarse, oyendo los rumores del campo, llenos de vida, sintiendo la savia del mundo entero, que palpitaba en aquella misteriosa noche de San Juan.

Al pasar por la cueva de Zugarramurdi Errotabide entró a sacar su caballo; había allí varias viejas que comenzaron a gritar desesperadamente al ver que el caballo aplastaba unos cuantos sapos vestidos. Errotabide se burló de ellas, que se vengaron tirándole piedras.

Unas horas después, Machain, con sus hombres, dejaban a Leonor y a su amiga en Sara, en casa de doña Micaela de Gaztelu.

Leonor se despidió de Machain y de los soldados, dándoles las gracias por el inmenso favor que le habían hecho, y al día siguiente marchaba a Urtubi.

9. Epílogo

Un año después, Graciana de Barrenechea, su

marido y muchos de sus amigos y amigas *sorgiñak* eran presos por la Justicia española y llevados a las cárceles de la Inquisición de Logroño, condenados y sacados a la vergüenza pública en un auto de fe.

Leonor, que había vacilado mucho en contar a su tío lo que le ocurrió a ella la noche del aquelarre del día de San Juan, por fin se lo contó y le dijo que tenía amores con Machain, y que si el barón lo permitía, esperaba casarse con su salvador.

—No creía que Graciana pudiera ser tan loca — exclamó Urtubi—. Confieso que ese muchacho te prestó un gran servicio; pero, mi querida, el matrimonio no es sólo cuestión de inclinación o de agradecimiento, sino también de conveniencia. Yo te casaré con algún gentilhombre, y después harás lo que quieras.

Al ver que Leonor insistía, el barón dijo:

—Dejemos eso. Dentro de seis meses hablaremos.

Al cabo de seis meses, la dama de Urtubi estaba igualmente decidida a casarse con Miguel.

—Mire usted tío —murmuró—: yo le quiero a usted como si fuera mi padre, pero no le puedo obedecer. No me he de casar más que con él, o si no entraré monja.

—No, eso, no. Prefiero un sobrino palurdo a que

seas monja. Puesto que te empeñas, dile a ese mozo que aprenda a presentarse como un caballero, y cuando esté un poco desbastado, que venga.

—Pero Miguel no necesita aprender nada. Es un caballero.

El mismo día, Leonor avisó a Machain, quien se presentó en Urtubi. El barón creía habérselas con un aldeano, pero le sorprendió encontrarse con un militar fuerte, sereno y dueño de sí mismo. Miguel habló de su vida en América, de los países que había visto, de sus aventuras, y tuvo suspenso a Urtubi y lleno de interés.

El barón dio su asentimiento a la boda. Quería que su sobrina siguiera viviendo en el castillo; en cambio, Machain prefería hacer una casa propia.

Venció el criterio del novio, y este comenzó a construir, a la salida del pueblo, una casita nueva. En el frontal de la puerta de entrada, Miguel no quiso poner escudo alguno; únicamente hizo grabar esta inscripción, que aún ahora puede leerse: «Miguel Machain y Leonor de Alzate la mandaron edificar en 1611».

EL CHARCUTERO

Un episodio de la historia
de los chapelaundis del
Bidasoa

Dithurbide, Juan, como decía él, apareció en Vera del Bidasoa dos años aproximadamente antes de comenzar la guerra. Había cumplido el servicio militar en Francia, en donde había sido cabo de cometas de un batallón de alpinos. Después del servicio se estableció en Ascaín, de cantero. A Dithurbide se le conocía en Vera. Algunos días de fiesta con varios amigos de Urruña y de Ascaín, se había presentado en el pueblo por el alto de Ibardin marchando todos al paso y armado él de una cometa, en la que tocaba aires militares.

Quiso la suerte que Dithurbide viniera a Vera a cobrar unos duros de una herencia de un labrador de la falda de Larrún, pariente suyo, y se quedó en el pueblo. Dithurbide encontró ciertos matices al vino de casa de Apeztegui y al de la casa de Porthu que le decidieron a abandonar, si no las aguas de la Nivelles por las del Bidasoa, al menos, los vinos de un pueblo por los del otro.

Dithurbide, con los cuartos que heredó, quedó vacilante, pensando si sería mejor bebérselos o

establecerse. Decidido por esto último el excantero, puso, como decía él, una *charcutería*.

Dithurbide alquiló una bendecida en el barrio de Alzate, enfrente de la Aduana, y allí, en el mostrador, hacía las operaciones de su misterioso oficio, cortando, picando la carne y la sangre con una maquinilla, mientras cantaba una canción de Manzelle Nitouche, que había aprendido de un teniente en el servicio, y que empezaba diciendo: «*Le couvent, séjour charmant*», y concluía con el estribillo, con su calderón correspondiente: «*Larirette, Larirette, Lar iré... e... e... tte*».

Dithurbide tenía una hermosa voz de barítono y obsequiaba a los vecinos con sus canciones vasco-francesas: *Txarmangarria*, *Uso txuria*, el *Montagnard*, etcétera, etcétera.

Dithurbide, más conocido por *el Charcutero*, se hizo pronto popular. El hombre iba con su cesta de un lado a otro, ofreciendo casa por casa los productos de su industria, hablando en un vascuence muy suave.

Fuera por sus condiciones vocales, o por lo que fuera, el caso es que el *Charcutero* tenía éxito entre las chicas. Una de las muchachas en quien hizo efecto fue en la Cándida, la hija del cabo de Carabineros de la Aduana. Esta muchacha era una morenita de ojos negros, viva, limpia, de un genio endemoniado. El

padre de Cándida era un granadino, y la madre una riojana. A la chica la llamaban *Siete Meneos*. La Cándida no sabía el vascuence y tenía una voz de castellana, de esas voces de timbre muy claro y muy agudo. La Cándida tenía el hábito, heredado de su madre, de decir palabrotas y barbaridades, que muchas veces no entendía lo que querían decir con exactitud; así que, cuando lavaba en el riachuelo de Alzate, en Shantellerreca, los carabineros jóvenes iban a provocarla y a oírla decir disparates.

Dithurbide, Juan, comenzó a charlar con la Cándida, se casó con ella y siguió dedicándose a la charcutería, mientras cantaba su canción favorita y su estribillo: «*Larirette, Larirette, Larire... e... e... tte.*»

Al comenzar la guerra, Dithurbide dijo a la Cándida que él tendría que ir al frente; pero ella le replicó que si lo intentaba le cortaría en pedazos, como él hacía con el lomo de las salchichas.

«¡A mí me vas a dejar sola con un chico pequeño y otro en camino! ¿Serás tan canalla? ¿Para qué quieres ir a la guerra, franchute? Para emborracharte querrás tú ir allá. ¡Mal marido! ¡Mal gabacho! ¡Mal cabrón!».

Dithurbide habló de la *patrie*, del *drapeau*; pero la Cándida dijo que allí no había *drapeau* que

valiera, y que tenía que estar haciendo salchichas y nada más.

Dithurbide se quedó y no fue al frente.

—Estas mujeres no entienden las cosas grandes —decía.

A pesar de la vigilancia de su mujer, el *Charcutero* iba con frecuencia por las noches, a casa de Apeiztegui. Y allí se le veía con sus ojos de gato, brillantes de satisfacción; el gran bigote rubio mojado por el alcohol, cantando canciones vasco-francesas.

Tenía la seguridad que al volver a casa, la Cándida le armaría un escándalo; pero él era filósofo; oía las reconvenciones como quien oye llover, y al día siguiente estaba en el mostrador picando la carne y la sangre para sus morcillas y sus salchichas, cantando: «*Larirette, Larirette, Larire... e... e... tte.*»

Hace dos años, el *Charcutero* hizo una sonada. Allá por el mes de mayo había estado en Vera Lecochandegui, el gran Lecochandegui, y había perorado en casa de Apeiztegui. En su peroración dijo que era indispensable estrechar los lazos que ya existen entre Vera e Irún, para lo cual los elementos

de Vera debían acudir en apretado haz a las fiestas de San Marcial, en Irún.

Se aceptó el proyecto, y entonces Lecochandegui añadió que guardaba para más tarde el plan de formar una sociedad secreta que se titularía «Los *Chapelaundis* del Bidasoa» y que contribuiría a formar una hermandad báquica con todos los pueblos de la orilla de este famoso río.

Los *chapelaundis* se distinguirían del resto de los mortales por su boina grande, de estilo antiguo.

Los proyectos de Lecochandegui produjeron gran entusiasmo, y los más conspicuos asistentes a la casa de Apeztegui, Sanchón, Shudur, Ganish, el barbero, Joshé Miguel, Capagorri, Praschoa, Martín José, y con ellos Dithurbide, decidieron no abandonar la empresa.

El grupo encomendó a Capagorri la misión de que fuera a Irún y alquilara un coche grande en el que pudieran ir quince o veinte personas.

Capagorri consultó con los almacenistas de coches y llegó a un acuerdo con Manisch.

Manisch era un cochero fantasista. Sus coches se distinguían porque en los dos lados del asiento del pescante había mandado pintar una calavera y dos tibias, como en algunos postes que sostienen cables eléctricos, y debajo había escrito: «No tocar. Peligro

de muerte».

¿Es que Manisch llevaba en el pescante algún acumulador tan poderoso que podía ocasionar la muerte del que pusiera allí la mano? No. ¿Es que guardaba alguna serpiente cascabel? Tampoco. Lo que sucedía es que a Manisch le habían robado una vez el dinero del pescante, y su indignación le había dictado aquel letrero en que amenazaba al posible ladrón con la muerte.

Se decidió que el día anterior a la fiesta, Manisch fuese por la noche a Vera en su ómnibus grande, y por la mañana saldrían todos los expedicionarios para Irún. El *Charcutero* había cobrado varios metros de chorizos y de salchichas, y tenía dinero fresco.

Todos los futuros *chapelaundis* guardaron el secreto de la expedición, sin decir nada a nadie.

Entre Dithurbide, el barbero y Sanchón adornaron el ómnibus con ramas de boj, y el barbero, hombre culto, puso un gran cartelón, escrito por él, que decía así: «Los intelectuales de Vera a la villa de Irún».

¿Qué más sugestivo ni más delicado obsequio podían hacer los *chapelaundis* del Bidasoa a la capital de cantón bidasotarra?

Muy de mañana salieron los intelectuales de sus

casas y montaron en el coche con algunas cosillas de comer y un pellejo de vino.

Berécoche llevaba el acordeón, con el que fue amenizado el viaje, y Dithurbide tocó varias veces en la cometa aires marciales un tanto fanfarrones.

El sol comenzaba a entrar en el barranco del Bidasoa e inundaba las casas de Biriatu, mientras el coche avanzaba por la carretera.

Se llegó a Irún, se fue a comer a una taberna de la calle de Arrechipi, El *menú* era exquisito; pero, a pesar de esto, produjo discrepancias entre el barbero, que creía como en un dogma en el cochinito asado, y uno de los *chapelaundis*, que lo despreciaba.

Después de engullir los siete u ocho platos, alguien propuso subir a la ermita de San Marcial.

«¿Para qué? —dijo Lecochandegui, con indignación—. ¿No estamos aquí celebrando un acto civil? (Es verdad. Es verdad.) ¿O es que sois de los educados por esos carabineros retirados que se visten por la cabeza y que se llaman escolapios? (No, no.) Pues ¿entonces? Tened valor cívico, y quedaos en vuestros puestos.»

Un amigo de Lecochandegui, comisionista de calzado, pidió que le permitieran recogerse, porque estaba en plena inspiración e iba a hacer unos versos

en honor de sus amigos los intelectuales de Vera. Lecochandegui, como presidente, le concedió el permiso, y entonces el comisionista escribió aquella poesía admirable, digna de pasar a una antología, que comienza diciendo:

*Señores que no se considere loa
estos versos dirigidos
a los chapelaundis del Bidasoa.*

Y concluyó de esta manera elocuente y pedagógica:

*Con estas fiestas fraternales
alcanzaremos más ilustración,
y podremos ser rivales
de los ciudadanos de Washington.*

No se sabe qué rivalidad podía existir entre Vera e Irún con la capital de los Estados Unidos; pero el pensamiento produjo un gran entusiasmo, que se reveló en un río de copas de coñac Domecq.

«¡Eh, Berécoche! ¡A ver ese acordeón! Tú. *Charcutero*, canta», gritaron los comensales.

Berécoche y Dithurbide tocaron y cantaron, pero pronto se produjo el caos musical. Una parte de la mesa se dedicó a entonar esa espiritual canción dedicada al chicharro y al verdel: *Txitxarrua ta berdela...*

Otra parte cantaba *Andre Madalen* y uno, en pie, gritaba: «No, no», sin saber claramente a qué se referían sus negaciones.

La proposición de cantar el *Montagnard* tranquilizó a todos y produjo la armonía de la reunión. Pasado el *Montagnard*, con su *scherzo*, volvió la anarquía musical al aire, lleno de humo, de la taberna. Al anoecer cada *chapelaunderi*, con su puro, se fue a la plaza de San Juan, y se le vio al Charcutero bailando el fandango con una cascarota de Ciburu que tenía como pocas el *físico del empleo*, a Berécoche, ciñéndose, a los sones de un pasadoble torero, con una cerillera, como si hubiese nacido en Sevilla, y a Lecochandegui, con un gorro de papel encamado, dando saltos como un loco.

Después de cenar, marcharon los intelectuales de Vera a la plaza Nueva, y de allí, a las doce de la noche, salieron en correcales, al son de los tambores. Se agarraron estrechamente a unas cascarotas y a unas chicas pescadoras de Fuenterrabía, que olían un poco demasiado a pescado, y hubo sus achuchones más o menos voluntarios, y sus exploraciones, que los técnicos del país llaman *zirris*. Lecochandegui tenía la especialidad de los gritos.

«¡Jip! ¡Jip! ¡Aúpa!», chillaba con una voz aguda

tan cómica, que las chicas se reían como si las hicieran cosquillas.

«¡Jip! ¡Jip! ¡Aúpa!», volvía a gritar Lecochandegui.

Pasado el correcales, y disuelta la multitud, se volvió a la universidad de Polo (vulgo taberna). Lecochandegui tuvo que marchar a casa tambaleándose. No es que estuviera borracho, ni mucho menos. Hubiera discutido el caso con todas las eminencias de todas las Academias de Medicina del mundo. Así como otra vez le había mareado un plato de natillas que tenía un poco de gusto a quemado, cosa que le hacía siempre mucho daño, esta vez era la ceniza del cigarro que le había caído en la taza del café y se le había subido a la cabeza.

Eran va las tres de la mañana, y Manisch, el cochero, esperaba el momento de partir. Dos mozos de la taberna y unos serenos estaban cogiendo a los intelectuales de Vera como si fueran sacos y colocándolos en el ómnibus, cuando el tabernero vino furioso a decir que le habían quitado una caja de botellas de cerveza, y que estaría en el coche. Efectivamente, estaba allí. Dos de los intelectuales habían llevado la caja con el objeto de bebérsela en el camino.

—¿Quién ha hecho eso? —gritó Manisch desde el

pescante—. El que ha hecho eso ha deshonrado mi ómnibus. Yo ya no puedo ir aquí.

—Lo que debes hacer es tirar este cacharro al Bidasoa —dijo uno de la calle.

—¿Al Bidasoa? Al que me proponga eso le mato.

Los dos intelectuales, dos mineros barranqueses que habían arramblado con las botellas, dieron que el tabernero era un salvaje, e Irún un pueblo de cafres, pues ellos pensaban pagar las botellas; pero ya que los querían condenar al suplicio de la sed, se callaban.

Arreglado este asunto, Manisch arrancó con sus caballos de tal manera, que parecía que iba en busca de los obstáculos para arremeter contra ellos. Los curiosos pensaron si es que quería derribar la columna de San Juan Arri, o quizá tirar un banco; pero no tomó el camino de Behovia y bajó la cuesta al galope. Cuando se calmaron los caballos, cruzaban por delante de la isla de los Faisanes; las luces eléctricas brillaban en el camino, y sobre el río se extendía una niebla blanca y vaga. Por donde pasaba el coche de Manisch se oían unos cuantos ronquidos y el acordeón de Berécoche, cuando no las notas musicales de la cometa del *Charcutero*.

Al día siguiente, cuando Dithurbide se levantó, su mujer le armó un formidable escándalo. Dithurbide explicó, con su suavidad habitual, que los amigos le habían comprometido pero esto no bastaba a la Cándida, que a cada instante, poniendo una mano en la cadera, mientras con la otra tenía al crío, le gritaba con su voz clara de castellana:

«¡Canalla! ¿Qué has hecho del dinero que había aquí? ¡Mal marido! ¡Mal gabacho! ¡Mal cabrón!».

Él, como si no oyera, mientras trituraba la carne y la sangre para hacer morcillas y salchichas cantaba: «*Le couvent, séjour charmant.*»

Al cabo de unos momentos, ella volvía a la carga, y con una precisión de cronómetro gritaba:

«¡Di, canalla! ¿Qué has hecho del dinero que había aquí? ¡Mal marido! ¡Mal gabacho! ¡Mal cabrón!».

Y el charcutero, como si no oyese, mientras trituraba la carne y la sangre para sus morcillas y salchichas, cantaba, con un largo calderón: «*Larirette, Larirette, Larire... e... e... tte*».



ELIZABIDE EL VAGABUNDO

*Zer zela uste zenuen
enamoratzia?
Sillan eseri eta
gitarra jotzia.*^[11]

(Canto popular)

Muchas veces, mientras trabajaba en aquel abandonado jardín, Elizabide el Vagabundo se decía al ver pasar a Maintoni, que volvía de la iglesia: «¿Qué pensará? ¿Vivirá satisfecha?» ¡La vida de Maintoni le parecía tan extraña! Porque era natural que quien como él había andado siempre a la buena de Dios, rodando por el mundo, encontrara la calma y el silencio de la aldea deliciosos; pero ella, que no había salido nunca de aquel rincón, ¿no sentiría deseos de asistir a teatros, a fiestas o diversiones, de vivir otra vida más espléndida, más intensa? Y como Elizabide el Vagabundo no se daba respuesta a su pregunta, seguía removiendo la tierra con su azadón, filosóficamente.

«Es una mujer fuerte —pensaba después—; su alma es tan serena, tan clara, que llega a preocupar.

Una preocupación científica, sólo científica, eso, claro». Y Elizabide el Vagabundo, satisfecho de la seguridad que se concedía a sí mismo de que íntimamente no tomaba parte en aquella preocupación, seguía trabajando en el jardín abandonado de su casa.

Era un tipo bastante curioso el de Elizabide el Vagabundo. Reunía todas las cualidades y defectos del vascongado de la costa; era audaz, irónico, perezoso, burlón. La ligereza y el olvido constituían la base de su temperamento; no daba importancia a nada, se olvidaba de todo. Había gastado casi entero su escaso capital en sus correrías por América, de periodista en un pueblo, de negociante en otro, aquí vendiendo ganado, allá comerciando en vinos. Estuvo muchas veces a punto de hacer fortuna, lo que no consiguió por indiferencia. Era de esos hombres que se dejan llevar por los acontecimientos sin protestar nunca. Su vida, él la comparaba con la marcha de uno de esos troncos que van por el río, que, si nadie los recoge, se pierden, al fin, en el mar.

Su inercia y su pereza eran más de pensamiento que de manos; su alma huía de él muchas veces; le bastaba mirar el agua corriente contemplar una nube o una estrella, para olvidar el proyecto más importante de su vida, y cuando no lo olvidaba por

esto, lo abandonaba por cualquier otra cosa, sin saber por qué, muchas veces.

Últimamente se había encontrado en una estancia del Uruguay, y como Elizabide era agradable en su trato y no muy desagradable en su aspecto, aunque tenía ya sus treinta y ocho años, el dueño de la estancia le ofreció la mano de su hija, una muchacha bastante fea, que estaba en amores con un mulato. Elizabide, a quien no le parecía mal la vida salvaje de la estancia, aceptó, y ya estaba para casarse cuando sintió la nostalgia de su pueblo, del olor a heno de sus montes, del paisaje brumoso de la tierra vascongada. Como en sus planes no entraban las explicaciones bruscas, una mañana, al amanecer, advirtió a los padres de su futura que iba a ir a Montevideo a comprar el regalo de bodas; montó a caballo, y luego en el tren, llegó a la capital, se embarcó en un transatlántico, y después de saludar cariñosamente la tierra hospitalaria de América, se volvió a España.

Llegó a su pueblo, un pueblecillo de la provincia de Guipúzcoa; abrazó a su hermano Ignacio, que estaba allí de boticario; fue a ver a su nodriza, a quien prometió no hacer ninguna escapatoria más, y se instaló en su casa. Cuando corrió por el pueblo la voz de que no sólo no había hecho dinero en

América, sino que lo había perdido, todo el mundo recordó que antes de salir de la aldea va tenía fama de fatuo, de insustancial y de vagabundo.

Él no se preocupaba absolutamente nada por estas cosas, cavaba en su huerta, y en los ratos perdidos trabajaba en construir una canoa para andar por el río, cosa que a todo el pueblo indignaba.

Elizabide el Vagabundo creía que su hermano Ignacio, la mujer y los hijos de este le desdeñaban, y por eso no iba a visitarlos más que de cuando en cuando; pero pronto vio que su hermano y su cuñada le estimaban y le hacían reproches porque no iba a verlos. Elizabide comenzó a acudir a casa de su hermano con más frecuencia.

La casa del boticario estaba a la salida del pueblo, completamente aislada; por la parte que miraba al camino tenía un jardín rodeado de una tapia, y por encima de ella salían ramas de laurel de un verde oscuro que protegían algo la fachada del viento del Norte. Pasando el jardín estaba la botica.

La casa no tenía balcones, sino sólo ventanas, y estas abiertas en la pared, sin simetría alguna; quizá esto era debido a que algunas de ellas estaban tapiadas.

Al pasar en el tren o en el coche por las provincias del Norte, ¿no habéis visto casas

solitarias que, sin saber por qué, os daban envidia? Parece que allá dentro se debe de vivir bien, se adivina una existencia dulce y apacible; las ventanas, con cortinas, hablan de interiores casi monásticos, de grandes habitaciones amuebladas con arcas y cómodas de nogal, de inmensas camas de madera; de una existencia tranquila, sosegada, cuyas horas pasan lentas, medidas por el viejo reloj de alta caja, que lanza en la noche su sonoro tic-tac.

La casa del boticario era de estas; en el jardín se veían jacintos, heliotropos, rosales y enormes hortensias, que llegaban hasta la altura de las ventanas del piso bajo. Por encima de la tapia del jardín caían como en cascada un torrente de rosas blancas, sencillas, que en vascuence se llaman *txoruaak* ('locas') por lo frívolas que son y por lo pronto que se marchitan y se caen.

Cuando Elizabide el Vagabundo fue a casa de su hermano, ya con más confianza, el boticario y su mujer, seguidos de todos los chicos, le enseñaron la casa, limpia, clara y bienoliente; después fueron a ver la huerta, y aquí Elizabide el Vagabundo vio por primera vez a Maintoni, que, con la cabeza cubierta con un sombrero de paja estaba recogiendo guisantes en la falda del delantal. Elizabide y ella se saludaron fríamente.

«Vamos hacia el río —le dijo a su hermana la mujer del boticario—. Diles a las chicas que lleven el chocolate allí.»

Maintoni se fue hacia la casa, y los demás, por una especie de túnel largo, formado por perales que tenían las ramas extendidas como las varillas de un abanico, bajaron a una plazoleta que estaba junto al río, entre árboles, en donde había una mesa rústica y un banco de piedra. El sol, al penetrar entre el follaje, iluminaba el fondo del río, y se veían las piedras redondas del cauce y los peces que pasaban lentamente, brillando como si fueran de plata. La tarde era de una tranquilidad admirable; el cielo, azul, puro y tranquilo.

Antes de caer la tarde, las dos muchachas de casa del boticario vinieron con bandejas en la mano, trayendo chocolate y bizcochos. Los chicos se abalanzaron sobre los bizcochos como fieras. Elizabide el Vagabundo habló de sus viajes, contó algunas aventuras y tuvo suspensos de sus labios a todos. Sólo ella, Maintoni, pareció no entusiasmarse gran cosa con aquellas narraciones.

—Mañana vendrás, tío Pablo, ¿verdad? —le decían los chicos.

—Sí, vendré.

Y Elizabide el Vagabundo se marchó a su casa y

pensó en Maintoni y soñó con ella. La veía, en su imaginación, tal cual era: chiquitilla, esbelta, con sus ojos negros, brillantes, rodeada de sus sobrinos, que la abrazaban y la besuqueaban.

Como el mayor de los hijos del boticario estudiaba el tercer año del Bachillerato, Elizabide se dedicó a darle lecciones de francés, y a estas lecciones se agregó Maintoni.

Elizabide comenzaba a sentirse preocupado con la hermana de su cuñada, tan serena, tan inmutable; no se comprendía si su alma era un alma de niña, sin deseos ni aspiraciones, o si era una mujer indiferente a todo lo que no se relacionase con las personas que vivían en su hogar. El vagabundo la solía mirar absorto. «¿Qué pensará?», se preguntaba. Una vez se sintió atrevido, y le dijo:

—Y usted ¿no piensa casarse, Maintoni?

—¡Yo! ¡Casarme!

—¿Por qué no?

—¿Quién va a cuidar de los chicos si me caso?

Además, yo ya soy *neskazarra*^[12] —contestó ella, riéndose.

—¡A los veintisiete años solterona! Entonces yo, que tengo treinta y ocho, debo de estar en el último grado de la decrepitud.

Maintoni a esto no dijo nada; no hizo más que

sonreír.

Aquella noche Elizabide se asombró al ver lo que le preocupaba la Maintoni.

«¿Qué clase de mujer es esta? —se decía—. De orgullosa no tiene nada, de romántica, tampoco, y, sin embargo...»

En la orilla del río, cerca de un estrecho desfiladero, brotaba una fuente, que tenía un estanque profundísimo; el agua parecía allí de cristal por lo inmóvil. «Así era, quizá, el alma de Maintoni —se decía Elizabide—, y, sin embargo...» Sin embargo, a pesar de sus definiciones, la preocupación no se desvanecía; al revés, iba haciéndole mayor.

Llegó el verano; en el jardín de la casa del boticario reuníase toda la familia, Maintoni y Elizabide el Vagabundo. Nunca fue este tan exacto como entonces, nunca tan dichoso y tan desgraciado, al mismo tiempo. Al anochecer, cuando el cielo se llenaba de estrellas y la luz pálida de Júpiter brillaba en el firmamento, las conversaciones se hacían más íntimas, más familiares, coreadas por el canto de los sapos Maintoni se mostraba más expansiva, más locuaz.

A las nueve de la noche, cuando se oía el sonar de los cascabeles de la diligencia que pasaba por el pueblo, con un gran farol sobre la capota del

pescante, se disolvía la reunión, y Elizabide se marchaba a su casa, haciendo proyectos para el día de mañana, que giraban siempre alrededor de Maintoni.

A veces, desalentado, se preguntaba: «¿No es imbécil haber recorrido el mundo para venir a caer en un pueblecillo y enamorarse de una señorita de aldea?». ¡Y quién se atrevía a decir nada a aquella mujer tan serena, tan impasible!

Fue pasando el verano, llegó la época de las fiestas, y el boticario y su familia se dispusieron a celebrar la romería de Arnazábal, como todos los años.

—¿Tú también vendrás con nosotros? —le preguntó el boticario a su hermano.

—Yo, no.

—¿Por qué no?

—No tengo ganas.

—Bueno, bueno; pero te advierto que te vas a quedar solo, porque hasta las muchachas vendrán con nosotros.

—¿Y usted también? —dijo Elizabide a Maintoni.

—Sí. ¡Ya lo creo! A mí me gustan mucho las romerías.

—No hagas caso, que no es por eso —replicó el

boticario—. Va a ver al médico de Arnazábal, que es un muchacho joven, que el año pasado le hizo el amor.

—¿Y por qué no? —exclamó Maintoni, sonriendo.

Elizabide el Vagabundo palideció, enrojeció; pero no dijo nada. La víspera de la romería, el boticario le volvió a preguntar a su hermano:

—¿Conque vienes, ¿o no?

—Bueno. Iré —murmuró el vagabundo.

Al día siguiente se levantaron temprano y salieron del pueblo; tomaron la carretera, y después, siguiendo veredas, atravesando prados cubiertos de altas hierbas y de purpúreas digitales, se internaron en el monte. La mañana estaba húmeda, templada; el campo, mojado por el rocío; el cielo, azul muy pálido, con algunas nubecillas blancas que se deshilachaban en estrías tenues. A las diez de la mañana llegaron a Arnazábal, un pueblo en un alto, con su iglesia, su juego de pelota en la plaza y dos o tres calles formadas por caseríos.

Entraron en el caserío propiedad de la mujer del boticario y pasaron a la cocina. Allí comenzaron los agasajos y los grandes recibimientos de la vieja de la casa, que abandonó su labor de echar ramas al fuego y de mecer la cuna de un niño; se levantó del fogón

bajo, en donde estaba sentada, y saludó a todos, besando a Maintoni, a su hermana y a los chicos. Era una vieja flaca, acartonada, con un pañuelo negro en la cabeza. Tenía la nariz larga y ganchuda, boca sin dientes, la cara llena de arrugas y el pelo blanco.

—Y ¿vuestra merced es el que estaba en las Indias? —preguntó la vieja a Elizabide, encarándose con él.

—Sí, yo era el que estaba allá.

Como habían dado las diez, y a esta hora empezaba la misa mayor, no quedaba en casa más que la vieja. Todos se dirigieron a la iglesia.

Antes de comer, el boticario, ayudado de su cuñada y de los chicos, disparó desde una ventana del caserío una barbaridad de cohetes, y después bajaron todos al comedor. Había más de veinte personas en la mesa, entre ellos el médico del pueblo, que se sentó cerca de Maintoni y tuvo para ella y para su hermana un sinfín de galanterías y de oficiosidades.

Elizabide el vagabundo sintió una tristeza tan grande en aquel momento, que pensó en dejar la aldea y volverse a América. Durante la comida, Maintoni le miraba mucho a Elizabide.

«Es para burlarse de mí —pensaba este—. Ha sospechado que la quiero, y coquetea con el otro. El

golfo de Méjico tendrá que ser otra vez conmigo.»

Al terminar la comida eran más de las cuatro; había comenzado el baile. El médico, sin separarse de Maintoni, seguía galanteándola, y ella mirando a Elizabide.

Al anoecer, cuando la fiesta estaba en su esplendor comenzó el *aurresku*. Los muchachos, agarrados de las manos, iban dando vuelta a la plaza, precedidos de los tamborileros; dos de los mozos se destacaron, se hablaron, parecieron vacilar, y descubriéndose, con las boinas en la mano, invitaron a Maintoni para ser la primera, la reina del baile. Ella trató de disuadirlos en vascuence; miró a su cuñado, que sonreía; a su hermana, que también sonreía, y a Elizabide, que estaba fúnebre.

«Anda, no seas tonta», le dijo su hermana.

Y comenzó el baile, con todas sus ceremonias y saludos, recuerdos de una edad primitiva y heroica. Concluido el *aurresku*, el boticario sacó a bailar el fandango a su mujer, y el médico a Maintoni.

Oscureció. Fueron encendiéndose hogueras en la plaza, y la gente fue pensando en la vuelta. Después de tomar chocolate en el caserío, la familia del boticario y Elizabide emprendieron el camino hacia casa.

A lo lejos, entre los montes, se oían los *irrintzi*

de los que volvían de la romería, gritos como relinchos salvajes. En las espesuras brillaban los gusanos de luz como estrellas azuladas, y los sapos lanzaban su nota de cristal en el silencio de la noche serena.

De cuando en cuando, al bajar alguna cuesta al boticario se le ocurría que se agarraran todos de la mano, y bajaban la cuesta cantando:

Aita, San Antonio
Urkiolakoa.
Askoren bihotzeko
santu debotua^[13].

A pesar de que Elizabide quería alejarse de Maintoni, con la cual estaba indignado, dio la coincidencia de que ella se encontraba junto a él. Al formar la cadena, ella le daba la mano, una mano pequeña, suave y tibia. De pronto, al boticario, que iba el primero, se le ocurría pararse y empujar para atrás, y entonces se daban encontronazos los unos contra los otros, y, a veces, Elizabide recibía en sus brazos a Maintoni. Ella reñía alegremente a su cuñado y miraba al vagabundo, siempre fúnebre.

—Y usted, ¿por qué está tan triste? —le preguntó Maintoni, con voz maliciosa, y sus ojos negros brillaron en la noche.

—¡Yo! No sé. Esta maldad de hombre que, sin querer, le entristecen las alegrías de los demás.

—Pero usted no es malo —dijo Maintoni, y le miró tan profundamente con sus ojos negros, que Elizabide el Vagabundo se quedó tan turbado, que pensó que hasta las mismas estrellas notarían su turbación.

—No, no soy malo —murmuró Elizabide—; pero soy un fatuo, un hombre inútil, como dice todo el pueblo.

—¿Y eso le preocupa a usted, lo que diga la gente que no lo conoce?

—Sí; temo que sea la verdad, y para un hombre que tendrá que marcharse otra vez a América es un temor grave.

—¿Marcharse? ¿Se va usted a marchar? —murmuró Maintoni con voz triste.

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—¡Oh! A usted no se lo puedo decir.

—¿Y si yo lo adivinara?

—Entonces lo sentiría mucho, porque se burlaría usted de mí, que soy viejo...

—¡Oh, no!

—Que soy pobre.

—No importa.

—¡Oh, Maintoni! ¿De veras? ¿No me rechazaría usted?

—No, al revés.

—Entonces... ¿me querrás como yo te quiero? ... murmuró Elizabide el Vagabundo en vascuence.

—Siempre, siempre...

Y Maintoni inclinó su cabeza sobre el pecho de Elizabide, y este la besó en su cabellera castaña.

—¡Maintoni! ¡Aquí! —le dijo su hermana; y ella se alejó de él; pero se volvió a mirarle una vez, y muchas.

Y siguieron todos andando hacia el pueblo por los caminos solitarios. En derredor vibraba la noche llena de misterios; en el cielo palpitaban los astros. Elizabide el Vagabundo, con el corazón anegado de sensaciones, inefables, sofocado de felicidad, miraba con los ojos muy abiertos una estrella lejana, muy lejana, y le hablaba en voz baja...



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le

libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Misérias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la *Real Academia de la Lengua* desde 1935.

Notas

[1] Médico viejo. <<

[2] Roja. <<

[3] Negra. <<

[4] Cariño. <<

[5] Brujas. <<

[6] Vascos. <<

[7] Arroyo del infierno. <<

[8] Los de San Sebastián se han traído de Guetaria un
cabrón

lo han puesto en el campanario como si fuera el Santo
Padre. <<

[9] Señor del bosque. <<

[10] *Kalejira* y *Karrikadantza* son bailes populares.
Akerra beti: ‘Siempre el Macho cabrío’. <<

[11] ¿Qué te creías tú que era el enamorar? Sentarse en la silla y tocar la guitarra. <<

[12] Solterona. <<

[13]El Padre San Antonio de Urquiola, Santo de devoción para los corazones de muchos. <<